

#1
New York Times
BESTSELLER

«El dinero y la fama no hacen automáticamente felices a las personas. Esto es algo que viene de adentro. Sopa de pollo para el alma pondrá un millón de sonrisas en sus corazones».

Robin Leach, presentador,
Lifestyles Of The Rich And Famous

Sopa de Pollo para el Alma

Relatos que
conmueven el corazón
y ponen fuego en el
espíritu

Maravillosos
relatos de:
Dan Millman
Art Buchwald
Les Brown
y muchos,
muchos más

ESCRITOS Y RECOPIRADOS POR

Jack Canfield

Mark Victor Hansen



Relatar historias es uno de los métodos más eficaces para enseñar valores y abrir puertas a nuevas posibilidades. En esta rica y variada compilación, dos de los oradores de mayor éxito en Estados Unidos comparten lo mejor de las historias que han recopilado, las cuales han conmovido los corazones de personas en todas partes del mundo. Con estos relatos, los autores le ofrecen conocimiento y sabiduría, fuerza y esperanza para darle aliento cuando esté pasando por alguno de esos momentos difíciles de la vida. Sus historias, cuidadosamente seleccionadas, proporcionan modelos a seguir e iluminan la senda por la que todos caminamos.

Cuando quiera darse a entender, inspirar a un amigo o dar alguna enseñanza a un niño, en este gratificante tesoro encontrará la historia adecuada. Es una obra en la que todos hallarán algunos relatos que sean especialmente significativos, y que querrán atesorar y compartir.

Sopa de pollo para el alma es un libro cálido, maravilloso, edificante e inspirador, lleno de ideas que todos podemos usar para mejorar cualquier aspecto de nuestra existencia. Es una obra que además es capaz de recordarnos cuáles son las cosas verdaderamente importantes: el amor, las relaciones personales y la armonía universal.



Jack Canfield & Mark Victor Hansen

Sopa de pollo para el alma

ePub r1.0
XcUiDi 01.09.15

Título original: *Sopa de pollo para el alma*
Jack Canfield & Mark Victor Hansen, 1993
Traducción: Marta Isabel Guastavino

Editor digital: XcUiDi
ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de www.epublibre.org. La página, y sus editores, no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante archivos como este.



Agradecimientos

Este libro nos llevó casi dos años, desde su idea inicial hasta que lo finalizamos. Fue un trabajo de amor y necesitó de los esfuerzos combinados de muchas personas. Deseamos muy especialmente agradecerse a:

Patty Mitchell, que mecanografió por lo menos cinco veces cada uno de estos episodios. Su entrega a este proyecto incluyó muchos días de trabajo hasta las diez de la noche y montones de fines de semana sin descansar. ¡Gracias, Patty! Sin ti no podríamos haberlo hecho.

Kim Wiele, por mecanografiar una y otra vez muchos de los relatos, ocuparse de gran parte del esfuerzo de investigación y coordinar todo el trabajo, aparentemente interminable, para conseguir los derechos de los relatos que no escribimos nosotros. Tu trabajo fue estupendo y te lo agradecemos.

Kate Driesen, que colaboró como mecanógrafa, leyó y comentó cada uno de los relatos y nos ayudó en gran parte de la investigación. Siempre se contó contigo cuando intentamos cumplir los plazos. Gracias.

Wanda Pate, que contribuyó sin descanso tanto en el mecanografiado como en la investigación.

Cheryl Millikin, que supervisó la fluidez del procesamiento material del trabajo.

Lisa Williams, que se ocupó de los asuntos de Mark para que él pudiera dedicarse a este libro.

Larry Price y Mark Powers, por mantener en marcha todo lo demás mientras se iba escribiendo el libro.

A los cientos de personas que escucharon, leyeron y comentaron los relatos, poemas y citas.

A todos nuestros amigos de la National Speaking Association, que tan generosamente aportaron material propio para completar el libro. En especial, queremos agradecer a Dottie Walters su apoyo y estímulo continuados.

A Frank Siccone, amigo querido, que aportó varias citas y relatos suyos.

A Jeff Herman, inspirado agente literario, por creer desde el comienzo en el libro. Jeff, nos encanta trabajar contigo.

A Peter Vegso, Gary Seidler y Barbara Nichols de Health Communications por entender, mucho antes que nadie, el punto de vista del libro. Os agradecemos vuestro apoyo entusiasta.

A Cindy Spitzer, que escribió y corrigió algunos de los relatos más importantes del libro. Cindy, tu contribución fue inapreciable.

A Marie Stilkind, nuestra revisora en Health Communications, por su constante esfuerzo para que este libro alcanzara su más alto nivel de excelencia.

A Bob Proctor, que aportó varios cuentos y anécdotas tomados de su voluminoso archivo de relatos didácticos. Gracias, Bob, por haber sido un excelente amigo.

A Brandon Hall, que nos ayudó con dos de los relatos.

También queremos agradecer los valiosísimos comentarios sobre el primer borrador que recibimos de Ellen Angelis, Kim Angelis, Jacob Blass, Rick Canfield, Dan Drubin, Kathy Fellows, Patty Hansen, Norman Howe, Ann Husch, Thomas Nani, Dave Potter, Danielle Lee, Michele Martin, Georgia Noble, Lee Potts, Linda Price, Martin Rutte, Lou Tartaglia, Dottie Walters, Rebecca Weidekehr y Harold C. Wells.

Introducción

Sabemos todo lo que necesitamos saber para poner fin al innecesario sufrimiento emocional que mucha gente padece en la actualidad. Una elevada dosis de autoestima y autocomprensión son metas accesibles para todo aquel que esté dispuesto a hacer lo necesario para conseguirlas.

Es difícil transmitir por escrito el espíritu de algo que nos presenta la vida. Fue necesario reescribir cinco veces las cosas que contamos a diario para que, una vez impresas, sonaran tan bien como en vivo y en directo. Os rogamos que cuando leáis los relatos que aquí ofrecemos, olvidéis todo lo que alguna vez aprendisteis en vuestras clases de lectura rápida. Reducid la marcha. Escuchad las palabras no sólo mentalmente, sino también cordialmente. Saboread cada relato, dejad que os conmueva. Preguntaos ¿qué es lo que este libro despierta en mí? ¿Qué sugerencias aporta a mi vida? ¿Qué sentimiento o qué acción moviliza en mí ser más íntimo? Permitíos establecer una relación personal con cada relato.

Algunos relatos os hablarán en voz más alta que otros. Algunos tendrán un significado más profundo. Algunos os harán llorar, otros os harán reír. Algunos os bañarán con un sentimiento cálido y cordial, y otros quizá os golpeen como un puñetazo en la frente. No hay una respuesta adecuada; la única válida es la vuestra. Dejadla surgir y no la cuestionéis.

No leáis este libro con prisas. Tomaos vuestro tiempo. Disfrutadlo. Saboreadlo. Comprometeos plenamente con él. Representa miles de horas buscando «lo mejor de lo mejor» de entre nuestros cuarenta años de experiencia compartida.

Finalmente: leer un libro como éste es, en algún sentido, como sentarse a comer un banquete que sólo está constituido por postres. Quizá sea demasiado rico. Es una comida sin verduras, sin ensalada ni pan. Pura esencia con pocas banalidades.

En nuestros seminarios y talleres dedicamos más tiempo a explicar y analizar todo lo que implica cada relato. Debe haber más motivos y más reflexión en la forma de aplicar las lecciones y los principios a vuestra vida cotidiana. No os limitéis a leer estos relatos. Concedeos el tiempo necesario para digerirlos y asimilarlos, adueñándoos de ellos.

Si os sentís movidos a compartir un relato con alguien más, hacedlo. Cuando alguno de ellos os haga evocar a otra persona, llamadla para compartirlo con ella. Abordad estos relatos dispuestos a dejar que os muevan a hacer cualquier cosa que ellos os inspiren, porque ésa es su intención: inspiraros y motivaros.

En muchas de estas historias nos dirigimos al autor original para pedirle que las escribiera o las contara con sus propias palabras. En muchos de los relatos lo que se oye es la voz de sus autores, no la nuestra. Siempre que ha sido posible, hemos atribuido cada relato a su fuente original. Para, todos aquellos que se deben a

compañeros de trabajo hemos incluido, al final del libro, una sección de colaboradores donde ofrecemos nombres, direcciones y números de teléfono para que, si el lector lo desea, pueda ponerse en contacto con ellos.

Esperamos que disfrutéis de la lectura de este libro tanto como nosotros hemos disfrutado al confeccionarlo.

*

1

Sobre el amor

Llegará el día que, tras haber dominado el espacio, los vientos, las mareas y la gravitación, debemos dominar para Dios las energías del amor. Y ese día, por segunda vez en la historia del mundo, habremos descubierto el fuego.

Teilhard de Chardin

*

El amor, la única fuerza creativa

Por dondequiera que vayas, difunde el amor: ante todo en tu propia casa. Brinda amor a tus hijos, a tu mujer o tu marido, al vecino de al lado... No dejes que nadie llegue jamás a ti sin que al irse se sienta mejor y más feliz. Sé la expresión viviente de la bondad de Dios: bondad en tu rostro, bondad en tus ojos, bondad en tu sonrisa, bondad en tu cálido saludo.

Madre Teresa de Calcuta

Un profesor universitario quiso que los alumnos de su clase de sociología se adentraran en los suburbios de Boston para conseguir las historias de doscientos jóvenes. A los alumnos se les pidió que ofrecieran una evaluación del futuro de cada entrevistado. En todos los casos los estudiantes escribieron; «Sin la menor probabilidad». Veinticinco años después, otro profesor de sociología dio casualmente con el estudio anterior y encargó a sus alumnos un seguimiento del proyecto, para ver qué había sucedido con aquellos chicos. Con la excepción de veinte individuos, que se habían mudado o habían muerto, los estudiantes descubrieron que 176 de los 180 restantes habían alcanzado éxitos superiores a la media como abogados, médicos y hombres de negocios.

El profesor se quedó atónito y decidió continuar el estudio. Afortunadamente, todas aquellas personas vivían en la zona y fue posible preguntarles a cada una cómo explicaban su éxito. En todos los casos, la respuesta, muy sentida, fue: «Tuve una maestra».

La maestra aún vivía, y el profesor buscó a la todavía despierta anciana para preguntarle de qué fórmula mágica se había valido para salvar a aquellos chicos de la sordidez del suburbio y guiarlos hacia el éxito.

—En realidad es muy simple —fue su respuesta—. Yo los amaba.

Eric Butterworth

*

Todo lo que recuerdo

Cuando mi padre hablaba conmigo, siempre iniciaba la conversación preguntándome: «¿Ya te he dicho hoy cuánto te quiero?». Su expresión de amor encontraba respuesta y, en sus últimos años, cuando su vitalidad empezó a disminuir visiblemente, nuestra intimidad se hizo aún mayor... si tal cosa era posible.

A los ochenta y dos años estaba preparado para morir, y yo estaba dispuesto a dejarlo ir, para que su sufrimiento terminara. Nos reíamos y llorábamos, nos tomábamos de las manos y nos confesábamos el uno al otro nuestro amor, y ambos coincidíamos en que era el momento de partir.

—Papá, quiero que después de haberte ido me envíes una señal de que estás bien —le decía yo, y él se reía ante el absurdo de aquellas palabras; papá no creía en la reencarnación. Tampoco yo estaba seguro de que esa posibilidad existiera, pero había tenido muchas experiencias que me convencieron de que podía esperar alguna señal «desde el otro lado».

Entre mi padre y yo había una relación tan profunda que, en el momento en que murió, yo sentí en mi pecho su ataque cardíaco. Y me dolió profundamente que el hospital, en su estéril sabiduría, no me hubiera permitido sostenerle la mano mientras se iba.

Día tras día rezaba pidiendo saber algo de él, pero nada sucedía. Noche tras noche pedía soñar con él antes de quedarme dormido. Y, sin embargo, pasaron cuatro largos meses sin que yo sintiera nada más que la pena por haberlo perdido. Cinco años antes, mi madre había muerto del mal de Alzheimer y, aunque yo tenía hijas ya mayores, me sentía como un niño perdido.

Un día, mientras estaba tendido en una camilla de masaje, en una habitación oscura y tranquila, esperando mi turno, me invadió una oleada de nostalgia por mi padre. Empecé a preguntarme si habría sido demasiada exigencia pedirle una señal. Advertí que me encontraba en un estado de extremada lucidez. Tuve una experiencia excepcionalmente clara, en la cual hubiera sido capaz de sumar mentalmente largas columnas de cifras.

Quise asegurarme de estar despierto y no dormido, y comprobé que estaba tan lejos como es posible de cualquier cosa que tuviera que ver con el sueño. Cada pensamiento que tenía era como una gota de agua que perturbara un estanque inmóvil, y la paz de cada momento transcurrido me maravillaba. Entonces pensé: «He estado intentando controlar los mensajes que vienen desde el otro lado, pero ahora dejaré de hacerlo».

De pronto se me apareció el rostro de mi madre; su rostro, tal como había sido antes de que la enfermedad de Alzheimer la despojara de su mente, de su condición humana y de más de veinte kilos. El magnífico cabello plateado enmarcaba su dulce

rostro. Era tan real y estaba tan próxima, que tuve la sensación de que si extendía la mano podría tocarla. Tenía el mismo aspecto que doce años atrás, antes de que se iniciara su decadencia. Hasta podía sentir la fragancia de *Joy*, su perfume favorito. Parecía que estuviera esperando y no hablaba. Me pregunté cómo podía ser que yo estuviera pensando en mi padre y ella apareciera ante mí; me sentí un poco culpable de no haber pedido también su presencia.

—Oh, madre, lamento tanto que hayas tenido que sufrir con aquella terrible enfermedad —expresé.

Ella inclinó ligeramente la cabeza, como para reconocer lo que yo había dicho sobre su sufrimiento. Después sonrió, con una hermosa sonrisa, y dijo muy claramente:

—Lo único que yo recuerdo es el amor.

Y desapareció.

Empecé a estremecerme, parecía que la habitación se hubiera enfriado súbitamente, y en los huesos supe que el amor que damos y que recibimos es lo único que importa y lo único que se recuerda. El sufrimiento desaparece; el amor perdura.

Sus palabras son lo más importante que jamás he oído y aquel momento ha quedado grabado para siempre en mi corazón.

Todavía no he visto ni he oído a mi padre, pero no me cabe duda de que cualquier día, cuando menos lo espere, se me aparecerá para preguntarme:

—¿Ya te he dicho hoy cuánto te quiero?

Bobbie Probst

*

La canción del corazón

Había una vez un hombre que se casó con la mujer de sus sueños. Con su amor, ambos crearon una niña, una pequeña radiante y alegre, a quien el gran hombre amaba mucho.

Cuando ella era muy pequeña, él solía levantarla, entonaba una melodía y bailaba con ella por la habitación, diciéndole:

—Te amo, mi niña.

La niña fue creciendo, y el hombre la abrazaba y le decía:

—Te amo, mi niña.

Ella se enfurruñaba y decía:

—Ya no soy una niña.

Entonces el hombre se reía, diciendo:

—Para mí, tú siempre serás mi niña.

La niña, que ya no era una niña, se fue de casa para descubrir el ancho mundo. A medida que se conocía mejor a sí misma, conocía mejor al hombre. Entendía que él era verdaderamente grande y fuerte, porque ahora reconocía sus virtudes. Una de ellas era la capacidad para expresar su amor a su familia. No importaba dónde estuviera ella en el mundo; él la llamaba para decirle: «Te amo, mi niña».

Llegó un día en que la niña, que ya no era una niña, recibió una llamada telefónica. El gran hombre estaba enfermo. Le dijeron que había tenido un ataque y estaba afásico. Ya no podía hablar y no estaban seguros de que entendiera lo que se le decía. Ya no podía sonreír, ni reír, ni andar, abrazar, bailar ni expresarle su amor a la niña, que ya no era una niña.

Entonces regresó al lado del gran hombre. Cuando entró en la habitación y lo vio, le pareció pequeño y nada fuerte. Él la miró e intentó hablar, pero no pudo.

La niña hizo lo único que podía hacer. Se tendió en la cama, junto al gran hombre. Las lágrimas brotaban de los ojos de ambos, y ella abrazó sus hombros paralizados.

Con la cabeza apoyada en el pecho del enfermo, ella pensó en muchas cosas. Se acordó de los momentos maravillosos que habían pasado juntos y de cómo siempre se había sentido protegida y amada por el gran hombre. Sentía dolor por la pérdida que habría de soportar, por las palabras de amor que la habían reconfortado.

Y entonces oyó, en el pecho de él, el latido del corazón. El corazón donde habían vivido siempre la música y las palabras. El corazón seguía latiendo tercamente, despreocupado del daño que sufría el resto del cuerpo. Y mientras ella descansaba, se produjo un momento mágico. Ella oyó lo que necesitaba oír.

El corazón iba latiendo las palabras que la boca ya no podía pronunciar...

*Te amo,
mi niña.
Te amo,
mi niña.
Te amo,
mi niña...*

Y se sintió consolada.

Patty Hansen

*

El auténtico amor

Moisés Mendelssohn, el abuelo del conocido compositor alemán, estaba lejos de ser un hombre guapo. Además de ser bajo, tenía una grotesca joroba.

Un día visitó a un comerciante de Hamburgo que tenía una hija encantadora llamada Frumtje. Moisés se enamoró desesperadamente de ella, pero a Frumtje le repugnaba su aspecto deforme.

Cuando llegó el momento de irse, Moisés reunió todo su valor para subir las escaleras hasta la habitación de ella y tener una última oportunidad de hablarle. Aunque ella era una visión de celestial belleza, a él le causó profunda tristeza que se negara a mirarlo. Después de varios intentos de entablar conversación, le preguntó tímidamente si ella creía que los matrimonios se hacen en el cielo.

—Sí —respondió ella, sin dejar de mirar al suelo—. ¿Y vos?

—Sí, también lo creo —fue la respuesta. Y continuó—: Fijaos que en el cielo, en el momento del nacimiento de un niño, el Señor anuncia con qué niña se ha de casar. Cuando yo nací, me mostraron a mi futura esposa, pero el Señor añadió—: Pero tu mujer será jorobada. En ese mismo momento, clamé: «Oh, señor, una mujer jorobada sería una tragedia. Os ruego que me deis a mí la joroba y preservéis su belleza».

Entonces, Frumtje lo miró a los ojos y se sintió conmovida por un profundo recuerdo. Le ofreció su mano a Mendelssohn y con el tiempo llegó a ser su dedicada esposa.

Barry y Joyce Vissell

*

El juez de los abrazos

No me fastidiéis, ¡abrazadme!

Pegatina en un parachoques

Lee Shapiro es un juez retirado y también una de las personas más auténticamente amables y cariñosas que conocemos. En un momento de su carrera, Lee se dio cuenta de que el amor es el poder más grande que hay. Como resultado de ese descubrimiento se convirtió a la religión del abrazo: empezó a dar abrazos a todo el mundo. Sus colegas comenzaron a llamarlo «el juez de los abrazos». En el parachoques de su automóvil se lee: «No me fastidiéis, ¡abrazadme!».

Hace más o menos seis años, Lee inventó lo que él llama su «Equipo de abrazar». Por fuera dice: «Un corazón por un abrazo» y contiene treinta corazoncitos rojos bordados con un adhesivo al dorso. Lee saca su «Equipo de abrazar», se acerca a la gente y le ofrece un corazoncito rojo a cambio de un abrazo.

Gracias a esta práctica ha llegado a ser tan conocido que con frecuencia lo invitan a conferencias y convenciones donde puede compartir su mensaje de amor incondicional. En una conferencia que se realizó en San Francisco, los medios de comunicación locales le plantearon el siguiente reto: «Es fácil dar abrazos en esta conferencia dirigida a personas que han venido aquí porque han querido, pero eso sería imposible en el mundo real». Y lo desafiaron a que empezara a dar abrazos por las calles de San Francisco, seguido por un equipo de televisión de la emisora local. Lee salió a la calle y abordó a una mujer que pasaba.

—Hola, soy Lee Shapiro, el juez de los abrazos, y doy un corazón de estos a cambio de un abrazo —explicó.

—Cómo no —fue la respuesta.

—Demasiado fácil —objetó el comentarista local. Lee miró a su alrededor y vio a una muchacha encargada de un parquímetro que lo estaba pasando mal a causa del propietario de un automóvil a quien estaba multando. Lee se encaminó hacia ella, con el cámara a su lado y le dijo:

—Me parece que a ti te vendría bien un abrazo. Soy el juez de los abrazos y me ofrezco a darte uno.

Ella aceptó.

—Mire, ahí viene un autobús —lo desafió el comentarista de televisión—. Los conductores de autobús de San Francisco son la gente más dura, descortés y mezquina que hay en la ciudad. Vamos a ver si consigue usted que lo abracen.

Lee aceptó el reto. Cuando el autobús llegó a la parada, dijo al conductor:

—Hola, soy Lee Shapiro, el juez de los abrazos. El suyo debe de ser uno de los trabajos más agotadores del mundo. Hoy ando ofreciendo abrazos a la gente para

aliviarles un poco la carga. ¿Le apetece uno?

El hombrón de un metro ochenta y cuatro y más de noventa kilos de peso se levantó del asiento, bajó y le dijo:

—¿Por qué no?

Lee lo abrazó, le dio un corazón y lo saludó con la mano mientras el autobús volvía a arrancar. Los del equipo de televisión estaban mudos. Finalmente, el presentador dijo:

—Tengo que admitir que estoy muy impresionado.

Un día, Nancy Johnston, una amiga de Lee, llamó a su puerta. Nancy es payaso de profesión e iba vestida con su disfraz de trabajo, maquillada y con nariz postiza.

—Lee, coge un montón de tus «Equipos de abrazar» y vamos al hogar de incapacitados.

Tan pronto como llegaron, comenzaron a repartir globos, sombreros de carnaval, corazones y abrazos entre los pacientes. Lee se sentía incómodo: nunca había abrazado a nadie que tuviera una enfermedad terminal, que padeciera graves disfunciones físicas o mentales. Decididamente, aquello era excesivo para dos personas. Pero pasado un rato las cosas se volvieron más fáciles, ya que se fue formando un cortejo de médicos, enfermeras y ayudantes que los seguían de un pabellón a otro.

Pasadas varias horas, llegaron al último pabellón donde se alojaban los treinta y cuatro casos más graves que Lee había visto en su vida. La sensación fue tan horrible que lo descorazonó; pero, dado su compromiso de compartir su amor para conseguir un cambio, Nancy y Lee empezaron a abrirse paso por la habitación, seguidos por el séquito de médicos y enfermeras, que por aquel entonces ya llevaban corazones colgados al cuello y lucían sombreros de carnaval.

Finalmente, Lee llegó a la última persona, Leonard, que llevaba un gran babero blanco sobre el cual babeaba incesantemente. Lee miró a Leonard, que no dejaba de babear, y después se volvió a Nancy diciéndole:

—Vayámonos, Nancy, a una persona así es imposible llegar.

—Vamos, Lee —respondió ella—. Es un ser humano como nosotros, ¿o no? Y le puso un sombrero de mil colores en la cabeza. Lee sacó uno de sus corazoncitos rojos y lo pegó en el babero de Leonard. Después, tras hacer una inspiración profunda, se inclinó para abrazarlo.

Súbitamente, Leonard empezó a emitir un chillido.

Otros pacientes empezaron a golpear cacharros. Lee se volvió hacia el personal de la sala, en busca de alguna explicación, y se encontró con que todos los presentes, médicos, enfermeras y auxiliares, estaban llorando.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó a la jefa de enfermeras.

Lee jamás olvidará su respuesta:

—En veintitrés años, es la primera vez que hemos visto sonreír a Leonard.

Así de sencillo es cambiar en algo la vida de la gente.

*

¿No puede suceder aquí?

Necesitamos cuatro abrazos al día para sobrevivir, ocho abrazos al día para mantenimiento, y doce abrazos al día para crecer.

Virginia Satir

En nuestros talleres y seminarios siempre invitamos a los participantes a que se abracen. La mayoría reacciona diciendo que en el lugar donde trabajan no se puede andar abrazando a la gente, pero ¿están seguros?

He aquí una carta que recibimos de un graduado en nuestros seminarios:

Apreciado Jack:

Hoy empecé el día bastante desanimado. Mi amiga Rosalind se detuvo a preguntarme si hoy no era mi día de dar abrazos y le respondí con un gruñido, pero después estuve toda la semana pensando en abrazos y cosas así. Me puse a mirar la hoja que tú nos diste. *Cómo mantener vivo el seminario*, y se me puso la piel de gallina cuando llegué a la parte en que hablas de dar y recibir abrazos, porque no podía imaginarme repartiendo abrazos entre la gente del trabajo.

Bueno, pues decidí que hoy sería el día de los abrazos y empecé a dárselos a los clientes que venían a mi mostrador. Fue estupendo ver cómo cambiaba de expresión la gente. Hubo un estudiante universitario que se subió de un salto al mostrador y se puso a bailar. Hasta hubo gente que volvió para pedir más. Dos chicos del servicio de reparaciones de la fotocopidora, que pasaban por allí sin siquiera hablarse, se quedaron tan sorprendidos que se despertaron y de pronto empezaron a bromear y a reírse.

Me siento como si hubiera abrazado a todo el mundo en la Wharton Business School y todo el malestar que sentía hoy por la mañana, que incluía dolores físicos, ha desaparecido. Discúlpame por escribirte una carta tan larga, pero estoy realmente entusiasmado. Lo mejor fue un momento en que habla diez personas frente a mi mostrador abrazándose entre ellas. Yo no podía creer lo que estaba sucediendo. Afectuosamente,

Pamela Rogers

P. D. J, al regresar a casa abracé a un policía en la calle 37, y me dijo: –¡Uau! A los policías nunca nos abrazan. ¿Estás segura de que lo que querías no era atacarme con algo?

Otro graduado del seminario nos envió, el texto siguiente:

Abrazar es saludable: favorece el sistema inmunitario, te mantiene sano, cura la depresión, reduce el estrés, induce el sueño, vigoriza, rejuvenece, no tiene efectos colaterales indeseables... en una palabra, es una droga milagrosa.

Abrazar es lo más natural. Es orgánico, naturalmente dulce, no lleva pesticidas ni conservantes ni ingredientes artificiales y es sano al cien por cien.

Abrazar es prácticamente perfecto. No tiene partes mecánicas, ni pilas que se gasten, ni exige chequeos periódicos, es de bajo consumo energético, alto rendimiento, a prueba de inflación, no engorda, no exige pagos mensuales ni seguros, a prueba de robos, no está gravado con impuestos, no contamina y, por supuesto, es completamente reciclable.

Fuente desconocida

Jack Canfield

*

Sí que importa quién eres

Una maestra neoyorquina decidió homenajear a cada uno de sus alumnos del último curso de bachillerato diciéndoles lo importantes que eran. Se valió de un procedimiento ideado por Hélice Bridges de Del Mar, California, y fue llamando a la pizarra, uno a uno, a todos los estudiantes. Primero fue diciendo a cada uno por qué él (o ella) era importante tanto para la maestra como para la clase. Después les fue dando una cinta azul que llevaba impreso, en letras doradas, el texto siguiente: «Sí que importa quién soy».

Después decidió investigar qué tipo de influencia tendría el hecho del reconocimiento sobre una comunidad. Dio a cada uno de sus alumnos tres cintas más y les encargó que difundieran en su medio esta ceremonia de reconocimiento. Luego debían hacer un seguimiento de los resultados, ver quién reconocía los méritos de quién y, al cabo de una semana, presentar un informe a la clase.

Uno de los chicos de la clase fue a visitar a un joven ejecutivo, para reconocer la ayuda que éste le había prestado en la planificación de su carrera. Le dio una cinta azul y se la prendió en la camisa. Después le entregó dos cintas más, diciéndole:

—En clase estamos realizando un proyecto de investigación sobre el reconocimiento y nos gustaría que usted también encontrase a alguien merecedor de este honor, le diera una cinta azul y otra para que esa persona, a su vez, pueda reconocer a una tercera persona y así mantener en marcha esta ceremonia. Le ruego que después me informe de lo que suceda.

El mismo día, el joven ejecutivo fue a ver a su jefe que, en honor a la verdad, siempre se había caracterizado por ser bastante gruñón y le dijo que lo admiraba profundamente por su creatividad. El jefe pareció sorprendidísimo, más aún cuando su colaborador le preguntó si aceptaría que le entregara la cinta azul y le permitiría que se la prendiera.

—Bueno... sí, claro —balbuceó el atónito jefe.

El joven ejecutivo se la colocó en el pecho, sobre el corazón, y finalmente le dio la otra cinta, preguntándole:

—¿Me haría usted el favor de aceptar esa cinta y ofrecérsela a alguien que la merezca? El chico que me las dio está haciendo un proyecto escolar y queremos que esta ceremonia de reconocimiento continúe, para ver de qué manera afecta a la gente.

Esa noche, cuando el jefe regresó a casa, llamó a su hijo de catorce años y, tras indicarle que se sentara, le dijo:

—Hoy me pasó algo de lo más increíble. Estaba en mi despacho cuando uno de los ejecutivos vino a decirme que me admiraba y me dio una cinta azul por mi creatividad. ¡Imagínate, piensa que soy un genio creativo! Después me puso en la solapa esta cinta azul que dice «Sí que importa quién soy» y me dio otra pidiéndome

que se la diera a alguien que a mi juicio la merezca. Esta noche, mientras volvía a casa, me puse a buscar a alguien cuyos méritos quisiera reconocer y me acordé de ti. Eres tú quien se merece este reconocimiento.

»Mi vida es realmente un acoso, y cuando vuelvo a casa no te presto mucha atención. A veces te grito por no traer notas suficientemente buenas de la escuela, pero no sé bien por qué, esta noche quería sentarme aquí contigo y... bueno, decirte simplemente que me importas. Además de tu madre, tú eres la persona más importante que hay en mi vida. ¡Eres un chico estupendo y te quiero muchísimo!

El sorprendido muchacho empezó a sollozar, y no podía dejar de llorar. Le temblaba todo el cuerpo. Levantó los ojos hacia su padre y le dijo, entre lágrimas:

—Papá, estaba pensando en suicidarme esta noche, creyendo que tú no me querías, ¡pero ahora ya no es necesario!

Helice Bridges

*

De uno en uno

En una puesta de sol, un amigo nuestro iba caminando por una desierta playa mexicana. Mientras andaba empezó a ver que, en la distancia, otro hombre se acercaba. A medida que avanzaba, advirtió que era un nativo y que iba inclinándose para recoger algo que luego arrojaba al agua. Una y otra vez arrojaba con fuerza esas cosas al océano.

Al aproximarse más, nuestro amigo observó que el hombre estaba recogiendo estrellas de mar que la marea había dejado en la playa y que, una por una, volvía a arrojar al agua.

Intrigado, el paseante se aproximó al hombre para saludarlo:

—Buenas tardes, amigo. Venía preguntándome qué es lo que hace.

—Estoy devolviendo estrellas de mar al océano. Ahora la marea está baja y ha dejado sobre la playa todas estas estrellas de mar. Si yo no las devuelvo al mar se morirán por falta de oxígeno.

—Ya entiendo —replicó mi amigo—, pero sobre esta playa debe de haber miles de estrellas de mar. Son demasiadas, simplemente. Y lo más probable es que esto esté sucediendo en centenares de playas a lo largo de esta costa. ¿No se da cuenta de que es imposible que lo que usted puede hacer sea de verdad importante?

El nativo sonrió, se inclinó a recoger otra estrella de mar y, mientras volvía a arrojarla al mar, contestó:

—¡Para ésta si que es importante!

Jack Canfield y Mark V. Hansen

*

El regalo

Bennet Cerf relata este conmovedor episodio sobre un autobús que iba dando tumbos por un camino rural en el sur de los Estados Unidos.

En un asiento iba un delgadísimo anciano con un ramo de flores frescas en la mano. Al otro lado del pasillo viajaba una muchacha cuyos ojos se volvían una y otra vez hacia las flores. Cuando le llegó el momento de descender, impulsivamente, el anciano dejó caer las flores sobre la falda de la chica.

—Ya veo que te gustan las flores —explicó—, y creo que a mi mujer le gustaría que las tuvieras. Le diré que te las he dado.

La joven le agradeció las flores y se quedó mirando al anciano que, tras bajarse del autobús, cruzó el umbral de un pequeño cementerio.

Bennet Cerf

*

Un hermano así

A Paul, un amigo mío, su hermano le regaló un automóvil por Navidad. En Nochebuena, cuando Paul salía de su despacho, encontró un pihuelo de la calle dando vueltas alrededor del brillante coche nuevo, admirándolo.

—¿Es éste su coche, señor? —le preguntó. Paul asintió con la cabeza.

—Me lo regaló mi hermano por Navidad —respondió. El chico se quedó atónito.

—¿Quiere decir que su hermano se lo dio y a usted no le costó nada? Vaya, ojalá... —se interrumpió, vacilante.

Por cierto, Paul sabía ya lo que el chico iba a decir: que ojalá él tuviera un hermano así. Pero lo que realmente dijo lo conmovió hasta lo más hondo.

—Ojalá yo pudiera ser un hermano así —continuó.

Paul lo miró, atónito, e impulsivamente añadió:

—¿Te gustaría dar una vuelta en mi coche?

—Oh, sí. Me encantaría.

Tras un corto recorrido, el chico le preguntó:

—Señor, ¿le importaría pasar frente a mi casa?

Paul esbozó una sonrisa, pensando que sabía lo que deseaba el chico: que sus vecinos vieran que él podía volver a casa en un gran automóvil. Pero otra vez se equivocaba.

—¿Puede detenerse allí, donde están esos dos escalones? —preguntó el niño.

Subió los escalones corriendo y casi en seguida Paul lo oyó regresar con lentitud. Venía trayendo en brazos a su hermanito tullido. Lo sentó en el escalón inferior y, abrazándolo fuertemente, le señaló el coche.

—¿Ves, Buddy, es como yo te dije? Su hermano se lo regaló por Navidad y a él no le costó ni un céntimo. Algún día yo te regalaré a ti uno igual a éste... para que tú puedas ir solo a ver todas las cosas bonitas que hay en los escaparates de Navidad, las que yo he tratado de contarte cómo son.

Paul bajó del coche y sentó al pequeño en el asiento inmediato al del conductor. Con los ojos brillantes, el hermano mayor se instaló junto a él, y esa víspera de Navidad los tres iniciaron un memorable paseo. Paul aprendió cuál había sido la intención de Jesús al decir: «Más bendición es dar...».

Dan Clark

*

El coraje

—Entonces, ¿tú crees que soy valiente? —preguntó la muchacha.

—Claro que sí.

—Quizá lo sea, pero es porque he recibido la inspiración de algunos maestros. Te hablaré de uno. Hace muchos años, cuando trabajaba como voluntaria en el hospital de Stanford, conocí a una niña, Liza, que sufría una rara enfermedad muy grave. Al parecer, su única posibilidad de recuperación era una transfusión de sangre de su hermanito de cinco años, que había sobrevivido milagrosamente a la misma enfermedad y había desarrollado los anticuerpos necesarios para combatirla. El médico le explicó la situación al niño y le preguntó si estaría dispuesto a donar sangre a su hermana. Lo vi vacilar apenas un momento antes de hacer una inspiración profunda y responder: «Sí, lo haré si es para salvar a Liza».

Mientras se realizaba la transfusión, el niño permaneció en una cama junto a la de su hermana, sonriendo, como todos los presentes, al ver cómo el color volvía a las mejillas de Liza. Después, su rostro palideció y se esfumó su sonrisa. Levantó los ojos hacia el médico y le preguntó con voz temblorosa: «¿Empezaré a morir ahora mismo?».

En su inocencia de niño, había entendido mal al médico y pensaba que tenía que dar a su hermana toda su sangre.

—Sí —añadió la narradora, he aprendido a ser valiente porque he tenido maestros inspirados.

Dan Millman

*

Ed, el hombretón

Cuando llegué a la ciudad para presentar un seminario sobre cómo dirigir una empresa con autoridad, un pequeño grupo de personas me llevó a cenar para ponerme al corriente de la gente a quien tendría que dirigirme al día siguiente.

El líder manifiesto del grupo era Ed, un corpulento hombretón de voz profunda y retumbante, que mientras cenábamos me informó de que era mediador de conflictos laborales en una gigantesca organización internacional. Su trabajo consistía en infiltrarse en ciertas divisiones de la empresa o de empresas subsidiarias para finalmente quitarle el empleo al ejecutivo responsable de ellas.

—Joe —me dijo—, realmente no veo el momento de que llegue mañana, porque a toda esa gente le hace falta escuchar a un tipo recio como tú. Ahora se enterarán de que mi estilo es el correcto.

Con una sonrisa tosca, me guiñó un ojo.

Me limité a sonreír. Yo sabía que el día siguiente sería diferente de lo que él esperaba.

Al día siguiente se quedó sentado, impávido durante todo el seminario, y cuando terminó se fue sin decirme nada.

Tres años después regresé a aquella ciudad a presentar otro seminario de administración para el mismo grupo de personas. Ed, el hombretón, estaba otra vez allí. A eso de las diez, de pronto, se levantó para preguntarme en voz muy alta:

—Joe, ¿puedo decir algo a esta gente?

—Claro —le respondí con una sonrisa forzada—. Cuando alguien es tan grande como tú, Ed, puede decir lo que quiera.

El hombretón siguió diciendo.

—Todos vosotros, muchachos, me conocéis, y algunos sabéis lo que me pasa, pero ahora quiero compartirlo con todos. Joe, creo que cuando haya terminado me lo agradecerás.

—Cuando te oí sugerir que todos, para llegar a ser realmente duros, teníamos que aprender a decirle a la gente más próxima que la amamos, pensé que eso era un montón de tonterías sentimentales. No entendía qué demonios tenía que ver eso con el hecho de ser duros. Tú habías dicho que la dureza era como el cuero y la rigidez como el granito, que una mente dura es abierta, elástica, disciplinada y tenaz. Pero yo no entendía qué tenía que ver el amor con todo eso.

—Esa noche, sentado en el salón frente a mi mujer, tus palabras me seguían zumbando en la cabeza. ¿Qué clase de coraje necesitaría para decirle a mi mujer que la amaba? ¿Acaso eso no podía hacerlo cualquiera? Tú también habías dicho que eso había que hacerlo a la luz del día, no en el dormitorio. Descubrí que me estaba aclarando la garganta para empezar y que no acababa de decidirme. Mi mujer me

miró, me preguntó qué había dicho y yo le contesté que nada. Después, de pronto, me levanté, atravesé la habitación, le aparté nerviosamente el periódico y le dije: “Alice, te amo”. Durante un momento me miró, atónita, y después sus ojos se llenaron de lágrimas y me dijo, suavemente: “Ed, yo también te amo, pero ésta es la primera vez en veinticinco años que me lo has dicho de esta manera”.

«Estuvimos un rato hablando de cómo el amor, si es suficiente, puede disolver toda clase de tensiones y de pronto yo decidí, en el entusiasmo del momento, llamar a mi hijo mayor que vive en Nueva York. En realidad jamás hemos mantenido una buena relación. Cuando se puso al teléfono le dije como en un estallido: “Hijo, si piensas que estoy borracho lo entenderé, pero no es eso. Es sólo que se me ocurrió llamarte para decirte cuánto te quiero”».

»Al otro lado se produjo una pausa y después le oí decir en voz baja: “Papá, creo que ya lo sabía, pero es estupendo oírlo. Y quiero que sepas que yo también te quiero”. Estuvimos charlando un rato y después llamé a mi hijo menor a San Francisco. Con él había tenido más intimidad. Le dije lo mismo que al otro y con éste también mantuve una charla realmente hermosa, como nunca la habíamos tenido.

»Esa noche, mientras estaba acostado, pensando, me di cuenta de que todas las cosas que usted había dicho ese día, es decir, los elementos básicos de una auténtica administración, adquirirían un significado nuevo, y que yo podía tener una pista sobre la forma de aplicarlos si realmente entendía y practicaba un firme concepto de amor.

»Empecé a leer libros sobre el tema y, por cierto, Joe, hay mucha gente importante que tiene cosas que decir, y me di cuenta de lo enormemente práctico que resultaría en mi vida un concepto del amor entendido así, tanto en casa como en el trabajo.

»Tal como algunos de los aquí presentes ya sabéis, cambié realmente mi manera de trabajar con la gente. Empecé a escuchar más y de verdad. Aprendí lo que era tratar de conocer las virtudes de la gente en vez de concentrarme en sus debilidades. Empecé a descubrir el auténtico placer de ayudarles a aumentar la confianza en sí mismos. Quizá lo más importante de todo fue que realmente empecé a entender que una manera excelente de mostrar amor y respeto por los demás es esperar de ellos que usen sus propias fuerzas para alcanzar los objetivos que juntos hemos definido.

»Joe, ésta es mi manera de darte las gracias. Y, dicho sea de paso, ¡hablemos de algo práctico! Ahora soy vicepresidente ejecutivo de la compañía y me adjudican un liderazgo fundamental. Pues bien, muchachos, ¡ahora escuchad a este tipo!».

Joe Batten

*

El amor y el taxista

El otro día, en Nueva York, cogí un taxi con un amigo. Cuando nos bajamos, mi amigo le dijo al taxista:

—Le agradezco el viaje. Es usted un conductor estupendo.

Durante un segundo, el hombre se quedó atónito. Después reaccionó:

—Oiga, ¿me está tomando el pelo o qué?

—Nada de eso, amigo mío, no tengo intención de molestarlo. Admiro la tranquilidad con que se mueve en medio de semejante tránsito.

—Ah —farfulló el conductor, y siguió su recorrido.

—¿A qué venía eso? —pregunté.

—Estoy tratando de restaurar el amor en Nueva York —me respondió mi amigo—. Creo que es lo único capaz de recuperar la ciudad.

—¿Cómo es posible que un solo hombre salve Nueva York?

—No es cuestión de un solo hombre. Creo que a ese taxista le he cambiado el día. Suponte que haga veinte viajes. Pues será amable con esos veinte pasajeros porque alguien fue amable con él. Ellos, a su vez, serán más cordiales con sus empleados, servidores o colaboradores, e incluso con sus respectivas familias. En última instancia, la buena disposición podría extenderse a un millar de personas por lo menos. No está mal, ¿no te parece?

—Pero tú confías en que ese taxista transmita tu buena disposición a los demás.

—No estoy confiando en nada —respondió mi amigo—. Me doy cuenta de que el sistema no es totalmente seguro. Hoy puedo encontrarme con diez personas muy diferentes, si de entre esos diez puedo hacer felices a tres, finalmente podré influir en forma indirecta sobre las actitudes de tres mil más.

—Teóricamente suena bien —admití—, pero no estoy seguro de que en la práctica funcione.

—Si no funciona no se pierde nada. No perdí ni un minuto en decirle a ese hombre que estaba haciendo muy bien su trabajo. Ni le di una propina mayor ni una más pequeña. Y si mis palabras cayeron en oídos sordos, ¿qué importa? Mañana habrá algún otro taxista a quien pueda tratar de hacer feliz.

—Oye, tú estás un poco chiflado —señalé.

—Tus palabras demuestran lo cínico que te has vuelto. Este asunto lo tengo estudiado. Lo que al parecer les falta a nuestros empleados de correos, aparte de dinero, por cierto, es que nadie les dice lo bien que están haciendo su trabajo.

—Pero si no están haciendo bien su trabajo.

—Si no están haciendo bien su trabajo es porque sienten que a nadie le importa cómo lo hacen. ¿Por qué no decirles una palabra que les anime?

En ese momento pasábamos junto a un edificio en construcción, donde cinco

obreros estaban almorzando. Mi amigo se detuvo.

—Qué trabajo estupendo habéis hecho —señaló—. Debe de ser algo muy difícil y peligroso.

Los hombres lo miraron con desconfianza.

—¿Cuándo estará terminado?

—En junio —gruñó uno de ellos.

—Ah. Pues realmente, es impresionante. Debéis de estar muy orgullosos.

Seguimos caminando y yo le señalé:

—No he visto a nadie como tú desde que leí el Quijote.

—Cuando esos hombres asimilen mis palabras se sentirán más felices y, de alguna manera, su felicidad será un beneficio para la ciudad.

—Pero ¡esa no es una tarea para que la hagas tú solo! —protesté yo—. Al fin y al cabo, no eres más que un hombre.

—Lo más importante es no descorazonarse. Intentar que la gente de la ciudad vuelva a ser feliz no es tarea fácil, pero si puedo enrolar a más gente en mi campaña...

—Acabas de guiñarle el ojo a una mujer feísima —le señalé.

—Ya lo sé —me respondió—. Piensa que si es maestra de escuela hoy sus alumnos tendrán un día fantástico.

Art Buchvvald

*

Un simple gesto

Todo el mundo puede ser grande... porque cualquiera puede servir. Para eso no necesitas tener un título universitario. No necesitas hacer que sujeto y verbo concuerden. Lo único que necesitas es un corazón pleno de gracia, un alma nacida del amor.

Martin Luther King

Mark volvía caminando de la escuela cuando advirtió que el muchacho que caminaba delante de él había tropezado y se le habían caído todos los libros que llevaba, además de dos jerséis, un bate de béisbol, un guante y un pequeño magnetófono. Mark se arrodilló para ayudarlo a recoger los objetos desparramados y, como iban por el mismo camino, le ayudó a llevar parte de la carga. Mientras caminaban, supo que el chico se llamaba Bill, que le encantaban los videojuegos, el béisbol y la historia, que tenía muchos problemas con las demás asignaturas y que acababa de romper con su novia.

Primero llegaron a casa de Bill, donde invitaron a Mark a que entrara a tomar un refresco y a ver la televisión un rato. La tarde pasó agradablemente, entre algunas risas y algo de charla intrascendente, luego Mark se fue a su casa. Los dos chicos siguieron viéndose en la escuela, almorzaron juntos un par de veces y, finalmente, ambos terminaron la primaria. Casualmente fueron a la misma escuela secundaria, donde siguieron teniendo breves contactos durante años. Finalmente, llegado el tan esperado último año, tres semanas antes del día que finalizaban los cursos, Bill le preguntó a Mark si podían conversar un rato.

Le recordó aquel día, años atrás, en que se habían conocido, y le preguntó:

—¿Nunca te extrañaste de que ese día volviera a casa tan cargado de cosas? Había vaciado mi armario porque no quería cargar a nadie con ese desorden. Había ido guardando algunas pastillas para dormir de mi madre y volvía a casa con intención de suicidarme. Pero después de haber pasado un rato contigo, charlando y riéndonos, me di cuenta de que si me hubiera matado habría perdido aquellos momentos y muchos otros que podían haberles seguido.

Entonces, Mark, ya ves que aquel día, cuando me recogiste los libros, hiciste mucho más... Me salvaste la vida.

John W. Schlatter

*

La sonrisa

Sonreíos los unos a los otros; sonríe a tu mujer, sonríe a tu marido; sonreíd a vuestros hijos, sonreíos sin que os importe a quién, y eso os ayudará a que crezca vuestro amor por el otro.

Madre Teresa de Calcuta

Muchos norteamericanos conocen bien *El principito*, un libro maravilloso escrito por Antoine de Saint-Exupéry. Es un libro que, sin dejar de ser un cuento para niños, es también un recurso maravilloso para estimular el pensamiento en los adultos. Muchos menos son los que tienen conocimiento de otros escritos, novelas y cuentos del autor.

Saint-Exupéry era un piloto de caza que luchó contra los nazis y murió en acción. Antes de la segunda guerra mundial, luchó contra los fascistas en la guerra civil española. A partir de aquella experiencia escribió un cuento fascinante con el título de *La sonrisa (Le sourire)*. Este es el relato que quisiera compartir con vosotros ahora. Aunque no está claro si la intención del autor era escribir un texto autobiográfico o de ficción, yo prefiero creer en la primera posibilidad.

Cuenta el autor que, capturado por el enemigo, lo confinaron en una celda. Por las miradas desdeñosas y el rudo tratamiento que recibió de sus carceleros, estaba seguro de que al día siguiente lo ejecutarían. A partir de aquí contaré la historia tal como la recuerdo, con mis propias palabras.

«Estaba seguro de que me matarían, y me fui poniendo tremendamente inquieto y nervioso. Repasé mis bolsillos en busca de algún cigarrillo que pudiera haber quedado en ellos pese al registro y encontré uno que, con manos temblorosas, apenas pude llevarme a los labios. Pero no tenía fósforos; eso sí se lo habían llevado.

»Por entre los barrotes miré a mi carcelero, que evitaba mantener contacto conmigo. Después de todo, nadie intenta mirar a los ojos a una cosa, a un cadáver. Decidí preguntarle:

»—¿Tiene fuego, por favor?

»Me miró, se encogió de hombros y se acercó a encenderme el cigarrillo.

»Mientras se acercaba para encender el fósforo, sin intención alguna, nuestros ojos se cruzaron. En ese momento, sin saber por qué, le sonreí. Quizá fuera por nerviosismo, tal vez porque cuando dos personas están muy cerca una de otra es muy difícil no sonreír. En todo caso, le sonreí. En ese instante fue como si se encendiera una chispa en nuestros corazones, en nuestras almas: éramos humanos. Sé que aunque él no lo quería, mi sonrisa pasó a través de los barrotes y provocó otra sonrisa en sus labios. Me encendió el cigarrillo y se quedó cerca, mirándome directamente a los ojos, sin dejar de sonreír.

»También yo seguí sonriéndole; ahora ya lo veía como a una persona, no como a

un simple carcelero. Pareció como si el hecho de que me mirara hubiera cobrado también una nueva dimensión.

»—¿Tienes hijos? —me preguntó.

»—Sí, mira.

»Saqué la cañera y busqué las fotos de mi familia. Él también sacó las fotos de sus hijos y empezó a hablar de los planes y las esperanzas que ellos le inspiraban. A mí se me llenaron los ojos de lágrimas. Le dije que temía no volver a ver nunca a mi familia, no poder llegar a verlos crecer. A él también se le humedecieron los ojos.

»De pronto, sin decir nada más, abrió la puerta y sin añadir palabra me guió hacia la salida. Ya fuera de la cárcel, silenciosamente y por callejas apartadas, me condujo fuera de la ciudad. Allí, ya casi en el límite, me dejó en libertad y, sin una palabra más, regresó.

»Aquella sonrisa me había salvado la vida.

Sí, la sonrisa... el contacto espontáneo, natural, no afectado entre las personas. Este es un episodio que cuento en mi trabajo porque me gustaría que la gente pensara en que, debajo de todas las capas defensivas que construimos para protegernos, para proteger nuestra dignidad, nuestros títulos, nuestros grados, nuestro estatus y nuestra necesidad de que nos vean de tal o cual manera... por debajo de todo eso, sigue estando, auténtico y esencial, lo que somos. No me asusta llamarlo *alma*. Realmente, creo que si esa parte de ti y esa parte de mí pudieran reconocerse la una a la otra, no seríamos enemigos. No podríamos sentir odio ni envidia ni miedo. Con tristeza llego a la conclusión de que todos esos estratos que tan cuidadosamente vamos construyendo a lo largo de toda la vida, nos distancian de los demás y nos aíslan de cualquier auténtico contacto con ellos. El relato de Saint-Exupéry nos habla de ese momento mágico en que dos almas se reconocen.

No he tenido más que unos pocos momentos como aquél. Enamorarse es un ejemplo y también observar a un bebé. ¿Por qué sonreímos cuando vemos un bebé? Quizá sea porque vemos a alguien que aún no tiene todas esas barreras defensivas, alguien que, bien lo sabemos, cuando nos sonrío lo hace de forma totalmente auténtica y sin engaños. Y el alma de bebé que seguimos llevando dentro sonrío con melancólico agradecimiento.

Hanoch McCarty

*

Amy Graham

Tras haber volado toda la noche desde Washington, D. C, estaba cansado cuando llegué a mi iglesia, la Mile High Church, en Denver, donde después de oficiar tres servicios, tendría que dirigir un taller sobre la conciencia de la prosperidad. Al entrar en la iglesia, el doctor Fred Vogt me preguntó si tenía noticias de la existencia de la Fundación Pide un Deseo.

Le respondí que sí.

—Bueno —continuó—, a Amy Graham le han diagnosticado una leucemia terminal. Apenas le dan tres días de vida. Su último deseo es estar presente en sus servicios.

Quedé realmente impactado. Sentí una combinación de júbilo, respeto y duda. No lo podía creer. Pensaba que los chicos y chicas a punto de morir querrían que los llevaran a Disneylandia o conocer a Sylvester Stallone, o a Arnold Schwarzenegger. ¿Cómo iban a querer pasarse sus últimos días escuchando a Mark Victor Hansen? ¿Por qué una cría a quien no le quedaban más que unos pocos días de vida iba a querer que le endilgaran un discurso sobre motivaciones? De pronto, una voz interrumpió mis pensamientos.

—Aquí está Amy —anunció Vogt mientras ponía la frágil mano de Amy en la mía. Ante mí estaba una muchacha de diecisiete años con un turbante de brillantes colores rojo y naranja que le ocultaba la cabeza, calva a causa de los tratamientos de quimioterapia recibidos. El frágil cuerpo, debilitado, apenas se sostenía.

—Mis dos objetivos —me dijo— eran terminar la escuela secundaria y escuchar su sermón. Los médicos no creían que pudiera cumplir ninguno. Pensaban que las fuerzas no me alcanzarían. Me dejaron otra vez en manos de mis padres... Aquí están, se los presento.

Los ojos se me llenaron de lágrimas; sentí que me ahogaba, que me faltaba el equilibrio. Estaba totalmente conmovido. Me aclaré la garganta, sonreí y dije:

—Tú y tus padres sois nuestros invitados. Os agradezco que hayáis querido venir. Nos abrazamos, nos secamos los ojos y nos separamos.

He estado presente en muchos seminarios de curación en los Estados Unidos, Canadá, Malasia, Nueva Zelanda y Australia. He observado el trabajo de los mejores sanadores y he estudiado, investigado, evaluado y cuestionado qué era lo que funcionaba, por qué y cómo.

Aquel domingo por la tarde dirigí un seminario en el que participaron Amy y sus padres. El público abarrotaba la sala: más de un millar de personas ávidas de aprender, de crecer, de ser cada vez más humanas.

Humildemente, les pregunté si querían aprender un procedimiento de curación que podría servirles para toda la vida. Desde el escenario, parecía que todas las

manos se hubieran levantado. El sentimiento era unánime: querían aprender.

Enseñé al público a frotarse enérgicamente las manos, a separarlas a una distancia de cinco o seis centímetros y sentir la energía curativa. Después los dividí en parejas, para que todos pudieran sentir la energía curativa que emanaba de cada uno de ellos y fluía hacia el otro.

—Si necesitáis una curación —les dije—, aceptadla aquí y ahora.

El público se dispuso en forma alineada; el sentimiento era estático. Les expliqué que todos tenemos energía curativa y potencial de curación. Al cinco por ciento de las personas les brota de las manos con una intensidad de curación tan intensa que podrían hacer de ella una profesión.

—Esta mañana —les conté—, me presentaron a Amy Graham, una joven de diecisiete años cuyo último deseo era concurrir a este seminario. Quiero traerla aquí y pedirlos a todos que dejéis fluir hacia ella la energía de vuestra fuerza vital. Quizá podamos ayudarla. Ella no me lo ha pedido, pero yo os lo estoy pidiendo espontáneamente porque siento que es lo correcto.

—¡Sí, sí, sí! —clamó el público.

El padre de Amy la ayudó a subir al escenario. La niña tenía un aspecto de suma fragilidad, por la quimioterapia, el reposo en cama y una falta absoluta de ejercicio físico. (Los médicos no le habían permitido caminar durante las dos semanas previas al seminario).

Pedí al grupo que se calentara las manos para enviarle su energía, después de lo cual, todos de pie, le tributaron una cálida y conmovedora ovación.

Dos semanas más tarde, Amy me telefoneó para decirme que su médico le había dado el alta, tras una curación total. Dos años después volvió a llamar, esta vez para contarme que se había casado.

He aprendido a no subestimar jamás el poder de curación que todos tenemos. Siempre está ahí, esperando a que lo usemos para el mayor bien común. Lo único que tenemos que hacer es recordarlo.

Mark V. Hansen

*

Un cuento para el día de San Valentín

Larry y Jo Ann eran un matrimonio corriente. Vivían en una casa cualquiera, en una calle como todas. Como cualquier otro matrimonio común, luchaban para llegar a fin de mes y para dar a sus hijos todo lo necesario.

También eran como todos en otro sentido: se peleaban. Gran parte de sus charlas se referían a lo que no iba bien en su matrimonio y a cuál de los dos era el culpable.

Hasta que un día sucedió algo extraordinario.

—Fíjate Jo Ann, tengo una cómoda mágica, increíble. Cada vez que abro algún cajón está lleno de calcetines o de ropa interior —dijo Larry—. Quiero agradecerte que los hayas estado llenando durante todos estos años.

Jo Ann se lo quedó mirando por encima de las gafas.

—¿Qué es lo que quieres, Larry?

—Nada. Sólo que sepas que te doy las gracias por estos cajones mágicos.

Como aquella no era la primera vez que Larry le salía con algo raro, Jo Ann olvidó el incidente hasta pasados algunos días.

—Jo Ann, gracias por haber anotado tan correctamente los números en el libro de gastos este mes. Las dieciséis anotaciones son correctas: es todo un récord.

Sin poder dar crédito a sus oídos, Jo Ann levantó los ojos del calcetín que estaba zurciendo.

—Larry, si siempre te estás quejando de que anoto mal los números, ¿por qué ahora no lo haces?

—Porque sí. Sólo quería que supieras que me doy cuenta del esfuerzo que estás haciendo.

Jo Ann sacudió la cabeza y siguió con sus remiendos. Para sus adentros, masculló:

—¿Qué le estará pasando?

Sin embargo, al día siguiente, cuando Jo Ann hizo un cheque en la tienda, se fijó para asegurarse de que había anotado bien el número del cheque.

—¿Por qué de pronto les estoy dando importancia a estos estúpidos números? — se preguntó.

Trató de no hacer caso del incidente, pero el extraño comportamiento de Larry se intensificó.

—Jo Ann, la cena ha sido estupenda —le dijo una noche—. Te agradezco el esfuerzo. Vaya, si calculo que en los últimos quince años habrás preparado más de catorce mil comidas para mí y para los niños...

Otra vez fue:

—Jo Ann, la casa parece un espejo. Debes de haber trabajado muchísimo para que tenga tan buen aspecto.

Y hasta:

—Jo Ann, te agradezco que seas como eres. Realmente, me da mucho placer tu compañía.

Jo Ann estaba empezando a preocuparse. Se preguntaba qué se había hecho de los sarcasmos y de las críticas.

Sus temores de que a su marido le estaba pasando algo raro se vieron confirmados por la queja de Shelly, su hija de dieciséis años, que le comentó:

—Mamá, papá se ha vuelto loco. Acaba de decirme que estaba guapa con todo este maquillaje y esta ropa de estar por casa. No es propio de él. ¿Qué es lo que le pasa?

Fuera lo que fuere lo que le pasara, Larry no cambiaba. Casi todos los días seguía haciendo algún comentario positivo.

Pasadas varias semanas, Jo Ann se fue acostumbrando al extraño comportamiento de su marido, e incluso alguna vez se lo recompensó, a regañadientes, con un escueto «Gracias». Se sentía orgullosa de ir manteniéndose a la altura de las circunstancias, hasta que un día sucedió algo tan raro que la desorientó por completo:

—Como quiero que te tomes un descanso —anunció Larry—, voy a fregar yo los platos, así que hazme el favor de dejar esa sartén y sal de la cocina.

Después de una larguísima pausa Jo Ann contestó:

—Gracias, Larry. ¡Te lo agradezco muchísimo!

Ahora el paso de Jo Ann era un poco más ligero, su confianza en sí misma iba en aumento e incluso, alguna vez, canturreaba por lo bajo. Además, parecía que ya no tenía tantos ataques de melancolía. «Me gusta bastante la nueva forma de comportarse de Larry», pensaba para sus adentros.

Aquí se acabaría el cuento, de no ser porque un día sucedió otro acontecimiento de lo más extraordinario. Esta vez, quien habló fue Jo Ann:

—Larry —dijo—, quiero agradecerte que durante todos estos años hayas ido a trabajar para que a nosotros no nos falte nada. Y creo que nunca te he expresado todo mi agradecimiento.

Larry jamás ha revelado las razones de su espectacular cambio de comportamiento, por más que Jo Ann se ha esforzado en obtener de él una respuesta, de modo que éste seguirá siendo, probablemente, uno de los misterios de la vida. Pero es un misterio con el que me encanta convivir.

Porque, ya veis... yo soy Jo Ann.

Jo Ann Larsen.
Desert News.

*

Carpe diem!

Alguien que destaca como un ejemplo resplandeciente de valor al expresarse es John Keating, el profesor dotado de un mágico poder de transformación que interpreta Robín Williams en *El club de los poetas muertos*. En esta magistral película, Keating toma un grupo de estudiantes inhibidos, tensos y espiritualmente impotentes de un rígido internado y les inspira el deseo y la capacidad de hacer de sus vidas algo extraordinario.

Tal como Keating les muestra, estos jóvenes han perdido de vista sus propios sueños y ambiciones. Están viviendo de forma automática los programas y las expectativas que les han trazado sus padres. Su proyecto es llegar a ser médicos, abogados y banqueros porque eso es lo que sus padres les han dicho que deben hacer. Pero esos resecos personajes apenas han dedicado un momento a pensar qué es lo que su corazón le pide a cada uno de ellos que exprese.

Una de las primeras escenas de la película muestra cómo Keating lleva a los chicos al vestíbulo de la escuela donde, en una vitrina llena de trofeos, se exhibe la colección de fotos de las clases que se han ido graduando en años anteriores.

—Mirad estas fotos, muchachos —les dice—. Los jóvenes a quienes contempláis tenían en los ojos el mismo fuego que vosotros. Planeaban tomar el mundo por asalto y hacer de sus vidas algo magnífico. Eso fue hace setenta años. Ahora están todos haciendo crecer las margaritas. ¿Cuántos de ellos llegaron realmente a vivir sus sueños? ¿Hicieron lo que se habían propuesto lograr?

Entonces Keating, mezclándose con el grupo de alumnos, en un susurro, les insta: —*Carpe diem!* ¡Aprovechad el presente!

Al principio, a los estudiantes los desorienta ese extraño maestro, pero no tardan en empezar a captar la importancia de sus palabras. Llegan a respetar y a reverenciar a Keating, que les ha ofrecido una visión nueva... o les ha devuelto su visión original.

Todos vamos por el mundo con una especie de tarjeta de cumpleaños que nos gustaría entregar... con una u otra expresión personal de júbilo, de creatividad o de vitalidad que llevamos oculta bajo la camisa.

Un personaje de la película, Knox Overstreet, se enamora locamente de una chica fantástica. Sólo hay un problema: ella es la pareja de un atleta famoso. Knox, entusiasmado al máximo con esa hermosa criatura, no está lo bastante seguro de sí mismo como para abordarla. Pero recuerda el consejo de Keating: «¡Aprovechad el presente!» y se da cuenta de que no puede seguir soñando: si quiere ganársela algo tendrá que hacer al respecto. Y lo hace. Audaz y poéticamente le declara sus sentimientos más tiernos. En el proceso, ella lo rechaza, su novio le da un puñetazo

en la nariz y Knox se enfrenta a los golpes aunque acaba vencido. Como no está dispuesto a renunciar a su sueño, va en pos de lo que su corazón desea. En última instancia, ella siente la autenticidad de su sentimiento y le abre su corazón. Aunque Knox no es especialmente guapo, ni muy popular, el poder y la sinceridad de su intención terminan por conquistarla. Él ha conseguido convertir su propia vida en algo extraordinario.

Yo también he tenido ocasión de practicar el consejo de Keating «¡aprovechad el presente!». Me quedé embobado por una chica monísima que conocí en una tienda de animales. Era menor que yo y tenía un estilo de vida muy diferente al mío, tampoco teníamos muchos temas en común, pero sentía que nada de aquello importaba. Y o disfrutaba estando con ella y me parecía que ella también sentía lo mismo.

Supe que se acercaba su cumpleaños y decidí invitarla a salir. Estaba a punto de llamarla y me quedé mirando el teléfono durante casi media hora. Después marqué el número y colgué antes de que empezara a sonar. Entre la emoción de la expectativa y el miedo al rechazo, me sentía como un adolescente. Una voz desde el infierno insistía en decirme que yo no le gustaría y que por mi parte era tener mucha cara invitarla a salir. Pero me sentía tan entusiasmado ante la posibilidad de estar con ella que no me dejé vencer por el miedo y, finalmente, me animé a llamarla. Me agradeció la invitación, pero me dijo que ya tenía una cita.

Me quedé hecho polvo. La misma voz que me había dicho que no la llamara me aconsejó también que abandonara antes de sentirme más avergonzado. Pero yo estaba empeñado en ver qué alcance tenía aquella atracción. Dentro de mí había más cosas que querían cobrar vida. Tenía que expresar los sentimientos que me inspiraba aquella mujer.

Compré una bonita tarjeta de cumpleaños en la que escribí una breve nota poética. Me dirigí a la tienda de animales donde ella trabajaba. Al aproximarme a la puerta, la misma voz inquietante me advirtió: «Y si no le gustas, ¿qué? Si te rechaza, ¿qué?». Como me sentía vulnerable, guardé la tarjeta bajo la camisa. Decidí que si ella me mostraba algún signo de afecto, se la daría; si se mostraba indiferente, la dejaría escondida. Así no correría riesgos y me evitaría un rechazo que podría avergonzarme.

Conversamos un rato sin que yo recibiera de ella ningún signo, ni en un sentido ni en otro y, como me sentía incómodo, inicié la retirada.

Pero cuando me aproximaba a la puerta, escuché otra voz, que me hablaba en un susurro y que se parecía bastante a la de Mr. Keating.

«Recuerda a Knox Overstreet... *Carpe Diem*». Me vi enfrentado ante la necesidad de expresar mis sentimientos por un lado y la resistencia a afrontar la inseguridad que me producía sincerarme por otro. ¿Cómo puedo andar por ahí diciendo a los demás que den vida a sus aspiraciones, cuando yo no estoy viviendo las mías? Además, ¿qué era lo peor que podía suceder? Cualquier mujer estaría encantada de recibir una felicitación en su cumpleaños, y además, poética. Decidí

aprovechar el día. Mientras tomaba la decisión sentí que una oleada de audacia corría por mis venas: mi intención era poderosa.

Me sentí mucho más satisfecho y en paz conmigo mismo de lo que me había sentido en mucho tiempo... Tenía que aprender a abrir el corazón y a brindar amor sin pedir nada a cambio.

Saqué la tarjeta de donde la tenía escondida, me di la vuelta, fui hasta el mostrador y se la di. Mientras se la entregaba me sentí increíblemente vivo y emocionado... y además, tenía miedo. (Fritz Peris decía que el miedo es «una excitación sin aliento»). Pero lo hice. Y, ¿sabéis una cosa? A ella no le impresionó especialmente. Me dio las gracias e hizo a un lado la tarjeta, sin siquiera abrirla. Se me cayó el alma a los pies. Me sentía decepcionado y rechazado. No obtener respuesta alguna era peor que un rechazo inequívoco.

Tras un «adiós» de cortesía, salí de la tienda y entonces sucedió algo sorprendente. Empecé a sentirme eufórico. Desde mí interior brotó una oleada de satisfacción que me inundó por completo. Había expresado mis sentimientos ¡y me sentía muy bien! Había cruzado la frontera del miedo hasta salir a la pista de baile. Sí, había estado un poco torpe, pero lo había hecho. («Hazlo temblando si es necesario —decía Emmet Fox—, ¡pero hazlo!»). Había puesto en juego mi corazón sin pedir garantía por los resultados. No ofrecí para, a mi vez, recibir algo. Le hice ver mis sentimientos sin esperar una respuesta determinada.

La dinámica que se requiere para que una relación funcione es la siguiente: sigue poniendo tu amor ahí fuera.

Al interiorizarse, mi euforia se transformó en cálida beatitud. Me sentí más satisfecho y en paz conmigo mismo de lo que me había sentido en mucho tiempo. Me di cuenta del sentido de todo lo ocurrido: yo necesitaba aprender a abrir mi corazón y a dar amor sin esperar ni pedir nada a cambio. El sentido de aquella experiencia no era crear una relación con aquella mujer, sino profundizar mi relación conmigo mismo. Y lo había hecho. Keating se habría sentido orgulloso. Pero lo más importante era que yo me sentía orgulloso.

Desde entonces no he visto mucho a aquella chica, pero esa experiencia ha cambiado mi vida. Mediante aquella simple interacción vi claramente cuál es la dinámica necesaria para que cualquier relación (y quizá el mundo entero) funcione: No dejes nunca de mostrar tu amor.

Creemos que cuando no recibimos amor, eso nos duele, pero lo que nos duele no es eso. El dolor nos acomete cuando no ofrecemos amor. Hemos nacido para amar. Se podría decir que somos máquinas de amor creadas por Dios. Cuando mejor

funcionamos es cuando estamos dando amor. El mundo nos ha llevado a creer que nuestro bienestar depende de que los demás nos amen, pero este es el tipo de pensamiento puesto patas arriba que tantos problemas nos ha causado. La verdad es que nuestro bienestar depende de que ofrezcamos amor: no de lo que nos devuelven a nosotros, ¡sino de lo que nosotros ofrecemos!

Alan Cohen

*

Te conozco, ¡tú eres igual que yo!

Stan Dale es uno de nuestros amigos más íntimos. Stan dirige un seminario sobre el amor y las relaciones, con el título «*Sexualidad, amor e intimidad*». Hace varios años, en su interés por llegar a saber cómo era realmente la gente en la Unión Soviética, se fue allí a pasar dos semanas en compañía de otras veintinueve personas. Cuando narró sus experiencias en la hoja informativa que él mismo publica, una de las anécdotas nos afectó en lo más profundo.

Mientras andaba por un parque en la ciudad industrial de Jarkov, vi a un anciano veterano ruso de la segunda guerra mundial. Es fácil identificarlos por las medallas y cintas que todavía exhiben orgullosamente en sus camisas y chaquetas. No lo hacen por exhibicionismo, es la forma que tienen en su país de homenajear a quienes les ayudaron a salvar Rusia, por más que los nazis mataran a veinte millones de rusos. Me acerqué a aquel anciano que estaba allí sentado con su mujer y le dije «*Droozhba, emir*» (amistad y paz). El hombre me miró con incredulidad, tomó la insignia que habíamos hecho para aquel viaje y que decía “amistad” en ruso y mostraba los mapas de los Estados Unidos y de la Unión Soviética, sostenidos por dos manos amistosas, y me preguntó:

—¿*Amerikanski*?

—*Da, amerikanski* —le respondí—. *Droozhba, emir*.

Me cogió ambas manos como si fuéramos hermanos que no se habían visto desde hacía tiempo, y volvió a repetir: «¡*Amerikanski!*», pero esta vez había reconocimiento y afecto en su voz.

Durante algunos minutos él y su mujer me hablaron en ruso, como si yo pudiera entenderlos, y yo les hablé en inglés como si creyera que él me entendía. Y ¿sabéis qué? Ninguno de los dos entendió una palabra, pero es indudable que nos comprendimos. Nos abrazamos, nos reímos y lloramos, repitiendo todo el tiempo «*Droozhba, emir, amerikanski*». «Te amo, estoy orgulloso de estar en tu país, nosotros no queremos la guerra. ¡*Te amo!*».

Pasados unos cinco minutos, nos dijimos adiós y los siete que formábamos nuestro pequeño grupo seguimos andando. Quince minutos después, cuando estábamos ya a considerable distancia, el mismo viejo veterano nos alcanzó. Se me acercó, se quitó la medalla de la Orden de Lenin (probablemente su posesión más preciada) y me la prendió en la solapa. Después me besó en los labios y me dio uno de los abrazos más cálidos y afectuosos que jamás he recibido. Y los dos lloramos, nos miramos a los ojos durante un tiempo larguísimo y nos despedimos con un «*Dossvedanya*» (adiós).

El relato anterior es un símbolo de todo nuestro viaje de «Diplomacia ciudadana» a la Unión Soviética. Cada día encontrábamos cientos de personas en todos los

lugares posibles e imposibles. Ni los rusos ni nosotros volveremos jamás a ser los mismos. Ahora hay cientos de escolares de las tres escuelas que visitamos que ya no estarán tan dispuestos a pensar que los norteamericanos son gente que quiere «*nukearlo*» (destruirlos con armas nucleares). Hemos bailado, cantado y jugado con niños de todas las edades, y hemos intercambiado besos, abrazos y regalos. Ellos nos dieron flores, pastas y dulces, insignias, dibujos, muñecas... y, lo más importante, nos abrieron su corazón y su mente.

En más de una ocasión nos invitaron a presenciar sus bodas y a ningún miembro de su familia biológica podrían haberlo aceptado, saludado y agasajado de forma más cálida y afectuosa que a nosotros. Intercambiamos abrazos y besos, bailamos y bebimos champán, cerveza y vodka con los novios, con los abuelos y con el resto de la familia.

En Kursk fuimos recibidos por siete familias rusas que se ofrecieron a agasajarnos con una maravillosa cena y con su afable conversación. Cuatro horas más tarde, ninguno de nosotros quería irse. Ahora, todos los de nuestro grupo tenemos una nueva familia en Rusia.

La noche siguiente nosotros agasajamos a «nuestra familia» en el hotel. La banda tocó casi hasta medianoche y... ¿qué os imagináis? Una vez más, comimos, bebimos, charlamos, bailamos y lloramos cuando llegó la hora de despedirnos. Y bailamos cada canción como si fuéramos amantes apasionados... porque eso éramos, exactamente.

Podría seguir hablando eternamente de nuestras experiencias y, sin embargo, no habría manera de transmitir exactamente cómo nos sentíamos. ¿Cómo os sentiríais vosotros, al llegar a vuestro hotel en Moscú, si os estuviera esperando un mensaje telefónico de la oficina de Mihail Gorbachov, diciendo que lamenta no poder veros ese fin de semana porque no está en la ciudad, pero que en cambio ha dispuesto, para todo vuestro grupo, una reunión de dos horas, una mesa redonda con una media docena de miembros del Comité Central? Y con ellos mantuvimos una conversación sumamente franca sobre mil cosas, incluso sobre sexualidad.

¿Cómo os sentiríais si más de una docena de ancianas, con sus *babushlws* [pañolones] anudadas bajo el mentón, bajaran de sus viviendas para abrazaros y besaros? ¿Qué sentiríais cuando vuestras guías, Tania y Natasha, os dijeran (y dijeran a todo el grupo) que no habían visto jamás a nadie como vosotros? Y cuando nos fuimos, todos, los treinta, lloramos porque nos habíamos enamorado de aquellas mujeres fabulosas, y ellas de nosotros. ¿Cómo os sentiríais? Probablemente, igual que nosotros.

Está claro que cada uno tuvo su propia experiencia, pero es indudable que en el total hay algo que destaca especialmente: la única forma en que vamos a asegurar la paz sobre este planeta es adoptar como «nuestra familia» al mundo entero. Vamos a tener que abrazarlos y besarlos, y bailar y jugar con ellos. Tendremos que sentarnos a hablar, pasearemos y jugaremos juntos. Porque, cuando lo hagamos, descubriremos

que es verdad que existe la belleza en cada uno de nosotros, que todos nos complementamos los unos con los otros y que todos empobreceríamos si no nos tuviéramos mutuamente. Entonces el dicho «Te conozco porque tú eres como yo» tendría un significado más profundo: «¡Ésta es “mi familia”, y con ellos estaré pase lo que pase!».

Stan Dale

*

La más dulce de las necesidades

Por lo menos una vez al día nuestro viejo gato negro se acerca a alguno de nosotros de una manera que todos hemos llegado a reconocer como especial. No significa que quiera que le den de comer ni que lo dejen salir, ni nada por el estilo. Lo que necesita es algo muy diferente.

Si tiene un regazo a mano, se sube a él de un salto; si no, lo más probable es que se quede ahí, con aire nostálgico, hasta que vea que hay uno preparado. Una vez acomodado en él, empieza a ronronear antes incluso de que uno le acaricie el lomo, le rasque bajo el mentón y le diga una y otra vez que es un gato estupendo. Después, con su «motor» acelerado al máximo, se acomoda hasta encontrar la posición que le gusta y se instala. De vez en cuando, su ronroneo se descontrola y se convierte en ronquido; entonces te mira con los ojos abiertos de adoración y te dedica ese prolongado ir cerrando los ojos que es la muestra final de la confianza de un gato.

Al cabo de un rato, poquito a poco, se va quedando quieto. Si siente que todo va bien, puede ser que se quede en el regazo para echarse una cómoda siestecita. Pero es igualmente probable que vuelva a bajar de un salto y se vaya a atender sus cosas. Sea como fuere, la razón la tiene él.

—*Blackie* quiere que lo «ronroneen» —dice simplemente nuestra hija.

En casa no es el único que tiene esa necesidad: yo la comparto y mi mujer también. Sabemos que no es una necesidad exclusiva de ningún grupo de edad, pero aun así, como yo no sólo soy padre, sino además profesor, la asocio especialmente con los chicos, con su necesidad rápida e impulsiva de un abrazo, de un regazo acogedor, de una mano amiga, de una manta cálida, no porque nada les falte, no porque sea necesario, sino simplemente porque ellos son así.

Hay un montón de cosas que me gustaría hacer por todos los niños y, si sólo pudiera hacer una, sería ésta: asegurar a cada niño que, esté donde esté, tendrá por lo menos un buen ronroneo cada día.

Porque los niños, como los gatos, necesitan su tiempo de ronroneo.

Fred T. Wilhelms

*

Bopsy

La joven madre miraba fijamente a su hijo, que estaba muriéndose de leucemia. Por más que tuviera el corazón lleno de tristeza, también tenía un intenso sentimiento de determinación. Como cualquier padre o madre, quería que su hijo creciera y pudiera cumplir todos sus sueños, pero eso ya no sería posible: la leucemia lo impediría. Sin embargo, ella seguía queriendo que se cumplieran los sueños de su hijo.

Cogió la mano del pequeño y le preguntó:

—Bopsy, ¿has pensado alguna vez qué querrías ser cuando crecieras? ¿Has soñado con lo que te gustaría hacer en la vida?

—Mami, yo siempre quería ser bombero cuando creciera.

Ella le sonrió y dijo:

—Vamos a ver si podemos conseguir que tu deseo se realice.

Ese mismo día, más tarde, se fue al cuartel local de los bomberos de su pueblo, Phoenix, en Arizona. Allí habló con Bob, un bombero que tenía el corazón tan grande como todo el pueblo. Le explicó cuál era el último deseo de su hijo y le preguntó si sería posible que el pequeño diera una vuelta a la manzana en uno de los camiones de bomberos.

—Vamos —dijo Bob—, podemos hacer algo mucho mejor. Si usted tiene listo al niño el miércoles próximo a las siete de la mañana, lo nombraremos bombero honorario durante todo el día. Puede venir al cuartel de bomberos, comer con nosotros y acompañarnos cada vez que salgamos. Y si usted nos da sus medidas, le encargaremos un verdadero uniforme de bombero, con un sombrero de verdad, no de juguete, con el emblema de los Bomberos de Phoenix, un impermeable amarillo como el que nosotros usamos y botas de goma. Como todo eso se fabrica aquí, en Phoenix, lo tendremos muy pronto.

Tres días después el bombero Bob fue a buscar a Bopsy, le puso su uniforme de bombero y lo acompañó al camión, que los esperaba con todo su equipo. Bopsy, sentado al fondo del camión, ayudó a conducirlo de nuevo al cuartel. Se sentía en el cielo.

Ese día, en Phoenix, hubo tres alarmas de incendio, y Bopsy salió con los bomberos las tres veces. Fue en los diferentes vehículos, en el del equipo médico e incluso en el coche del jefe de bomberos. Además, le grabaron un vídeo para el noticiero local.

El hecho de haber visto realizarse su sueño, unido a todo el amor y la atención que le prodigaron, conmovió tan profundamente a Bopsy que vivió tres veces más de lo que ningún médico hubiera creído posible.

Una noche, todas sus constantes vitales empezaron a deteriorarse de forma alarmante y la jefa de enfermeras, que defendía la idea de que nadie debe morir solo,

empezó a llamar a todos los miembros de la familia para que acudieran al hospital. Después, al recordar el día que Bopsy había pasado como bombero, llamó al jefe para preguntarle si sería posible enviar al hospital un bombero de uniforme para que acompañara a Bopsy en sus últimos momentos.

—Podemos hacer algo mejor —respondió el jefe—. ¿Quiere usted hacerme un favor? Cuando oiga las sirenas y vea los destellos de las luces, anuncie por el sistema de altavoces que no hay un incendio; es sólo que el personal del departamento de bomberos viene a ver por última vez a uno de sus miembros más valiosos. Y no olvide abrir la ventana de la habitación de Bopsy. Gracias.

Cinco minutos después, un camión llegó al hospital, extendió la escalera hasta la ventana de Bopsy, en la tercera planta, y por ella treparon los dieciséis bomberos. Con el permiso de su madre, todos fueron abrazándolo y diciéndole, uno tras otro, cuánto lo querían.

Con su último aliento, Bopsy preguntó, levantando los ojos hacia el jefe de bomberos:

—Jefe, ¿ahora ya soy un bombero de verdad?

—Claro que lo eres, Bopsy —le confirmó el jefe.

Al oír aquellas palabras, Bopsy sonrió y cerró los ojos.

Jack Canfield y Mark V. Hansen

*

Se venden cachorros

El propietario de una tienda estaba colgando sobre la puerta un cartel que anunciaba: «Venta de cachorros». Ese tipo de anuncios tienen la virtud de llamar la atención de los niños y no tardó en aparecer un niño bajo el cartel.

—¿A cuánto vende usted los cachorros? —preguntó.

—Entre treinta y cincuenta dólares —respondió el dueño de la tienda.

El pequeño rebuscó en sus bolsillos y sacó algunas monedas.

—Sólo tengo dos dólares y treinta y siete centavos —anunció—. ¿Puedo verlos, por favor?

El dueño sonrió, emitió un silbido y de la perrera salió *Lady*, que se acercó corriendo por el pasillo de la tienda seguida por cinco minúsculas bolitas de pelo. Uno de los cachorros seguía a los demás con dificultades. Inmediatamente, el niño se fijó en el perrito lisiado que cojeaba y preguntó:

—¿Qué le pasa a ese perrito?

El dueño de la tienda le explicó que el veterinario, al examinarlo, había descubierto que al cachorrito le faltaba la fosa de articulación de la cadera.

—Pues ése es el cachorrito que quiero comprar —exclamó el niño, entusiasmado.

—No creo que quieras comprarlo —objetó el dueño de la tienda—, pero si realmente lo quieres, te lo regalo.

El chiquillo se ofendió mucho; miró a los ojos al dueño de la tienda, apuntándole con un dedo, y declaró:

—No quiero que me lo regale. Ese perrito vale tanto como cualquiera y le pagaré a usted lo que valga. Es más, ahora le daré todo lo que tengo y le iré pagando cincuenta centavos cada mes hasta completar su precio.

—En realidad, no creo que quieras comprar el perrito —replicó el hombre—. Nunca podrá correr y saltar y jugar contigo como los demás cachorritos.

Al oír estas palabras, el chiquillo se inclinó para levantarse la pernera del pantalón, mostrando una pierna gravemente deformada que se apoyaba en una ortopedia. Levantó los ojos hacia el propietario de la tienda y respondió en voz baja:

—Bueno, yo tampoco soy muy buen corredor y el cachorro necesitará a alguien que lo entienda.

Dan Clark.
Weathering the storm.

*

2

Aprende a amarte a ti mismo

Oliver Wendell Holmes concurreo una vez a una reunion en la cual el era el más bajo de los presentes.

—Doctor Holmes —bromeo un amigo—, yo diria que se siente usted pequeño entre unos hombrones como nosotros.

—Pues sí —respondio Holmes—, me siento como una moneda de un dolar entre un monton de peniques.

*

El buda de oro

Y ahora, he aquí mi secreto, un secreto muy simple: sólo con el corazón podemos ver como es debido: lo esencial es invisible para nuestros ojos.

Antoine de Saint-Exupéry

En el otoño de 1988 a mi mujer, Georgia, y a mí nos invitaron a dar una charla sobre autoestima y desarrollo óptimo en una conferencia en Hong Kong. Como nunca habíamos estado en el Lejano Oriente, decidimos hacer además un viaje a Tailandia.

Cuando llegamos a Bangkok, se nos ocurrió hacer un tour que recorría los templos budistas más famosos de la ciudad. En compañía de nuestro intérprete y chófer, Georgia y yo visitamos ese día numerosos templos budistas, pero al cabo de un rato todos empezaron a mezclarse en nuestro recuerdo.

Sin embargo, entre ellos hubo uno que nos dejó una impresión indeleble en la mente y en el corazón. Se le conoce como el Templo del Buda de Oro y en realidad es muy pequeño, probablemente no mida más que tres por tres metros; pero al entrar nos quedamos impresionados por la presencia de un buda de oro macizo de algo más de tres metros de altura. Pesa más de dos toneladas y media, y está valorado en aproximadamente ¡ciento noventa y seis millones de dólares! Era realmente un espectáculo impresionante ver ese buda de oro macizo, imponente pese a la bondad que transmitía su calma sonrisa.

Mientras nos sumergíamos en las actividades normales de quien visita lugares hasta entonces sólo conocidos por referencia (es decir, sacar fotografías de la estatua, entre expresiones de admiración), me acerqué a un expositor de cristal que contenía un gran trozo de arcilla, de unos veinte centímetros de espesor por treinta de ancho. Junto a la urna de cristal había una página mecanografiada que narraba la historia de aquella magnífica obra de arte.

En 1957 un grupo de monjes de un monasterio tuvo que trasladar un buda de arcilla desde su templo a un nuevo emplazamiento. El monasterio debía cambiar de sitio para dejar paso a la construcción de una carretera que atravesaba Bangkok. Cuando la grúa empezó a levantar el gigantesco ídolo, su peso era tan tremendo que empezó a resquebrajarse, y para colmo empezó a llover. El superior de los monjes, preocupado por el daño que podía sufrir el sagrado buda, decidió bajar la estatua al suelo y cubrirla con una recia lona que la protegiera de la lluvia.

Más tarde, él mismo fue a verificar cómo estaba el buda e introdujo una linterna bajo la lona para ver si la imagen seguía estando seca. Cuando la luz dio sobre una de las grietas de la estatua, observó que algo resplandecía en su interior y eso le llamó la atención. Al mirar más atentamente el destello de luz, se preguntó si no podría haber algo debajo de la arcilla. Fue en busca de un martillo y empezó a retirar la arcilla. Al

ir desprendiéndose ésta el resplandor se fue haciendo cada vez mayor. Se necesitaron muchas horas de trabajo para que el monje se encontrase frente al extraordinario buda de oro macizo.

Los historiadores creen que, varios siglos antes de que el superior descubriese el buda, el ejército birmano estuvo a punto de invadir Tailandia, que entonces se llamaba Siam. Los monjes, al darse cuenta de que su país no tardaría en ser atacado, cubrieron de arcilla su precioso buda de oro para que no terminara formando parte del botín de los birmanos. Los invasores pasaron a cuchillo a todos los monjes y el secreto del buda de oro se mantuvo bien guardado hasta aquel memorable día de 1957.

Mientras volvíamos a los Estados Unidos en un avión, empecé a pensar que todos estamos, como el buda, cubiertos por una dura capa creada por el miedo y que, sin embargo, encerrado en cada uno de nosotros hay un «Buda de oro» o un «Cristo de oro» o una «esencia áurea» que es nuestro verdadero ser. En alguna época de la vida, quizás entre los dos y los nueve años, empezamos a cubrir nuestra «esencia áurea», nuestro ser natural. Y, de manera muy parecida a lo que hizo el monje con el martillo, la tarea a que ahora nos enfrentamos es la de volver a descubrir nuestra auténtica esencia.

Jack Canfield

*

Empieza por ti mismo

Las siguientes palabras están inscritas en la tumba de un obispo (1100 d. C.) en la cripta de la abadía de Westminster:

Cuando yo era joven y libre y mi imaginación no conocía límites, soñaba con cambiar el mundo. A medida que me fui haciendo mayor y más prudente, descubrí que el mundo no cambiaría, de modo que acorté un poco la visión y decidí cambiar solamente mi país.

Pero eso también parecía inamovible.

Al llegar a mi madurez, en un último y desesperado intento, decidí avenirme a cambiar solamente a mi familia, a los seres que tenía más próximos, pero ¡ay!, tampoco ellos quisieron saber nada del asunto.

Y ahora que me encuentro en mi lecho de muerte, de pronto me doy cuenta: «Sólo con que hubiera empezado por cambiar yo mismo», con mi solo ejemplo habría cambiado a mi familia.

Y entonces, movido por la inspiración y el estímulo que ellos me ofrecían, habría sido capaz de mejorar mi país y quién sabe si incluso no hubiera podido cambiar el mundo.

Anónimo

*

¡Nada más que la verdad!

David Casstevens, del periódico Dallas Morning News, cuenta un episodio referente a Frank Szymanski, estudiante de la Universidad de Notre Dame allá por los años cuarenta, a quien habían llamado como testigo en un proceso civil en el South Bend.

—Este año, ¿está usted en el equipo de fútbol del Notre Dame?

—Sí, Señoría.

—¿En qué posición?

—Centro, Señoría.

—Y ¿qué tal centro es?

Szymanski se removió en su asiento, pero respondió con voz firme:

—Señor, soy el mejor centro que jamás haya tenido el equipo de Notre Dame.

El entrenador Frank Leahy, que se encontraba en la sala del tribunal, se quedó sorprendido: Szymanski había sido siempre modesto y nada fanfarrón, de manera que, terminada la sesión del tribunal, Leahy hizo un aparte con él para preguntarle por qué se había expresado de esa manera. Szymanski se ruborizó.

—Me supo muy mal hacerlo, entrenador —fue su respuesta—, pero es que, después de todo, estaba bajo juramento.

Dallas Morning News

*

Cubriendo todas las bases

A un niño que andaba hablando solo mientras caminaba por el patio de su casa, tocado con su gorra de béisbol y jugueteando con la pelota y el bate, se le oyó decir orgullosamente:

—Soy el mejor jugador de béisbol del mundo.

Después arrojó la pelota al aire, intentó darle con el bate y erró. Impávido, recogió la pelota, la lanzó al aire y se reafirmó diciendo:

—¡Soy el mejor jugador que hay!

Repitió el intento de asestar un golpe a la pelota y, tras volver a fallar, se detuvo un momento a examinar minuciosamente el bate y la bola. Luego, arrojó una vez más la pelota al aire y dijo:

—Soy el mejor jugador de béisbol que jamás haya habido.

Volvió a asestar el golpe con el bate y una vez más erró a la pelota.

—¡Uau! —exclamó—: ¡Vaya lanzador!

Fuente desconocida

Un niño estaba dibujando algo y su maestra le dijo:

—Qué cosa más interesante. Cuéntame qué es.

—Es una imagen de Dios.

—Pero nadie sabe qué aspecto tiene Dios.

—Pues cuando yo termine lo sabrán.

*

Mi declaración de autoestima

Con ser lo que soy ya es suficiente; sólo hace falta que lo sea abiertamente.

Carl Rogers

Escribí las palabras que siguen en respuesta a la pregunta de una niña de quince años: «¿Cómo puedo prepararme para tener una vida satisfactoria?».

Yo soy yo.

En el mundo entero no hay nadie que sea exactamente como yo. Hay personas que tienen cosas que se me parecen, pero nadie llega a ser exactamente como yo. Por lo tanto, todo lo que sale de mí es auténticamente mío porque sólo yo lo elegí.

Soy dueña de todo lo que me constituye: mi cuerpo y todo lo que mi cuerpo hace, mi mente y con ella todos mis pensamientos e ideas, mis ojos y también las imágenes de todo lo que ellos ven, mis sentimientos, sean los que fueren (enfado, júbilo, frustración, amor, desilusión, entusiasmo); mi boca y todas las palabras que de ella salen (cortesés, dulces o ásperas, correctas o incorrectas), mi voz, áspera o suave, y todas mis acciones, ya se dirijan a otros o a mí misma.

Soy dueña de mis propias fantasías, de mis sueños, mis esperanzas y mis miedos.

Son míos todos mis triunfos y mis éxitos, mis fallos y mis errores.

Como soy dueña de todo lo que hay en mí, puedo relacionarme íntimamente conmigo misma. Al hacerlo, puedo amarme y ser amiga de todo lo que hay en mí. Entonces puedo trabajar toda yo, sin reserva, para mi mejor interés.

Sé que en mí hay aspectos que no entiendo, y otros que no conozco, pero mientras me acepte y me quiera puedo, con ánimo valiente y esperanzado, buscar las soluciones a los enigmas y las maneras de saber más cosas de mí misma.

Todo lo que miro y digo, cualquier cosa que exprese y haga, y todo aquello que piense y sienta en un momento dado, soy yo. Todo esto es auténtico y representa dónde estoy en ese momento del tiempo.

Cuando más adelante evoque qué aspecto tenía y cómo hablaba, lo que decía y lo que hacía, cómo pensaba y sentía, algunas partes pueden parecerme fuera de lugar. Puedo descartar lo que no me viene bien y conservar lo que me parezca adecuado, e inventarme algo nuevo que reemplace a lo que haya descartado.

Puedo ver, oír, sentir, decir y hacer. Tengo los recursos para sobrevivir, para estar próxima a los demás, para ser productiva, para encontrar sentido y orden en el mundo de las personas y las cosas que existen fuera de mí.

Soy mi propia dueña, y por lo tanto puedo hacerme a mí misma.

Soy yo, y estoy bien tal como soy.

Virginia Satir

*

La indigente

Solía dormir en la oficina de Correos de la calle Cinco. Yo alcanzaba a olerla antes de dar la vuelta a la esquina y llegar a donde ella dormía, junto a los teléfonos públicos. Olía a la orina que se le escurría por entre las sucias capas de ropa y a las caries de su boca casi desdentada. Si no dormía, entonces pasaba el tiempo mascullando incoherencias.

A las seis de la tarde cierran la oficina de Correos para mantener fuera a los vagabundos, ella se enrosca en la acera, hablando consigo misma, moviendo la boca como si tuviera las mandíbulas desencajadas, atenuados sus olores por la suave brisa.

Una vez, el día de Acción de Gracias, nos sobró tanta comida que yo la envolví, me disculpé un momento y conduje el coche en dirección a la calle Cinco.

La noche era gélida. Las hojas giraban en remolinos por las calles y apenas había alguien en la calle, aunque sólo unos pocos de aquellos desamparados estaban abrigados y cómodos en algún hogar o asilo; pero yo sabía que la encontraría.

Estaba vestida como siempre: las cálidas capas de lana ocultaban el viejo cuerpo encorvado. Sus manos huesudas sujetaban un «precioso» carro de la compra. Estaba acuclillada contra una verja de alambre, frente al parque infantil, al lado de la oficina de Correos. «¿Por qué no habrá escogido algún lugar más protegido del viento?» pensé, dando por supuesto que estaba tan chiflada que ni siquiera tenía el sentido común necesario para acurrucarse en algún portal.

Aproximé al bordillo mi reluciente coche, bajé el cristal de la ventanilla y le dije:
—Madre... tal vez quisiera...

Se quedó azorada ante la palabra «madre». Pero es que era... es... de una manera que no puedo entender bien.

—Madre —volví a empezar—, le he traído un poco de comida. ¿Le gustaría un poco de pavo relleno y pastel de manzana?

Al oírme, la anciana me miró y me dijo muy claramente, con nitidez, mientras los dos dientes de abajo, flojos, se le movían mientras hablaba:

—Oh, muchísimas gracias, pero en este momento estoy llena. ¿Por qué no le llevas eso a alguien que realmente lo necesite?

Sus palabras eran claras, sus modales refinados. Después me dio por despedida y volvió a hundir la cabeza entre los harapos.

Bobbie Probstein

*

Las reglas para ser humano

- *Recibirás un cuerpo*

Puede ser que te guste o que lo odies, pero será tuyo durante todo el tiempo que pases aquí.

- *Aprenderás lecciones*

Estás anotado a tiempo completo en una escuela informal que se llama vida. Cada día que pases en ella tendrás oportunidad de aprender lecciones. Puede ser que las lecciones te gusten como que te parezca que no vienen al caso o que son estúpidas.

- *No hay errores, sólo lecciones*

El crecimiento es un proceso de ensayo y error: la experimentación. Los experimentos fallidos son parte del proceso en igual medida que los que, en última instancia, funcionan.

- *Una lección se repite hasta que está aprendida*

Cada lección se te presentará en diversas formas hasta que la hayas aprendido. Cuando eso suceda podrás pasar a la lección siguiente.

- *El aprendizaje no tiene fin*

No hay en la vida ninguna parte que no contenga lecciones. Si estás vivo, aún te quedan lecciones que aprender.

- *«Allí» no es mejor que «aquí»*

Cuando tu «allí» se ha convertido en un «aquí», simplemente habrás obtenido otro «allí» que te parecerá nuevamente mejor que «aquí».

- *Los demás no son más que espejos que te reflejan*

No puedes amar ni odiar nada de otra persona a menos que refleje algo que tú amas u odias en ti mismo.

- *Lo que hagas de tu vida es cosa tuya*

Tienes todas las herramientas y recursos que necesitas, lo que hagas con ellos es

cosa tuya. La elección es tuya.

- *Tus respuestas están dentro de ti*

Las respuestas a las cuestiones de la vida están dentro de ti. Sólo tienes que mirar, escuchar y confiar.

- *Te olvidarás de todo esto*
- *Puedes recordarlo siempre que quieras*

Anónimo

*

3

Sobre la condición de padres

Quizá el mayor servicio social que pueda ofrecer alguien al país y a la humanidad sea formar y llevar adelante una familia.

George Bernard Shaw

*

Los niños aprenden lo que viven

*Si los niños conviven con las críticas, aprenden a condenar.
Si los niños conviven con la hostilidad, aprenden a pelear.
Si los niños conviven con el miedo, aprenden a ser cobardes.
Si los niños conviven con la compasión, aprenden a compadecerse de sí mismos.
Si los niños conviven con el ridículo, aprenden a ser tímidos.
Si los niños conviven con los celos, aprenden lo que es la envidia.
Si los niños conviven con la vergüenza, aprenden a sentirse culpables.
Si los niños conviven con la tolerancia, aprenden a ser pacientes.
Si los niños conviven con el estímulo, aprenden a estar seguros de sí.
Si los niños conviven con el elogio, aprenden a apreciar.
Si los niños conviven con la aprobación, aprenden a gustarse a sí mismos.
Si los niños conviven con la aceptación, aprenden a encontrar amor en el mundo.
Si los niños conviven con el reconocimiento, aprenden a tener un objetivo.
Si los niños conviven con la generosidad, aprenden a ser generosos.
Si los niños conviven con la sinceridad y el equilibrio, aprenden lo que son la verdad y la justicia.
Si los niños conviven con la seguridad,
aprenden a tener fe en sí mismos y en quienes los rodean.
Si los niños conviven con la amistad,
aprenden que el mundo es un bello lugar donde vivir.
Si los niños conviven con la serenidad, aprenden a tener paz mental.
¿Con qué están conviviendo tus hijos?*

Dorothy L. Nolte

*

Por qué escogí que mi padre fuera mi papá

Crecí en una hermosa y extensa granja en Iowa, criada por padres de esos a quienes con frecuencia se describe como la «sal de la tierra y la columna vertebral de la comunidad». Eran todas las cosas que sabemos que definen a los buenos padres: tiernos, entregados a la tarea de educar a sus hijos transmitiéndoles confianza y seguridad en ellos mismos. Esperaban que hiciéramos nuestras tareas de la mañana y de la tarde, que llegáramos a la escuela puntualmente, que sacáramos buenas notas y fuéramos personas honradas.

Somos seis hermanos. ¡Seis! Nunca pensé que tuviéramos que ser tantos, pero está claro que a mí nadie me consultó. Para colmo de males, el destino me dejó caer en pleno corazón de Norteamérica, en un clima que no podía ser más inhóspito y frío. Como todos los niños, también yo creía que se había producido una gran confusión universal y que conmigo se habían equivocado de familia... y además, con toda seguridad, de estado. Me enfermaba tener que enfrentarme con los elementos. Los inviernos en Iowa son tan gélidos, tan helados, que hay que hacer turnos para salir durante la noche a asegurarse de que las vacas y las ovejas no se hayan quedado en un lugar donde puedan morir congeladas. A los animales recién nacidos había que llevarlos al establo y, a veces, ocuparse de hacerlos entrar en calor para que no se nos murieran. ¡Así de fríos son los inviernos en Iowa!

Mi papá, un hombre increíblemente guapo, fuerte, carismático y enérgico, estaba siempre en acción. Mis hermanos y hermanas, como yo, sentíamos ante él un gran respeto. Lo honrábamos y le profesábamos la mayor estima. Ahora entiendo el porqué. En su vida no había incongruencias. Era un hombre honrado y de elevadísimos principios. El trabajo de la granja, que él mismo había escogido, era su pasión; y él, el mejor de los granjeros. Se encontraba en su elemento criando y ocupándose del ganado. Se sentía unido a la tierra y se enorgullecía de plantar y recoger las cosechas. Se negaba a cazar fuera de temporada, por más que ciervos, faisanes, codornices y otros animales silvestres abundaran pródigamente en nuestras tierras. Se negaba a incorporar abonos artificiales al suelo o a alimentar a los animales con otra cosa que no fuera forraje y grano. Nos enseñaba por qué actuaba de esa manera y por qué nosotros debíamos abrazar los mismos ideales. Hoy puedo darme cuenta de lo escrupuloso que era, porque todo aquello sucedía a mediados de los años cincuenta, antes de que se soñara siquiera con un compromiso universal tendente a la preservación del equilibrio ambiental en toda la tierra.

Papá era también un hombre muy impaciente, pero no en mitad de la noche, cuando estaba haciendo el recuento de los animales durante su última ronda nocturna. La relación que surgió entre nosotros a partir de todas aquellas situaciones compartidas fue simplemente inolvidable, y constituyó en mi vida una influencia

compulsiva, tanto fue lo que llegué a saber de él. Con frecuencia oigo comentar a hombres y mujeres el poco tiempo que solían pasar con su padre. De hecho, todavía hoy, al estar con un grupo de hombres, uno siente que siguen buscando a tientas un padre a quien nunca conocieron. Yo sí conocí al mío.

Por entonces tenía la sensación de ser, secretamente, su hija favorita, aunque es muy posible que cada uno de los seis hermanos haya sentido lo mismo. Ahora bien, aquello tenía su lado bueno y su lado malo. El lado malo fue que papá me eligió a mí para que lo acompañara en aquellos controles de los establos, de noche y de madrugada, pese a que yo detestaba tener que levantarme y dejar la cama calentita para salir al aire helado de la madrugada. Pero en aquellas ocasiones era cuando papá se mostraba mejor y más cariñoso. Era enormemente comprensivo, paciente, tierno y, además, sabía escuchar. Su voz era suave y cuando lo veía sonreír entendía la pasión que mi madre sentía por él.

Fue durante aquella época cuando para mí se constituyó en el maestro modelo, concentrado siempre en los porqués, en las razones para seguir adelante. Hablaba interminablemente durante la hora u hora y cuarto que duraba nuestro paseo nocturno: de sus experiencias en la guerra, de los porqués de la guerra en que él había servido, dentro y fuera de la región, de la gente, de los efectos de la guerra y de sus secuelas. Una y otra vez volvía sobre el relato y a mí, en la escuela, la asignatura de historia se me hacía tanto más interesante y familiar.

Papá nos hablaba de lo que había sacado de positivo en sus viajes y de por qué era tan importante salir a ver mundo. Me inculcó la necesidad y el amor a los viajes. Cuando tuve treinta años, yo ya había visitado, fuera por trabajo o por placer, cerca de treinta países.

Él me hablaba de la necesidad y el amor del aprendizaje, y del porqué una educación formal es importante, e insistía también en la diferencia entre inteligencia y sabiduría. Deseaba ardientemente que yo no me limitara a terminar la escuela secundaria.

—Tú puedes hacerlo —me repetía—. Eres una Burres. Eres inteligente, tienes buena cabeza, y recuérdalo, eres una Burres.

No había manera de que pudiera decepcionarle. Tenía confianza de sobra para acometer cualquier carrera. Finalmente me doctoré, primero en filosofía y luego obtuve un segundo doctorado. Aunque el primero era para papá y el segundo para mí, hubo decididamente un sentimiento de curiosidad y de búsqueda que me facilitó la consecución de ambos.

Él me hablaba de normas y de valores, del desarrollo del carácter y de lo que esto significa en el curso de una vida. Yo escribo y enseño sobre un tema similar. Él hablaba de cómo tomar y evaluar decisiones, de saber cuándo hay que acabar con las pérdidas e irse y cuándo es preciso aferrarse a las decisiones tomadas, incluso frente a la adversidad. Hablaba de conceptos como ser y llegar a ser, y no solamente de tener y conseguir, y yo sigo usando esa frase. Nunca traiciones a tu corazón, decía. Hablaba

de instintos viscerales y de cómo diferenciarlos para no venderse emocionalmente; también de cómo evitar que los demás le engañen a uno.

—Escucha siempre a tus instintos —decía—, y no olvides nunca que todas las respuestas que puedas necesitar están dentro de ti. Tómate tiempo para la soledad y el silencio. Mantente en silencio hasta que llegues a encontrar las respuestas dentro de ti y entonces escúchalas. Encuentra algo que te guste hacer y lleva una vida que lo demuestre. Tus objetivos deben provenir de tus valores y entonces tu trabajo irradiará el deseo de tu corazón. Esto te apartará de todas las distracciones tontas, que sólo servirán para hacerte perder el tiempo —y la vida no es más que tiempo—, para perder de vista cuánto puedes crecer en los años que te sean dados. Preocúpate de la gente —me decía—, y respeta siempre a la madre tierra. No importa dónde vivas, asegúrate de tener una visión plena de los árboles, el cielo y la tierra.

Mi padre. Cuando reflexiono sobre la forma en que amaba y valoraba a sus hijos, siento verdadera pena por los jóvenes que nunca conocerán de esta manera a sus padres ni sentirán jamás el poder del carácter, la ética, el empuje y la sensibilidad, todo ello reunido en una sola persona... como a mí me pasa, ya que mi padre era el vivo modelo de lo que predicaba. Yo sabía que él creía en mí y que quería que yo misma reconociera mi propio valor.

El mensaje de papá tenía sentido para mí porque jamás vi conflicto alguno con la forma en que él vivía su vida. Había pensado en su vida y la vivió día a día. Con el tiempo, fue comprando varias granjas (y hoy sigue siendo tan activo como entonces). Se casó y durante toda la vida amó a la misma mujer. Mi madre y él, que llevan ya cincuenta años juntos, siguen comportándose como dos enamorados inseparables. Son los mayores amantes que he conocido jamás. De igual manera amaba a su familia. Yo lo consideraba excesivamente posesivo y sobreprotector con sus hijos, pero ahora que soy madre puedo entender esas necesidades y verlas tal como son. Aunque él pensara que podía salvarnos del sarampión, y casi lo consiguió, se negó vehementemente a perdernos a causa de vicios destructivos. También entiendo ahora la firmeza de su determinación para conseguir que fuéramos adultos atentos y responsables.

Hasta el día de hoy, cinco de sus hijos residen a pocos kilómetros de él, y han optado por una versión de su estilo de vida. Son todos cónyuges y padres dedicados y la profesión que han elegido es la agricultura. Son, sin lugar a dudas, la espina dorsal de su comunidad. Hay algo peculiar en todo esto y sospecho que se debe a que me llevara a mí como acompañante en aquellas rondas de medianoche. Yo me orienté en una dirección diferente de la que tomaron mis otros cinco hermanos. Empecé mi carrera como educadora, asesora y profesora universitaria, terminé escribiendo varios libros para padres e hijos, con el fin de compartir lo que ya desde los primeros años había aprendido sobre la importancia del desarrollo de la autoestima. Los mensajes que escribí para mi hija son, aunque un poco modificados, los mismos valores que aprendí de mi padre, atemperados, como es natural, por mis propias experiencias

vitales. Y siguen pasando a las nuevas generaciones.

También debería contaros algo de mi hija, una sana muchacha de casi un metro ochenta, que todos los años se matricula en tres deportes, a quien le preocupa la diferencia entre un sobresaliente y un notable, y que quedó finalista en la lucha por el título *Miss California Teen*. Pero no son sus dones y logros externos los que hacen que me recuerde a mis padres. La gente siempre me dice que mi hija está dotada de una gran bondad, una espiritualidad y un fuego interior muy especiales y profundos, que irradian manifiestamente de ella. La esencia de mis padres se ha encarnado en su nieta.

La actitud de amor por sus hijos y el hecho de haber sido padres dedicados ha tenido también un efecto sumamente enriquecedor y estimulante sobre la vida de mis padres. Mientras escribo esto mi padre está en la clínica Mayo de Rochester, sometiéndose a un chequeo que, según dicen los médicos, llevará entre seis y ocho días. Estamos en diciembre y, dado el rigor del invierno, tomó una habitación en un hotel próximo a la clínica a la que acude como paciente externo. A causa de sus obligaciones domésticas, mi madre sólo pudo acompañarlo durante los primeros días, de modo que la víspera de Navidad ya no estuvieron juntos.

La Nochebuena telefoneé a papá a Rochester para desearle una feliz Navidad. Por su voz, me pareció deprimido y desanimado. Al llamar a mi madre, que estaba en Iowa, también la encontré triste y malhumorada.

—Es la primera vez en la vida que tu padre y yo no pasamos juntos estas fiestas—se lamentó—, y sin él ni siquiera siento que hoy sea Navidad.

Yo tenía catorce invitados a cenar, dispuestos a pasar una velada festiva. Volví a la cocina, pero como no podía sacarme de la cabeza el problema de mis padres, llamé por teléfono a mi hermana mayor, quien a su vez llamó a mis hermanos. Una vez decidido que no era bueno que nuestros padres estuvieran separados en Nochebuena y que mi hermano menor iría con el coche a Rochester para traer a mi padre, sin decírselo a mi madre, lo llamé para comunicarle nuestros planes.

—Oh, no—protestó—, es demasiado peligroso salir una noche como ésta.

Mi hermano llegó a Rochester y me telefoneó desde la habitación del hotel para decirme que papá no quería venir.

—Tienes que decírselo tú, Bobbie. Eres la única a quien hará caso.

—Ve, papá. Adelante—le dije con suavidad, y aceptó.

Tim y papá salieron para Iowa. Los demás hijos fuimos llevando la pista de todo el viaje, con información del tiempo incluida, hablando con ellos por el teléfono del coche de mi hermano. En ese punto ya habían llegado mis invitados y todos participaron de la aventura. Cada vez que sonaba el teléfono, conectaba el altavoz para que todos pudieran oír las últimas noticias. Acababan de dar las nueve cuando sonó el teléfono; era papá que llamaba desde el coche.

—Bobbie, ¿cómo puedo llegar a casa sin llevarle un regalo a tu madre? ¡En casi cincuenta años, sería la primera vez que llegaría a casa en Navidad sin su perfume

favorito!

Todos mis invitados estaban participando del viaje. Llamamos a mi hermana para que nos diera los nombres de los centros comerciales más próximos donde pudieran detenerse para comprar el único regalo que mi padre podía concebir hacerle a mamá: la misma marca de perfume que ha venido obsequiándole cada Navidad durante todos estos años.

A las 9:52 de esa noche mi hermano y mi padre salieron de un pequeño centro comercial en Minnesota y siguieron viaje a casa. A las 11:50 entraban con el coche en la granja. Mi padre, como un escolar muerto de risa, se ocultó tras un ángulo de la casa para que mamá no lo descubriera.

—Mamá, hoy he ido a visitar a papá y me ha dicho que te traiga esto para lavar —dijo mi hermano mientras entregaba las maletas a mi madre.

—Oh —suspiró ella con tristeza—, lo echo tanto de menos que en realidad podría ponerme a hacerlo ahora.

—No tendrás tiempo para hacerlo esta noche —dijo mi padre, saliendo de su escondite.

Después de que mi hermano me llamara para relatarme esta conmovedora escena, telefoneé a mi madre.

—¡Feliz Navidad, mamá!

—Ay, niños... —Intentó decir ella con voz quebrada, tratando de contener las lágrimas, pero no pudo continuar. Mis invitados prorrumpieron en hurras.

Aunque yo estuviera a tres mil kilómetros de ellos, ésa fue una de las Navidades más especiales que he compartido con mis padres. Y por cierto que hasta el día de hoy mis padres no han estado jamás separados en Nochebuena. Tal es la fuerza de los hijos que aman y honran a sus padres y, por cierto, del maravilloso matrimonio hecho de amor y entrega que mis padres comparten.

—Los buenos padres —me comentó una vez Jonás Salk—, dan raíces y alas a sus hijos. Raíces para saber dónde está su hogar, y alas para volar lejos de él y ejercitar lo que ellos les han enseñado.

Si el legado de los padres es que los hijos alcancen la capacidad de llevar una vida con sentido, contar con un nido seguro y ser bienvenidos a él, entonces creo que yo he escogido bien a mis padres. Fue en esta última Navidad cuando mejor entendí por qué era necesario que estas dos personas fueran mis padres. Aunque las alas que ellos me dieron me han llevado por todo el mundo, para finalmente terminar en la hermosa California, las raíces que de ellos recibí serán, siempre, un cimiento de inmovible solidez.

Bettie B. Youngs

*

La escuela de los animales

Una vez, hace muchísimo tiempo, los animales decidieron que debían hacer algo heroico para enfrentarse con los problemas de «un mundo nuevo», de modo que organizaron una escuela.

Adoptaron un programa de actividades compuesto de atletismo, escalada, natación y vuelo. Para facilitar la administración del programa, todos los animales se apuntaron en todas las actividades.

El pato era excelente en natación, e incluso mejor que su instructor, pero en cuanto al vuelo, sus notas apenas le permitieron pasar y en atletismo era un desastre. Como era tan lento corriendo, tuvo que quedarse después de clase, e incluso dejó de nadar para practicar a conciencia. Esta situación se mantuvo hasta que se le desgastaron muchísimo las membranas de las patas y terminó nadando con una velocidad discreta. Pero como en la escuela su nivel era aceptable a nadie le preocupó el asunto, salvo al pato.

El conejo empezó siendo el primero de la clase en atletismo, pero sufrió un colapso nervioso porque tanta natación lo había dejado agotado.

La ardilla era una escaladora excelente hasta que se frustró en la clase de vuelo libre, donde su instructor le hizo empezar remontándose desde el suelo, en vez de descender desde las copas de los árboles. Además, sufrió una contractura muscular por exceso de ejercicio que se tradujo en notas bajísimas tanto en escalada como en atletismo.

El águila, alumna problemática por excelencia, fue severamente castigada. En la clase de escalada venció a todos los demás llegando primera a la cima del árbol, pero insistió en llegar allí a su manera.

Al finalizar el año, una anguila anormal capaz de nadar asombrosamente bien y además de correr, trepar y volar un poco, obtuvo el promedio más alto y le encargaron el discurso de despedida.

Los perros salvajes no quisieron ir a la escuela y dejaron de pagar impuestos porque la administración no quiso incluir en el programa de estudios actividades como excavar y hacer madrigueras. Pusieron a estudiar a sus cachorros con un tejón y más adelante se unieron a las marmotas y las ardillas de tierra para iniciar una selectísima escuela privada.

¿Tiene alguna moraleja esta fábula?

George H. Reavis

*

Afectado

Mi hija se encuentra inmersa en la turbulencia de los dieciséis años. Recientemente, tras unos días en que no se sentía bien, supo que su mejor amiga no tardaría en mudarse. Además, en la escuela no le iba tan bien como ella había esperado, ni como lo habíamos esperado su madre y yo. Hecha un ovillo en la cama, desprendía tristeza a través del montón de mantas con que se cubría, en busca de consuelo. Por más que yo quisiera acercarme a ella, para rescatarla de todas las desdichas que se habían adueñado de su joven espíritu, e incluso dándome cuenta de lo mucho que me importaba y de cuánto deseaba ayudarle, sabía también lo aconsejable que era proceder con cautela.

En mi condición de terapeuta familiar, y principalmente gracias al testimonio de clientes a quienes un abuso sexual ha destrozado la vida, estoy al tanto del riesgo implícito en las expresiones de intimidad entre padres e hijas cuando son inadecuadas. Además tengo conciencia de la facilidad con que es posible sexualizar el afecto y la proximidad, especialmente en el caso de hombres para quienes el dominio emocional es territorio extranjero y confunden cualquier expresión de afecto con una invitación sexual.

Era tan fácil tenerla en brazos y consolarla cuando tenía dos o tres años, e incluso siete; pero ahora tenía la impresión de que su cuerpo, nuestra sociedad y mi condición masculina conspiraban contra mi deseo de consolar a mi hija, y me preguntaba cómo podía hacerlo sin dejar de respetar las necesarias fronteras entre un padre y una hija adolescente. Zanjé la cuestión ofreciéndole unas fricciones en la espalda, que ella aceptó.

Suavemente empecé a masajear su espalda huesuda y sus hombros tensos, mientras me disculpaba por mi reciente ausencia. Le expliqué que acababa de participar en las finales del campeonato internacional de masajes de espalda, donde me había clasificado en cuarto lugar. Le aseguré que es difícil superar los masajes que puede dar un padre preocupado, especialmente si además de estar preocupado tiene una alta puntuación mundial en esa especialidad. Y le fui contando detalles de la competición y de los demás participantes mientras, a base de dedos y manos, procuraba relajar sus músculos contraídos y aflojar las tensiones que trababan su joven vida.

Le hablé del arrugado viejecillo asiático que había quedado en tercer lugar, antes de mí, en la serie de pruebas. Tras haber estudiado acupuntura y digitopuntura durante toda la vida, podía concentrar su energía en los dedos, gracias a lo cual elevaba los masajes de espalda a la categoría de arte.

—Pulsaba y presionaba con la precisión de un prestidigitador —expliqué, mientras le hacía a mi hija una demostración de lo que había aprendido de aquel

anciano. En respuesta, ella gimió, aunque yo no estaba seguro de si lo hacía contestando a mi discurso o a mi técnica de digitopuntura. Después le hablé de la mujer que se había clasificado segunda. Era turca y desde su infancia había practicado el arte de la danza del vientre, de manera que podía imprimir a los músculos un movimiento particularmente ondulante y fluido. Al masajear una espalda sus dedos despertaban en los músculos fatigados y en el cuerpo debilitado la necesidad urgente de vibrar, de estremecerse y danzar.

—Dejaba que los dedos caminaran para que los músculos los siguieran — expliqué mientras le hacía la demostración.

—Fantástico — fue apenas un murmullo que emergía débilmente de un rostro sepultado en la almohada. ¿Se referiría a mis palabras o a mi toque profesional?

Después me limité a frotarle la espalda, y los dos nos quedamos en silencio. Pasado un momento, me preguntó:

—Entonces, ¿quién quedó en primer lugar?

Eso sí que no te lo creerás —respondí—. ¡Un bebé!

Y le expliqué cómo el tacto blando de un infante al explorar un mundo de la piel y las sensaciones, no se puede comparar con ningún otro tacto en el mundo. Más suave que la suavidad misma. Impredicable, tierno en su exploración. Unas manos diminutas que decían más de lo que jamás serán capaces de expresar las palabras. De la pertenencia, de la confianza, del amor inocente. Y entonces, tierna y suavemente, la toqué como había aprendido del bebé. En ese momento recordé vívidamente su propia infancia... lo que era tenerla en brazos, mecerla, observar cómo se iba aventurando, a tientas, en su propio mundo.

Y me di cuenta de que, en realidad, era ella la niña, el bebé que me había enseñado el tacto de un niño.

Tras un rato más de fricción lenta, suave, silenciosa, le dije que me sentía muy contento por haber aprendido tanto de los expertos mundiales en masajes de espalda. Le expliqué cómo me había convertido en un masajista de espalda aún mejor gracias a una hija de dieciséis años que, dolorosamente, iba asumiendo su edad adulta. En silencio ofrecí una plegaria de agradecimiento porque una vida así hubiera sido confiada a mis manos, por haber recibido la bendición y el milagro de tocarla.

Victor Nelson

*

Te quiero, hijo

Éstos son mis pensamientos mientras conduzco y llevo a mi hijo a la escuela: Buenos días, hijo. Estás muy guapo con tu equipo de *boy-scout*, no tan gordo como tu viejo cuando él era el *boy-scout*. No creo haber llevado nunca el pelo tan largo hasta que entré en la universidad, pero seguro que, de todas maneras, te reconocería: un poquito desaliñado cerca de las orejas, arrastrando los pies, con las rodilleras arrugadas... Nos vamos acostumbrando el uno al otro...

Ahora que tienes ocho años me doy cuenta de que ya no te veo tanto como antes. El Día de la Hispanidad saliste de casa a las nueve de la mañana. A la hora de almorzar te vi durante cuarenta y dos segundos, y reapareciste a las cinco para merendar. Te echo de menos, pero sé que hay asuntos serios que te tienen ocupado. Seguramente tan serios como las cosas que van haciendo por el camino los demás viajeros, quizá incluso más importantes.

Tú tienes que crecer y madurar, eso es más importante que preocuparme por la bolsa, preparar opciones de compra o pasar la vida discutiendo con los empleados. Tienes que aprender qué eres y qué no eres capaz de hacer... y, además, aprender a vivir con tus particularidades. Tienes que llegar a conocer a la gente y saber cómo se comportan cuando no están satisfechos consigo mismos... como los aprendices de matón que se instalan en el *parking* de bicicletas para fastidiar a los más pequeños. También tendrás que aprender a fingir que los insultos no te importan. Te importarán siempre, pero aprenderás a disimularlo para que la próxima vez no te digan cosas peores. Lo único que espero es que te acuerdes de cómo se siente uno en ese caso... por si alguna vez tú te decides a hostigar a algún niño más pequeño.

¿Cuándo fue la última vez que te dije que estaba orgulloso de ti? Sospecho que, si no puedo recordarlo, tengo que ponerme al día en la tarea. Recuerdo la última vez que te grité —fue para advertirte que llegarías tarde a la escuela si no te dabas prisa—, pero en resumidas cuentas, como solía decir Nixon, no has recibido de mí tantas palmadas afectuosas como alaridos. Para que tomes nota, en caso que leas esto, estoy orgulloso de ti. Me gusta especialmente tu independencia, la manera que tienes de cuidarte sin ayuda, aunque a mí a veces me dé un poco de miedo. Nunca has sido un llorón y eso te convierte en un chico muy especial, según mis normas.

¿Por qué será que a los padres nos cuesta tanto darnos cuenta de que un niño de ocho años necesita tantos abrazos como uno de cuatro? Si yo mismo no me controlo, pronto estaré cogiéndote del brazo y diciéndote: «¿Qué te cuentas, chaval?», en vez de abrazarte y decirte cuánto te quiero. La vida es demasiado corta para andar disimulando el afecto. ¿Por qué a los niños de ocho años os cuesta tanto daros cuenta de que quienes tenemos treinta y seis necesitamos tantos abrazos como un chiquillo de cuatro?

No sé si me acordé de decirte que estoy orgulloso de que vuelvas a comerte el almuerzo que te prepara tu madre, después de haber pasado una semana comiendo esos indigeribles bocadillos de salchicha de la cantina de la escuela. Me alegro de que valores y respetes tu cuerpo.

Ojalá el trayecto no fuera tan corto... quería hablarte de lo que pasó anoche... cuando tu hermano menor ya dormía y dejamos que te quedaras levantado para ver el partido de béisbol de los Yankees. Esos son momentos muy especiales y no hay manera de planearlos por anticipado. Cada vez que proyectamos hacer algo juntos, no sale tan bien ni es tan interesante o tan afectuoso. Durante unos pocos minutos, demasiado cortos, fue como si ya fueras un adulto y estuviéramos sentados charlando, pero sin ninguna pregunta de esas de cómo te va en la escuela. Yo ya había verificado tus deberes de matemáticas de la única forma que puedo... con una calculadora. Tú eres mucho mejor que yo con los números. Estuvimos hablando del partido y tú sabías más que yo de los jugadores, así que estuve aprendiendo de ti. Y cuando los Yankees ganaron, los dos estábamos encantados.

Bueno, ahí está el guardia urbano. Probablemente vivirá más que todos nosotros. Ojalá no tuvieras que ir hoy a la escuela. Hay tantas cosas que quisiera decirte...

Sales del coche tan rápidamente. Y o quisiera saborear el momento, pero tú ya has dividido a un par de amigos tuyos.

Lo único que quería decirte es que te quiero...

Victor B. Miller

*

Lo que eres es tan importante como lo que haces

La clase de persona que eres habla en voz tan alta que no me deja oír lo que dices.

Ralph Waldo Emerson

Era una soleada tarde de sábado en Oklahoma y Bobby Lewis, mi amigo y un padre orgulloso, llevó a sus dos niños a jugar al minigolf. Se dirigió a la taquilla y preguntó al empleado cuánto costaba la entrada.

—Tres dólares para usted y lo mismo para cada niño mayor de seis años. Hasta los seis tienen entrada libre. ¿Qué edad tienen? —respondió el muchacho.

—El abogado tiene tres y el médico, siete —contestó Bobby—, o sea que le debo a usted seis dólares.

—Oiga, señor —le dijo el muchacho de la taquilla—, ¿le ha tocado la lotería o qué? Podría haberse ahorrado tres dólares sólo con decirme que el mayor tiene seis. Yo no me hubiera dado cuenta de la diferencia.

—Es probable que usted no se hubiera dado cuenta —asintió Bobby—, pero los niños sí.

Como decía Ralph Waldo Emerson, «la clase de persona que eres habla en voz tan alta que no me deja oír lo que dices». En tiempos tan difíciles como éstos, en los que la ética es más importante que nunca, asegúrate de que estás dando un buen ejemplo a todos los que trabajan y viven contigo.

Patricia Fripp

*

La perfecta familia norteamericana

Son las diez y media de la mañana de un sábado perfecto y nosotros somos, por el momento, la perfecta familia norteamericana. Mi mujer ha llevado a nuestro hijo de seis años a su primera lección de piano y el de catorce todavía no se ha despertado. El menor, de cuatro, está en la otra habitación, mirando cómo unos diminutos seres antropomórficos se arrojan unos a otros desde unos acantilados. Y o, sentado ante la mesa de la cocina, estoy leyendo el periódico.

Aaron Malachi, mi hijo de cuatro años, al parecer está tan aburrido de las matanzas de los dibujos animados como del considerable poder personal que significa ser él quien tiene el mando a distancia, por lo que decide invadir mi tranquilidad.

—Tengo hambre —anuncia.

—¿Quieres más cereales?

—No.

—¿Y un yogur?

—No.

—¿Te preparo un huevo?

—No. ¿Puedo tomar un poco de helado?

—No.

Por lo que yo sé, el helado puede ser mucho más nutritivo que los cereales procesados o los huevos saturados de antibióticos, pero de acuerdo con mis valores culturales, no está bien tomar helados un sábado a las once menos cuarto de la mañana.

Silencio, hasta que... pasados unos cuatro segundos:

—Papi, ¿todavía nos queda mucho por vivir, verdad?

—Sí, Aaron, nos queda muchísimo por vivir.

—¿A mí y a ti y a mamá?

—Sí.

—¿Y a Isaac?

—Sí.

—¿Ya Ben?

—Sí, a ti, a mí, a mamá, a Isaac y a Ben.

—Nos queda mucho por vivir, hasta que toda la gente se muera.

—¿Qué quieres decir?

—Hasta que toda la gente se muera y vuelvan los dinosaurios.

Aaron se instala sobre la mesa, con las piernas cruzadas como un Buda, en el centro mismo de mi periódico.

—¿A qué te refieres, Aaron, al decir «hasta que toda la gente se muera»?

—Tú dijiste que todo el mundo se muere. Cuando todo el mundo se muera,

entonces volverán los dinosaurios. Los hombres de las cavernas vivían en cuevas, en las cuevas de los dinosaurios. Entonces los dinosaurios volvieron y los aplastaron.

Descubro que para Aaron la vida ya es una economía limitada, un recurso que tiene un comienzo y un final. Él se ve, y nos ve, en algún punto o lugar de esa trayectoria, una trayectoria que termina en la incertidumbre y la pérdida.

Y yo me veo frente a una decisión ética. ¿Ahora, qué debo hacer? ¿Intento hablarle de Dios, de salvación, de eternidad? ¿O le suelto algún discurso del estilo de «Tu cuerpo no es más que una envoltura, y después de morir todos volveremos a encontramos y reunimos para siempre en espíritu»? ¿O debo dejarlo con su incertidumbre y su angustia porque pienso que eso es la realidad? ¿Debo intentar hacer de él un existencialista angustiado o procurar que se sienta mejor?

No lo sé Me quedo mirando fijamente el periódico. Los Celtics llevan una larga racha de partidos perdidos. Larry Bird está furioso con alguien, pero no puedo ver con quién porque un pie de Aaron no me deja. No estoy seguro, pero mi sensibilidad de clase media, neurótica y adictiva, me está diciendo que éste es un momento muy importante, el momento en el que Aaron está configurando su manera de construirse un mundo. O tal vez no sea más que mi sensibilidad de clase media, neurótica y adictiva, lo que me hace pensar así. Si la vida y la muerte no son más que delirio, ¿por qué he de preocuparme yo de cómo las entiende alguien más?

Sobre la mesa, Aaron juega con un «muñeco militar» que levanta los brazos y se balancea sobre unas piernas temblorosas. Era con Kevin McHale con quien estaba enfadado Larry Bird. No, no era con él, sino con Jerry Stitching. Pero Jerry Stitching ya no juega con los Celtics. ¿Qué habrá sucedido con Jerry Stitching? Todo se muere, todo llega a su fin. Jerry Stitching estará jugando en Sacramento o en Orlando, quizá haya desaparecido.

Yo no debería tomarme a la ligera la forma en que Aaron entiende la vida y la muerte, porque quiero que tenga un sólido sentido de la existencia, una sensación de la permanencia de las cosas. Es evidente el buen trabajo que hicieron conmigo las monjas y los curas. Era la angustia total o la beatitud. El cielo y el infierno no estaban conectados por un servicio de larga distancia. O estabas en el equipo de Dios o estabas en la sopa, y la sopa estaba caliente, quemaba. Yo no quiero que Aaron se quemara, pero quiero que sea fuerte. La angustia neurótica, pero inevitable, puede venir después.

¿Es posible eso? ¿Es posible sentir que Dios, el espíritu, el karma, Yahvé, es decir, Jehová, o lo que sea, es trascendente, sin por eso traumatizar a una persona, sin inculcarle esa idea a golpes? ¿Podemos romper, ontológicamente hablando, los huevos para hacer la tortilla? ¿O su frágil sensibilidad quedaría aniquilada por un acto semejante?

Al percibir un ligero incremento en la agitación sobre la mesa, me doy cuenta de que Aaron se está hartando de su muñeco. Con una actitud dramática que considero digna del momento, me aclaro la garganta y, con tono profesional, le digo:

—Aaron, la muerte es algo que algunas personas creen que...

—Papá —me interrumpe él—, ¿podríamos jugar a un videojuego? No es muy violento —me explica, gesticulando con las manos—. No es de esos de matar. Los personajes se desmayan, nada más.

—Sí —respondo con cierto alivio—, juguemos, pero primero tenemos que hacer otra cosa.

—¿Qué? —Aaron se detiene y vuelve desde donde está, a medio camino de la puerta.

—Vamos a tomar un poco de helado.

Otro sábado perfecto para una familia perfecta. Por ahora.

Michael Murphy

*

¡Entonces, dilo!

Si fueras a morirte pronto y no pudieras hacer más que una sola llamada telefónica, ¿a quién llamarías y qué le dirías? Entonces, ¿qué estás esperando?

Stephen Levine

Una noche, tras haber terminado uno de los cientos de libros para padres y madres que he leído, me sentía un poco culpable porque el libro describía algunas estrategias de conducta que yo no usaba desde hacía tiempo. La principal era hablar con tu hijo y, al hacerlo, usar ese par de palabras mágicas que son «Te quiero». En el libro se insistía, una y otra vez, en que los niños necesitan saber que sus padres los aman, inequívoca e incondicionalmente.

Subí entonces al dormitorio de mi hijo y llamé a la puerta. Mientras golpeaba, lo único que se podía oír era su batería. Seguro que estaba, pero no me respondía. Entonces abrí la puerta y ahí estaba, lo encontré, con los auriculares puestos, escuchando una cinta y tocando la batería. Tras haber conseguido que advirtiera mi presencia, le pregunté si disponía de un momento.

—Claro que sí, papá —me dijo—. Para ti, siempre.

Nos sentamos y, pasados unos quince minutos de charla insustancial y vacilante, lo miré y le dije:

—Tim, realmente me encanta tu forma de tocar la batería.

—Oh, gracias, papá —respondió—. De veras te lo agradezco.

Me fui, diciéndole que ya nos veríamos y, mientras bajaba la escalera, me di cuenta de que había subido para darle un mensaje que finalmente no le había transmitido. Sentía que era realmente importante volver arriba y tener otra oportunidad de decirle ese par de palabras mágicas.

Volví a subir las escaleras, llamé a la puerta y la abrí.

—¿Tienes un segundo, Tim?

—Claro, papá. Siempre tengo un segundo para ti. ¿Qué necesitas?

—Hijo, la primera vez que subí para compartir un mensaje contigo, me salió algo muy diferente, que en realidad no era lo que te quería decir. Tim, ¿recuerdas que tuve muchos problemas para enseñarte a conducir? Te escribía tres palabras y te deslizaba el papel debajo de la almohada, con la esperanza de que aquello fuera una solución. He cumplido mi papel de padre y expresado el amor que siento por mi hijo. — Finalmente, tras algunos rodeos y tonterías más, lo miré y le dije:

—Lo que quería que supieras es que te queremos.

Me miró y me dijo:

—Oh, gracias, papá. ¿Te refieres a mamá y a ti?

—Sí, a los dos, pero es que no lo expresamos bastante.

—Gracias, esto significa mucho para mí. Sé que me queréis.

Me di la vuelta y salí, pero mientras bajaba la escalera empecé a pensar: «Resulta increíble... Ya he subido dos veces... sé cuál es el mensaje y, sin embargo, lo que le digo es otra cosa».

Decidí volver a subir inmediatamente para explicarle exactamente cómo me sentía. Quería que lo oyera directamente de mí, ¡y no me importa que mida un metro ochenta! Volví a subir y llamé a la puerta:

—¡Espera un momento! ¡No me digas quién eres! ¿Es posible que seas tú, papá?

—¿Cómo lo sabes? —pregunté, y él me respondió:

—Porque te conozco desde que eres padre, papá.

—Hijo, ¿tienes un segundo? —le pregunté entonces.

—Tú sabes que sí, de modo que entra. Me imagino que no me dijiste lo que querías decirme.

—¿Cómo lo sabes? —Me asombré.

—Te conozco desde que me ponías los pañales.

—Bueno, pues es eso, Tim, lo que me he estado guardando. Sólo quería expresarte lo especial que eres para nuestra familia. No se trata de lo que hagas, ni de lo que hayas hecho, como todas las cosas que haces con el grupo de niños con los que trabajas en el centro. Es por lo que eres tú como persona. Te quiero y quería que supieras que te quiero, y no sé por qué me privo de decirte algo tan importante.

Me miró y me dijo:

—Vamos, papá, ya sé que es así, y realmente es muy importante oírtelo decir. Te agradezco mucho tus palabras y la intención con que las dices —y mientras yo me iba ya hacia la puerta, me preguntó si todavía tenía un segundo.

Yo empecé a pensar «Oh, no. ¿Qué será lo que quiere decirme ahora?», pero le dije:

—Claro que sí. Tú sabes que siempre estoy dispuesto a oírte.

No sé de dónde sacan los chicos estas cosas... seguro que no puede ser de sus padres, pero me dijo:

—Papá, sólo quería hacerte una pregunta.

—¿De qué se trata? —pregunté, y él me miró y dijo:

—¿Has estado yendo a algún grupo de reflexión o algo parecido?

Aunque lo que yo estaba pensando era: «Oh, Dios, como cualquier chico de dieciocho ya me ha alcanzado», admití:

—No, pero he estado leyendo un libro que decía lo importante que es que uno les diga a sus hijos lo que realmente siente por ellos.

—Te agradezco que lo hayas hecho. Ya tendremos tiempo de seguir con el tema.

Creo que lo que me enseñó Tim esa noche es, fundamentalmente, que la única manera que tienes de entender el verdadero significado y propósito del amor es estar dispuesto a pagar el precio. Tienes que animarte a salir ahí fuera y a correr el riesgo

de compartirlo.

Gene Bedley

*

4

Sobre el aprendizaje

*Aprender es descubrir
lo que ya sabes.*

*Hacer es demostrar
que ya lo sabes.*

*Enseñar es recordar a los demás
que lo saben tan bien como tú.*

*Todos somos aprendices,
hacedores, maestros.*

Richard Bach

Reseta para costruirme un futuro

Querida maestra:

Hoy mami estaba lorando y Jody me preguntó, de verdad sabes porque vas a la escuela y yo le dije no, por qué, y eya me dijo que es porque nosotros te vamos a costruir un futuro. y yo pregunté que es un futuro y a que se parece. Yo no se, jody, me dijo mami, en realidad todavía nadie puede ver todo tu futuro. pero no te preocupes que ya lo verás, ya. Fue entonces que se puso a yorar y dijo ay jodi, te quiero tanto.

Mami dice que todos necesitan tarabajar mucho de veras para que nosotros los niños tengamos nuestro futuro el mas lindo que te pueda hofresar el mundo.

Seniorita no podemos empesar hoy a costruir un futuro para mí? Usté no puede enpeniarse especialmente en hacerlo mui bonito para Mami y para mí? La quiero mucho
querida maestra

Te
quiero



mucho,
besitos

Jody



XXOOXX-

*

Ahora sí me gusto

Una vez que veas que la imagen de sí mismo que tiene un niño comienza a mejorar, verás logros significativos en diversos dominios, pero lo que es aún más importante, verás un niño que está empezando a disfrutar más de la vida.

Wayne Dyer

Tuve una nítida sensación de alivio cuando empecé a darme cuenta de que un niño o un joven necesita algo más que estudiar una asignatura. Yo conozco a fondo las matemáticas, creo que las enseño bien y antes solía pensar que eso era lo único que se necesitaba. Ahora no enseño matemáticas; enseño a los niños. Acepto el hecho de que hay niños con quienes mi éxito no puede ser más que parcial. He llegado a aceptar que no tengo que conocer todas las respuestas, hasta el punto de que ahora tengo más respuestas que cuando intentaba parecer un experto.

El chico que me hizo entender esto fue Eddie. Un día le pregunté por qué pensaba que le iba mucho mejor en la escuela que el año anterior y su respuesta dio significado a toda mi nueva orientación.

—Porque ahora, cuando estoy con usted, me gusto —dijo.

Un maestro, citado por Everett Shostrom
en *Man, the manipulator*.

*

Todas las cosas buenas

Estaba en la clase de tercer grado que tenía en la Saint Mary School de Morris, Minnesota. Aunque quería a la totalidad de mis treinta y cuatro estudiantes, Mark Eklund era uno entre un millón. De apariencia muy pulcra, tenía esa actitud del que es feliz dentro de su piel que añadía un rasgo delicioso incluso a sus ocasionales diabluras.

Además, Mark parloteaba incesantemente a pesar de que, una y otra vez, intenté recordarle que en la escuela no era aceptable hablar sin permiso. Pero lo que más me impresionaba era la sinceridad con que me respondía cada vez que tenía que corregir su mal comportamiento:

—¡Gracias por señalármelo, hermana!

Al principio, yo me quedaba sin saber qué hacer, pero no tardé mucho en acostumbrarme a oír varias veces al día su disculpa.

Una mañana se me acabó la paciencia, hasta el punto de que, cuando Mark se pasó una vez más, cometí un error digno de una maestra novata. Lo miré y le dije:

—¡Si dices una palabra más, te cerraré la boca con cinta adhesiva!

No habían pasado diez segundos cuando Chuck, otro de mis alumnos, exclamó:

—Mark está hablando de nuevo.

Yo no había pedido a ninguno de los niños que me ayudara a vigilar a Mark, pero como había anunciado ante toda la clase cuál iba a ser el castigo, ahora debía cumplirlo.

Recuerdo la escena como si hubiera sucedido hoy. Fui hasta mi escritorio, abrí el cajón y saqué un rollo de cinta adhesiva. Sin decir palabra, me acerqué a Mark, corté dos trozos de cinta y con ellos le crucé la boca con una gran X, tras lo cual volví al frente de la clase.

En un momento en que eché un vistazo a Mark para ver qué hacía, me guiñó un ojo y mi enfado se desmoronó. Empecé a reírme y, entre los aplausos y hurras de toda la clase, fui otra vez hasta el asiento de Mark, le quité la cinta adhesiva y me encogí de hombros.

—Gracias por corregirme, hermana —fue lo primero que me dijo.

A finales de año me pidieron que enseñara matemáticas a la primera clase de secundaria. Los años pasaron volando y, antes de que me diera cuenta, Mark volvía a estar en mi clase. Estaba más guapo que nunca y tan cortés como siempre. Como tenía que escuchar atentamente mi clase no charlaba tanto como antaño.

Un viernes parecía que las cosas no iban muy bien. Habíamos pasado toda la semana insistiendo sobre un concepto nuevo y difícil, y yo sentía que los alumnos estaban cada vez más frustrados e impacientes. Tenía que modificar la situación antes de que se me escapara de las manos, de modo que les pedí que cada uno enumerase

los nombres de sus compañeros presentes en dos hojas de papel, dejando un espacio entre cada nombre y el siguiente. Después les dije que pensaran qué era lo más agradable que podían decir de cada uno de sus compañeros y lo escribieran.

Para terminar la tarea necesitaron el resto de la clase, pero cada uno me fue entregando su hoja de papel mientras iban saliendo. Chuck sonreía y Mark me dijo:

—Gracias por enseñarme, hermana. Que pase un buen fin de semana.

Ese sábado anoté el nombre de cada uno de los chicos en una hoja aparte y en ella fui enumerando lo que los demás habían dicho al referirse a él. El lunes le di a cada uno su lista. Algunas llegaban a ocupar dos páginas. No tardó mucho en estar toda la clase sonriendo, y oí comentar en susurros:

—¿De veras?

—¡Jamás me imaginé que yo le importara tanto a nadie!

—¡No sabía que yo le gustara de esa manera a alguien!

Nadie volvió nunca a mencionar aquellos papeles en clase y tampoco supe si mis alumnos hablaron del tema después de clase o con sus padres, pero eso no tenía importancia. El ejercicio había cumplido su propósito. Los chicos estaban de nuevo contentos consigo mismos y con los demás.

Aquel grupo de muchachos prosiguió su vida. Varios años después, regresaba de unas vacaciones y mis padres me esperaban en el aeropuerto. Mientras íbamos a casa en el coche, mi madre me hizo las preguntas habituales sobre el viaje: qué tiempo había tenido, cómo lo había pasado en general. Después se produjo una pausa en la conversación. Mi madre miró a mi padre de soslayo y preguntó simplemente:

—¿Papá?

Él se aclaró la garganta.

—Anoche llamaron los Eklund —comenzó.

—¿De veras? —me alegré—. Hace varios años que no tengo noticias de ellos. Me gustaría saber cómo está Mark.

Papá me respondió en voz baja:

—Han matado a Mark en Vietnam. El funeral es mañana y a sus padres les gustaría que asistieras.

Hasta el día de hoy todavía puedo señalar con total exactitud el punto de la autopista 1-494, donde mi padre me comunicó la muerte de Mark.

Yo jamás había visto hasta entonces a un militar en su ataúd. Mark parecía tan apuesto, tan maduro. Lo único que pude pensar en aquel momento fue: Mark, daría toda la cinta adhesiva del mundo porque pudieras hablarme.

En la iglesia, repleta con todos los amigos de Mark, no cabía un alfiler. La hermana de Chuck cantó «El himno de combate de la República». ¿Por qué tenía que llover el día del funeral? Fue muy difícil todo, junto a la tumba abierta. El pastor recitó las plegarias habituales y el corneta tocó silencio.

Yo fui la última en bendecir el ataúd y, mientras estaba junto a él, uno de los soldados que habían cargado el féretro se me acercó a preguntarme si había sido yo la

profesora de matemáticas de Mark. Todavía con los ojos fijos en el féretro, dije que sí con la cabeza.

—Mark hablaba mucho de usted —me dijo.

Después del funeral la mayoría de los excondiscípulos de Mark se encaminaron a la granja de Chuck, donde se serviría un almuerzo. Allí estaban el padre y la madre de Mark, esperándome, evidentemente.

—Queremos enseñarle algo —me dijo el padre, sacándose una cartera del bolsillo—. Lo llevaba Mark cuando lo mataron y pensamos que tal vez usted lo reconocería.

Abrió la cartera y sacó cuidadosamente dos ajados trozos de papel, hojas de agenda que parecían haber sido pegadas con cinta adhesiva después de haberlas doblado y desdoblado muchas veces. No necesité mirarlas para saber que eran las páginas donde yo había copiado todas las cosas buenas que cada uno de los compañeros de clase de Mark había dicho de él.

—Le agradecemos muchísimo que lo hiciera —me dijo la madre—. Ya puede usted ver con qué amor lo atesoraba Mark.

Los condiscípulos de Mark empezaron a reunirse a nuestro alrededor.

—Yo todavía tengo mi lista en casa —expresó Chuck con una sonrisa más bien tímida—. Está en el cajón superior del escritorio.

—John me pidió que pusiera la suya en nuestro álbum de bodas —dijo su mujer. Marilyn dijo que también ella conservaba la suya dentro de su diario.

Después, Vicky, otra compañera de clase, rebuscó en el bolso, sacó su billetera y mostró a todo el grupo su lista, vieja y estragada, diciendo, sin pestañear siquiera:

—Yo la llevo continuamente conmigo y creo que todos la hemos guardado.

Ese fue el momento en que finalmente me senté y me eché a llorar. Lloraba por Mark y por todos los amigos que jamás volverían a verlo.

Helen P. Mrosła

*

Eres una maravilla

Cada segundo que vivimos es un momento nuevo y único del universo, un momento que jamás volverá... Y ¿qué es lo que enseñamos a nuestros hijos? Pues, les enseñamos que dos y dos son cuatro, que París es la capital de Francia.

¿Cuándo les enseñaremos, además, lo que son?

A cada uno de ellos deberíamos decirle: ¿Sabes lo que eres? Eres una maravilla. Eres único. Nunca antes ha habido ningún otro niño como tú. Con tus piernas, con tus brazos, con la habilidad de tus dedos, con tu manera de moverte.

Quizá llegues a ser un Shakespeare, un Miguel Ángel, un Beethoven. Tienes todas las capacidades. Sí, eres una maravilla. Y cuando crezcas, ¿serás capaz de hacer daño a otro que sea, como tú, una maravilla?

Debes esforzarte —como todos debemos esforzarnos— por hacer el mundo digno de sus hijos.

Pau Casals

*

Haciendo se aprende

No hace muchos años empecé a tocar el violoncelo. La mayoría de la gente diría que lo que estoy haciendo es «aprender a tocarlo». Pero estas palabras nos transmiten la extraña idea de que existen dos procesos muy diferentes: aprender a tocar un instrumento y tocarlo. Esta concepción implica que se ha de hacer lo primero hasta haberlo terminado, momento en el cual el primer proceso termina para dar paso al segundo. En pocas palabras, que seguiré «aprendiendo a tocar» hasta que haya «aprendido a tocar» y entonces, sólo entonces, empezaré a «tocar». Por supuesto eso es un disparate. No hay dos procesos, sino uno. Como aprendemos a hacer algo es haciéndolo. No hay otra manera.

John Holt

*

La mano

El día de Acción de Gracias el periódico publicó un editorial que trataba de una maestra que pidió a los niños de su clase de primer grado que hicieran un dibujo de algo por lo cual estuvieran agradecidos. Ella pensaba en lo poco que, realmente, tenían que agradecer aquellos niños, provenientes de barrios pobres; sabía que la mayoría de ellos dibujarían imágenes de pavos asados o de mesas repletas de comida y se quedó atónita ante la imagen que le entregó Douglas: el dibujo, simple e infantil, de una mano.

Pero ¿de quién era esa mano? Toda la clase se sintió fascinada por el carácter abstracto de la imagen.

—Yo creo que debe de ser la mano de Dios, que nos alimenta —dijo un chiquillo.

—O la de un granjero, que es el que cría los pavos —fue otra propuesta.

Finalmente, mientras los demás niños trabajaban, ella se inclinó sobre el pupitre de Douglas para preguntarle de quién era la mano.

—Es la mano de usted, señorita —fue la respuesta.

Ella recordó entonces que, con frecuencia, en el recreo, había tomado de la mano a ese niño desaliñado y solitario, algo que ella hacía habitualmente, pero que para Douglas significaba muchísimo. Tal vez ésa debería ser para todos la verdadera Acción de Gracias, la que no agradece las cosas materiales que nos han dado, sino la oportunidad de dar algo a los demás, por pequeño que sea.

Fuente desconocida

*

El niño

*Una vez un niño fue a la escuela.
Un niño muy pequeño.
Y la escuela era muy grande.
Pero cuando el niño descubrió que podía ir a su aula
con sólo andar en línea recta desde la entrada,
se sintió feliz.
Y ya no siguió pareciéndole que la escuela
fuera tan grande.*

*Una mañana,
cuando el niño ya llevaba un rato en la escuela,
la maestra dijo:
«Hoy vamos a hacer un cuadro».*

*«¡Qué bueno!», pensó el niño,
porque le gustaba hacer cuadros.*

*Podía hacerlos de todas clases:
de leones y tigres,
de gallinas y vacas,
de trenes y barcos...
y sacó sus lápices de colores
y se puso a dibujar.*

*Pero la maestra le dijo:
«¡Espera! ¡Aún no es el momento de empezar!».
Y esperó hasta que todos estuvieron listos.
«Ahora», dijo la maestra.*

*«Vamos a hacer flores».
«¡Qué bien!», pensó el niño,
porque le gustaba hacer flores,
y empezó a hacerlas, hermosas,
con sus lápices rosados, anaranjados y azules.*

*Pero la maestra les dijo:
«¡Esperad, que yo os enseñaré!».
Y dibujó sobre la pizarra*

*una flor roja con el tallo verde.
«Ya», dijo la maestra.
«Ahora ya podéis empezar».*

*El niño miró la flor de la maestra
y después su propia flor:
La suya le gustaba más que la de la maestra.
Pero no lo dijo
Y se limitó a dar la vuelta al papel
para hacer una flor como la de la maestra:
Roja, con el tallo verde.*

*Otro día, cuando el niño había abierto
el solo la puerta de entrada,
la maestra dijo:
“Hoy vamos a hacer algo de arcilla”.*

*“¡Qué bien!” pensó el niño
porque le encantaba la arcilla».*

*Podía hacer toda clase de cosas con arcilla.
Serpientes y muñecos,
elefantes y ratones,
coches y camiones...
Y empezó a amasar su puñado de arcilla.*

*Pero la maestra le dijo:
«¡Espera, no empieces todavía!».
Y esperó hasta que todos estuvieron listos.*

*«Ahora», dijo la maestra,
«vamos a hacer un plato».
«¡Qué bien!», pensó el niño,
porque le gustaba hacer platos,
y empezó a hacer algunos
con formas y tamaños distintos.*

*Pero la maestra dijo:
«¡Esperad a que yo os enseñe!».
Y entonces les enseñó a todos
a hacer un plato hondo.
«Ahora», les dijo después,*

«ya podéis empezar».

*El niño miró el plato de la maestra
y después el suyo.
Sus platos le gustaban más que el de la maestra,
pero no lo dijo.
Y se limitó a amasar de nuevo una gran bola de arcilla
y a hacer un plato como el de la maestra.
Un plato hondo.*

*Y muy pronto el niño aprendió a esperar,
y a observar,
y a hacer las cosas igual que la maestra,
y muy pronto
dejó de hacer sus propias cosas.*

*Entonces sucedió
que el niño y su familia
se mudaron de casa,
a otra ciudad,
y el niño tuvo que ir a otra escuela.*

*Una escuela aún más grande que la anterior,
y donde no había ninguna puerta de entrada a su aula.
Tenía que subir unos grandes escalones
y caminar por un pasillo largo
para llegar a su aula.*

*Y el primer día
de clase, la maestra le dijo:
«Hoy vamos a hacer un cuadro».*

*«¡Bien!», pensó el niño
y se quedó esperando que ella
le dijera lo que tenía que hacer.
Pero la maestra no le dijo nada.*

No hizo más que pasearse por el aula.

*Cuando llegó junto al niño
le preguntó si no quería hacer un cuadro.
«Sí», le dijo él, y preguntó:
«¿Qué vamos a hacer?».*

*«Yo no lo sabré mientras no lo hagáis», dijo la maestra.
«¿Cómo tengo que hacerlo?», preguntó el niño.
«Pues, como a ti te guste», dijo la maestra.
«¿Y de qué color?», preguntó él.
«De los que tú quieras», dijo la maestra.*

*«Si todos hicierais el mismo dibujo
y usarais los mismos colores,
¿cómo sabría quién hizo cada uno?».
«No lo sé», respondió el niño.*

*Y empezó a dibujar flores rosadas,
azules y anaranjadas.*

*Y su escuela nueva le gustó
aunque no pudiera
llegar a su aula directamente
desde la puerta de entrada.*

Helen E. Buckley

*

Soy un maestro

Soy Maestro.

Nací en el mismo momento en que una pregunta brotó de los labios de un niño por primera vez.

He sido muchos hombres y mujeres en muchos lugares.

Soy Sócrates cuando estimulaba a los jóvenes atenienses a hacer preguntas para descubrir ideas nuevas.

Soy Anne Sullivan, la institutriz que con sus dedos tecleó los secretos del universo en la palma abierta de Hellen Keller, sorda, ciega y muda.

Soy Esopo y Hans Christian Andersen, y otros que revelaron la verdad al mundo en sus innumerables cuentos y relatos.

Soy Marva Collis cuando luchaba por el derecho de todos los niños a recibir educación.

Soy Maty McCloud Bethune, la que construyó una gran escuela superior para mi pueblo, usando como pupitres cajones de naranjas vacíos.

Soy también Bel Kaufman, empeñado en *Subir por la escalera que baja*.

Los nombres de quienes han practicado mi profesión resuenan como personajes inolvidables para la humanidad: Booker T. Washington, pedagogo y reformista negro estadounidense, Buda, Confucio, Ralph Waldo Emerson, Leo Buscaglia, Moisés y Jesús.

También soy uno de aquellos cuyos nombres y rostros han sido olvidados hace ya mucho tiempo, pero cuyo carácter y cuyas lecciones serán siempre recordados en los logros de sus discípulos.

He llorado de alegría en las bodas de mis antiguos alumnos, me he regocijado ante el nacimiento de sus hijos y, con la cabeza baja, he guardado el silencio del dolor y de la confusión ante tumbas prematuramente abiertas para cuerpos demasiado jóvenes.

En el transcurso de un día me han llamado para que fuera actor, amigo, enfermero y médico, entrenador, buscador de objetos perdidos, prestamista de dinero, taxista, psicólogo, sustituto de padres o madres, vendedor, político y portador de la fe.

A despecho de mapas, cartas, fórmulas, verbos, relatos y libros, en realidad no he tenido nada que enseñar, porque en realidad mis alumnos sólo se han tenido a sí mismos como tema de estudio, y sé que para decirte quién eres necesitas nada menos que el mundo entero.

Soy una paradoja. Hablo en voz más alta cuanto más escucho. Mis dones más importantes se encuentran en lo que estoy dispuesto a recibir, con agradecimiento, de mis discípulos.

La riqueza material no es uno de mis objetivos, pero soy un investigador a tiempo

completo en mi búsqueda de nuevas oportunidades para que mis alumnos usen sus talentos, y en mi constante ir en pos de aquellos talentos que en ocasiones permanecen sepultados bajo la autodestrucción.

Soy el más afortunado de todos los trabajadores.

En un momento mágico, a un médico le es concedido abrir a un nuevo ser las puertas de la vida. A mí me ha sido dado vigilar que la vida renazca día tras día con preguntas, ideas y nuevas amistades.

Un arquitecto sabe que si edifica con cuidado, las estructuras que erige pueden durar siglos. Un maestro sabe que si construye con amor y honestidad, lo que construye durará eternamente.

Soy un guerrero que día tras día libra una batalla contra la presión, la negación, el miedo, el conformismo, los prejuicios, la ignorancia y la apatía de los padres. Pero cuento con grandes aliados: la inteligencia, la curiosidad, el apoyo de los padres, la individualidad, la creatividad, la fe, el amor y la risa, dispuestos todos a defender mi estandarte con apoyo indomable.

A quién si no a vosotros, la gente, los padres, tengo que agradecer esta vida maravillosa que tengo la fortuna de vivir. Porque vosotros me habéis hecho el gran honor de confiarme la mayor contribución que habéis hecho a la eternidad: vuestros hijos.

Por eso tengo un pasado rico en recuerdos y un presente que es un venturoso y agradable desafío: porque me ha sido dado pasar mis días con el futuro.

Soy maestro... y se lo agradezco a Dios cada día.

John W. Schlatter

*

5

Vive tu sueño

*La gente que dice
que no se puede hacer
no debería interrumpir
a quienes lo están haciendo.*

*

¡Creo que puedo!

Tanto si piensas que puedes como que no puedes, estás en lo cierto.

Henry Ford

Rocky Lyons, el hijo de Marty Lyons, defensa de los New York Jets, tenía cinco años el día que viajaba con su madre, Kelly, por una zona rural del estado de Alabama. Iba dormido en el asiento delantero de la camioneta, con los pies apoyados en el regazo de ella.

Su madre conducía cuidadosamente, descendiendo por el serpenteante camino, y giró para entrar en un estrecho puente. Al hacerlo, el coche topó con un desnivel, se salió del camino y la rueda delantera derecha se atascó en un bache. Temerosa de que el vehículo cayera por el terraplén, intentó volver al camino pisando con fuerza el acelerador mientras giraba el volante hacia la izquierda; pero, cuando el pie de Rocky se quedó atrapado entre la pierna de ella y el volante, perdió el control del vehículo.

La camioneta cayó dando tumbos por una pendiente de seis metros. Cuando llegó abajo, Rocky se despertó.

—¿Qué ha pasado, mamá? —preguntó—. Estamos boca abajo.

Kelly estaba cegada por la sangre. La palanca de cambios le había golpeado la cara, haciéndole un desgarrón desde el labio hasta la frente. Tenía las encías destrozadas, las mejillas llenas de rasguños y los hombros aplastados. Una fractura abierta de su hombro dañado la mantenía inmovilizada contra la puerta destrozada.

—Yo te sacaré, mamá —anunció Rocky, que milagrosamente había salido ileso. Se escurrió por debajo del cuerpo de su madre, salió por la ventanilla e intentó mover a Kelly, pero ella, que no sólo no se movía, sino que a ratos perdía el conocimiento, le pedía que la dejara dormir.

—No, mamá —le decía el niño—. No te puedes dormir.

Retorciéndose, volvió a entrar en el camión y se las arregló para sacar de él a su madre. Después le dijo que él subiría hasta el camino y detendría a algún coche que los auxiliara. Temerosa de que nadie pudiera ver al pequeño en la oscuridad, Kelly se negó a dejarlo ir solo, de modo que los dos treparon lentamente por el terraplén; con sus escasos veinte kilos, Rocky se las arregló para empujar los más de cuarenta y cinco de su madre. El dolor era tan intenso que Kelly no quería seguir, pero Rocky no le permitió detenerse.

Para darle ánimos, Rocky le decía que pensara en «aquel trenecito», el de un conocido cuento para niños que conseguía subir por una escarpada montaña. Le animaba repitiéndole su versión de la frase central del cuento: «Yo sé que puedes, yo sé que puedes».

Cuando finalmente llegaron a la carretera, Rocky pudo ver por primera vez el

rostro de su madre, y estalló en lágrimas. Agitando los brazos y gritándole que se detuviera, consiguió llamar la atención de un camión.

—Lleve a mi madre al hospital —suplicó al conductor.

Se necesitaron horas y 344 puntos de sutura para reconstruir el rostro de Kelly. Hoy su aspecto es muy diferente, dice que antes tenía la nariz larga y recta, los labios delgados y los pómulos salientes, y que ahora tiene nariz de perro, las mejillas planas y los labios mucho más gruesos... pero tiene pocas cicatrices visibles y se ha recuperado de sus heridas.

El heroísmo de Rocky fue una auténtica noticia, pero el valeroso chiquillo insiste en que él no hizo nada extraordinario.

—No hice nada extraordinario —decía—. No hice más que lo que habría hecho cualquier otro.

Pero la versión de su madre es otra:

—Si no hubiera sido por Rocky, yo me habría desangrado.

Oído por Michele Borba

*

Descansa en paz: el funeral del «no puedo»

La clase de cuarto grado de Donna se parecía a muchas otras que yo había visto antes. Los niños se sentaban en cinco filas de seis pupitres. La mesa de la maestra estaba a la entrada del aula, frente a los alumnos. El tablero de anuncios destacaba algunos trabajos de los chicos. En la mayoría de los aspectos parecía un aula típica de la escuela elemental tradicional y, sin embargo, el día que yo entré por primera vez me pareció diferente. Era como si allí hubiera una corriente de entusiasmo.

Donna era una maestra veterana de una pequeña ciudad del estado de Michigan, a quien sólo le faltaban dos años para retirarse. Además, participaba como voluntaria en un proyecto de desarrollo que abarcaba al personal de todo el condado y que yo había organizado y respaldaba. La enseñanza se centraba en el aprendizaje de ideas del lenguaje artístico que permitieran a los alumnos sentirse satisfechos consigo mismos y hacerse cargo de su propia vida. La tarea de Donna consistía en asistir a las sesiones de formación y llevar a la práctica los conceptos que surgieran de aquella iniciativa.

Me instalé en un asiento vacío al fondo del aula y me puse a observar. Todos los alumnos estaban participando en la tarea, que consistía en llenar una hoja de papel con ideas y sugerencias. La niña más próxima a mí, de unos diez años, estaba llenando su página de «No puedo».

«No puedo chutar una pelota de fútbol más allá de la segunda base».

«No puedo hacer divisiones de más de tres cifras».

«No puedo conseguir que Debbie sea amiga mía».

Había llenado la página hasta la mitad y no parecía que hubiera acabado el tema. Seguía escribiendo con determinación y persistencia.

Recorrí la fila, mirando al pasar los papeles de algunos niños. Todos estaban escribiendo las cosas que no podían hacer.

«No puedo hacer la vertical».

«No puedo correr más de doscientos metros sin descanso».

«No puedo comer más de un bollito».

Mi curiosidad se había despertado y decidí preguntar a la maestra qué era lo que estaba pasando, pero como al acercarme vi que ella también estaba escribiendo, decidí no interrumpirla.

«No puedo conseguir que la madre de John venga a las reuniones de la escuela».

«No puedo conseguir que mi hija llene el depósito del coche».

«No puedo hacer que Alan use las palabras en vez de los puños».

Frustrado en mis esfuerzos por determinar por qué los estudiantes y la maestra se dedicaban a escribir enunciados negativos en vez de otros más positivos, que empezaran por «Puedo», volví a mi asiento para continuar mis observaciones. Los

alumnos siguieron escribiendo durante unos diez minutos. Casi todos llenaron su página y algunos incluso empezaron otra.

—Terminad la página que estáis haciendo y no empecéis otra —fue la consigna que dio Donna para indicar que pusieran fin a su actividad. Después, dio instrucciones de que cada uno doblara su papel por la mitad, lo llevara hasta su mesa y lo dejara en una caja de zapatos vacía.

Una vez recogidos todos los papeles, Donna añadió el suyo. Tapó la caja, se la puso debajo del brazo y salió del aula hacia el pasillo, seguida por todos los alumnos. El último de la fila era yo.

A mitad del pasillo la procesión se detuvo. Donna entró un momento en el cuarto de herramientas del portero y volvió a salir con una pala. Con la pala en una mano y la caja de zapatos en la otra, salió con los niños de la escuela y se fue hasta el rincón más alejado del jardín, más allá del patio de recreo.

¡Iban a enterrar los «No puedes»! La excavación les llevó unos diez minutos porque la mayoría de los niños querían participar. Cuando el hoyo alcanzó casi un metro, la excavación se detuvo. La caja de los «No puedes» fue debidamente colocada en el fondo del hoyo y rápidamente cubierta de tierra.

Treinta y un niños de diez y once años estaban de pie ante el hoyo recién cavado. Cada uno tenía por lo menos una página llena de «No puedes» en la caja de zapatos, a más de un metro bajo tierra, lo mismo que su maestra.

En ese momento, Donna pidió a todos, niños y niñas, que se tomaran de las manos e inclinaran la cabeza. Rápidamente, todos, unidos por las manos y con la cabeza baja, formaron un círculo alrededor del hoyo, ahora transformado en tumba. Donna pronunció una plegaria de despedida.

—Amigos, hoy estamos reunidos para honrar la memoria del «No puedo». Mientras estuvo con nosotros en la tierra, afectó a las vidas de todos, de unos más que de otros. Su nombre, desdichadamente, ha sido pronunciado en todos los edificios públicos... en escuelas, ayuntamientos, en el trabajo e incluso en el parlamento.

»Hemos buscado para “No puedo” un último lugar de reposo y una lápida que lleva su epitafio. Le sobreviven sus hermanos y su hermana, “Quiero”, “Puedo” y “Lo haré inmediatamente”. No son tan bien conocidos como el célebre difunto y aún no tienen la fuerza y el poder que éste tenía. Tal vez algún día, con vuestra ayuda, dejen en el mundo una huella mucho más importante.

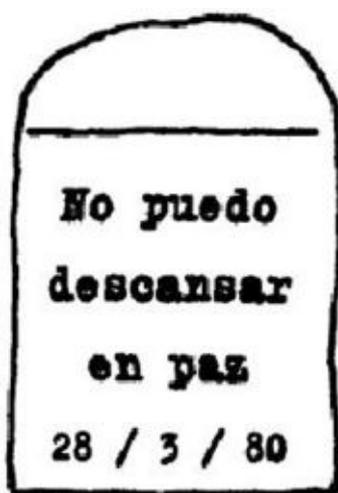
»Ojalá que “No puedo” descanse en paz y que en su ausencia todos los presentes rehagan su vida y sigan adelante. Amén».

Mientras escuchaba la oración fúnebre, me di cuenta de que esos niños no olvidarían jamás aquel día. La actividad era simbólica, una metáfora de la vida. Era una vivencia que quedaría fijada para siempre en el inconsciente y también en el consciente.

Escribir los «No puedes», enterrarlos y oír la oración fúnebre era un importante esfuerzo por parte de aquella maestra, y ese esfuerzo todavía no había concluido.

Terminada la ceremonia, los estudiantes se dieron la vuelta y volvieron a la escuela, donde tuvo lugar una reunión.

Celebraron el funeral del «No puedo» con bizcochos, palomitas de maíz y zumos de fruta. Como parte de la celebración, Donna recortó una gran lápida de cartón. En la parte superior escribió «No puedo» y las letras RIP en el medio, abajo añadió la fecha.



La lápida de cartón siguió colgada de la pared del aula durante el resto del año. En las raras ocasiones en que alguno de los alumnos olvidaba el acto y decía «No puedo», Donna se limitaba a señalarle el signo del RIP. Entonces, el niño o la niña recordaba que «No puedo» había muerto y buscaba otra forma para expresarse.

Yo no fui uno de los alumnos de Donna, ella era una de los míos. Sin embargo, aquel día aprendí de ella una lección inolvidable.

Ahora, años después, cada vez que oigo decir «No puedo» vuelvo a ver las imágenes de aquel funeral en la clase de cuarto grado y, como aquellos estudiantes, recuerdo que «No puedo» ha muerto.

Chick Moorman

*

El cuento del 333

Por aquel entonces yo participaba en un seminario de fin de semana en el Deerhurst Lodge, al norte de Toronto. El viernes por la noche, un tornado arrasó un pueblo llamado Barrie, situado más al norte; mató a docenas de personas y causó daños por valor de millones de dólares. La noche del domingo, al regresar a casa, detuve el coche al llegar a Barrie. Desde el arcén miré en derredor y me enfrenté al desastre. A mi alrededor no veía más que casas destrozadas y coches volcados.

Esa misma noche, Bob Templeton volvía a casa por la misma carretera. Se detuvo, como yo, para contemplar el desastre, pero sus pensamientos eran distintos de los míos. Bob era el vicepresidente de Telemedia Communications, dueña de una cadena de estaciones de radio en Ontario y Quebec, y pensó que debía de haber algo que pudiéramos hacer por aquella gente mediante las estaciones de radio de Telemedia.

La noche siguiente yo estaba trabajando en otro seminario, en Toronto. Bob Templeton y Bob Johnson, otro vicepresidente de Telemedia, entraron y se quedaron de pie al fondo de la sala. Ambos compartían la convicción de que tenía que haber algo que poder hacer por la gente de Barrie. Terminado el seminario nos fuimos al despacho de Bob, que estaba decidido a poner en práctica la idea de ayudar a las personas que habían sido víctimas del tornado.

El viernes siguiente, reunió en su despacho a todos los ejecutivos de Telemedia. En la parte superior de una hoja escribió tres veces el número tres y se dirigió a sus ejecutivos:

—¿No os gustaría reunir tres millones de dólares, para dentro de tres días, en no más de tres horas y entregarle ese dinero a la gente de Barrie?

La única respuesta fue el silencio, hasta que finalmente alguien dijo:

—Templeton, estás chinado. No hay manera de hacer lo que propones.

—Un momento —lo detuvo Bob—. Yo no os pregunté si *podíamos*, ni siquiera si *debíamos*. Simplemente, os pregunté si os gustaría.

—Claro que nos gustaría —respondieron todos.

Entonces, Bob trazó una gran T debajo del 333 y a un lado escribió: «¿Por qué no podemos?». Y al otro: «¿Cómo podemos?».

—Al lado del «¿Por qué no podemos?» sólo pondré una X bien grande. No vamos a perder el tiempo en pensar por qué no podemos, no tiene valor alguno. En el otro lado vamos a anotar todas las ideas que se nos vayan ocurriendo sobre cómo podemos, y no vamos a salir de esta sala hasta que no hayamos resuelto el problema.

Se produjo un nuevo silencio, hasta que por fin alguien dijo:

—Podríamos hacer un programa de radio de cobertura nacional.

—Excelente idea —aprobó Bob, y la anotó. Antes de que hubiera terminado,

alguien más dijo:

—No podemos hacer un programa de radio que cubra todo Canadá, porque no tenemos estaciones de radio en todo el país.

La objeción era muy válida, porque Telemedia sólo tenía estaciones en Ontario y Quebec.

—Pero podemos intentar convencer al resto de emisoras para que participen en el proyecto —replicó Templeton.

En realidad se trataba de una grave objeción, porque las estaciones de radio son muy competitivas. Nunca habían colaborado entre ellas, lograr que lo hicieran sería virtualmente imposible.

De pronto, alguien sugirió:

—Podríamos conseguir que Harvey Kirk y Lloyd Robertson, los nombres más importantes en el mundo de la radiodifusión canadiense, respaldaran el proyecto.

A partir de entonces fue absolutamente fantástica la manera en que empezaron a fluir las ideas.

El martes siguiente ya tenían un acuerdo con cincuenta estaciones de radio, a lo largo y ancho del país, para emitir el programa. No importaba quién participara en el proyecto, siempre y cuando el pueblo de Barrie consiguiera el dinero. Harvey Kirk y Lloyd Robertson auspiciaron el programa ¡y consiguieron reunir los tres millones de dólares en tres horas en el término de tres días hábiles!

Y a veis que se puede hacer cualquier cosa si uno se concentra más en cómo hacerla que en buscar las razones que aparentemente la hacen imposible.

Bob Proctor

*

Pide, pide y pide

La mejor vendedora del mundo no tiene el menor inconveniente en que digan que es una niña. Eso se debe a que, desde que tenía trece años, Markita Andrews ha ganado más de ochenta mil dólares vendiendo galletas.

A fuerza de ir de puerta en puerta después de la escuela, una chiquilla angustiosamente tímida se transformó en asombrosamente extravertida cuando descubrió, a los trece años, el secreto de las ventas.

Su historia empieza con un deseo, un deseo al rojo vivo.

El sueño de Markita y de su madre, que trabajaba como camarera en Nueva York después de que su marido la abandonara cuando la niña tenía ocho años, era viajar por todo el mundo.

—Trabajaré lo que sea necesario para que puedas ir a la universidad —dijo un día la madre—. Y cuando te gradúes, tú ganarás suficiente dinero para que las dos podamos viajar por todo el mundo, ¿de acuerdo?

De modo que cuando Markita, a los trece años, leyó en su revista de las Niñas Exploradoras que la exploradora que vendiera más galletas ganaría un viaje alrededor del mundo para dos personas, con todos los gastos pagados, decidió vender todas las galletas que pudiera... más de las que nadie hubiera vendido jamás en el mundo.

Pero con el deseo solamente no basta y Markita sabía que si quería que su sueño se volviera realidad necesitaba tener un plan.

—Has de ir siempre vestida de forma adecuada, como una profesional —le aconsejó su tía—. Cuando estés vendiendo galletas, has de vestir como corresponde, con tu uniforme de Niña Exploradora. Cuando vayas a visitar a la gente en una casa de apartamentos, a media tarde y especialmente los viernes por la noche, pídeles que te hagan un encargo importante. Sonríe siempre y sé siempre amable, no importa si te compran o no. No les pidas que te compren galletas, sino que hagan una inversión.

Muchas otras Niñas Exploradoras debieron querer hacer ese viaje alrededor del mundo y muchas debieron hacer un plan, pero sólo Markita salió con su uniforme todos los días después de clase, dispuesta a pedir y a seguir pidiendo que la gente invirtiera en su sueño.

—Hola, buenos días. Ayúdeme a realizar mi sueño. Estoy vendiendo las galletas que preparan las Niñas Exploradoras para reunir fondos para que mi madre y yo podamos hacer un viaje alrededor del mundo —decía al llamar a la puerta—. ¿No querría comprar una o dos docenas de cajas de galletas?

Ese año Markita vendió tres mil quinientas veintiséis cajas de galletas de las Niñas Exploradoras y ganó un viaje alrededor del mundo. Desde entonces ha vendido más de cuarenta y dos mil cajas de galletas, ha participado en convenciones de ventas a lo largo y ancho de los Estados Unidos, ha sido la estrella de una película de los

estudios Disney sobre su propia aventura y ha sido coautora del *best seller* *Cómo vender más galletas, Cadillacs, ordenadores... y cualquier otra cosa*.

Markita no es más lista ni extravertida que otros miles de personas, jóvenes y viejas, con sueños propios. La diferencia está en que Markita ha descubierto el secreto de las ventas: pedir, pedir, pedir. Hay mucha gente que fracasa sin haber empezado, porque ni siquiera consigue pedir lo que quiere. El miedo al rechazo nos conduce, no importa qué vendamos, a rechazarnos y a rechazar nuestros propios sueños, mucho antes de que nadie más haya tenido oportunidad de hacerlo.

Y todo el mundo está vendiendo algo.

—Todos los días uno se está vendiendo a sí mismo, a su maestro, a su jefe, a las personas nuevas que va conociendo —dijo Markita a los catorce años—. Mi madre es camarera y se pasa el día vendiendo bocadillos. Los alcaldes y los presidentes que tratan de conseguir votos se están vendiendo a sí mismos... Una de mis maestras favoritas era la señora Chapín, que convertía la geografía en algo interesante y eso, en realidad, es vender. Yo veo ventas por dondequiera que mire. Vender forma parte de la vida de todo el mundo.

Hace falta coraje para pedir lo que quieres y tener coraje no quiere decir no tener miedo; es hacer lo que haga falta hacer, a pesar del miedo. Tal como ha descubierto Markita, cuanto más pides, más fácil (y más divertida) te va resultando la cosa.

Una vez, en un programa de televisión en directo, el productor decidió poner a Markita ante su desafío de ventas más duro. Le pidió que vendiera galletas de las Niñas Exploradoras a otro invitado al programa.

—¿No quisiera comprar una o dos docenas de galletas de las Niñas Exploradoras? —le preguntó ella sin más ni más.

—¿Quieres que yo te compre galletitas de las Niñas Exploradoras? —se burló el hombre—. ¡Yo soy guardián de la Penitenciaría Federal, y todas las noches me ocupo de que dos mil ladrones, violadores, criminales, contrabandistas y otros delincuentes se vayan a acostar a la hora debida!

Inmediatamente, sin dejarse impresionar, Markita le respondió:

—Señor, tal vez si usted probara una de estas galletas no sería tan mezquino, quisquilloso y malvado. Además, me parece que sería una excelente idea que les llevara también algunas a cada uno de sus dos mil prisioneros, ¿sabe? —le sugirió finalmente.

El guardián de la penitenciaría le firmó un cheque.

Jack Canfield y Mark V. Hansen

*

Y a ti, ¿se te movió la tierra?

A los once años Ángela sufrió una grave enfermedad que le afectó el sistema nervioso. No podía caminar y además tenía otras dificultades en sus movimientos. Los médicos no albergaban esperanzas de que llegara a recuperarse alguna vez y predijeron que pasaría el resto de sus días en una silla de ruedas. En su opinión, eran muy pocos, por no decir ninguno, los casos en que el paciente podía volver a la vida normal. Pero Ángela no se amilanó. Inmovilizada en su lecho del hospital decía, a quien quisiera oírla, que ella estaba decidida a volver a caminar algún día.

La trasladaron a un hospital en el área de la Bahía de San Francisco especializado en rehabilitación, donde echaron mano de todas las terapias que era posible aplicar en su caso. Los terapeutas estaban fascinados por el espíritu de lucha de la niña. Le enseñaron una técnica de trabajo que se basa en imaginar los movimientos; algo que, aunque no obtuviera resultados, le daría al menos una cierta esperanza, además de ocupar su mente durante las largas horas que tenía que pasar despierta en la cama. Ángela se esforzaba todo lo que podía en las sesiones de terapia física, en la piscina y en los ejercicios que le prescribían, pero no menos empeño ponía en cumplir fielmente con las sesiones de trabajo mental en las que se imaginaba moviéndose, moviéndose... ¡moviéndose!

Un día, mientras ponía todo su empeño en imaginarse que sus piernas volvían a moverse, creyó que se estaba produciendo un milagro: ¡La cama se movió! ¡Empezó a moverse por la habitación!

—¡Mirad lo que estoy haciendo! —gritó Angela, entusiasmada—. ¡Mirad, mirad! ¡Me muevo, me muevo!

En ese momento, en el hospital, todo el mundo también gritaba y corría en busca de protección. La gente vociferaba, las máquinas y los instrumentos se caían, los cristales se rompían. ¡Se estaba produciendo un terremoto en San Francisco! Pero no se lo digáis a Ángela, está convencida de que fue ella quien lo hizo. Ahora, pocos años después, ha vuelto a la escuela. Camina sola, sin muletas ni silla de ruedas. Y, por cierto, alguien que es capaz de hacer temblar la tierra desde San Francisco a Oakland puede superar una enfermedad tan tonta, ¿no?

Hanoch McCarty

*

Las pegatinas de Tommy

Después de haberme oído hablar del Banco de los Niños, un chiquillo de nuestra parroquia en la playa de Huntington vino a verme, me estrechó la mano y me dijo:

—Me llamo Tommy Tighe, tengo seis años y quiero pedir un préstamo a su Banco de los Niños.

—Tommy, uno de mis objetivos es prestar dinero a los niños. Hasta ahora, todos los niños me lo han devuelto. ¿Cuál es tu proyecto?

—Desde que tenía cuatro años pienso que yo podría conseguir la paz en el mundo. Quiero producir una pegatina que diga: «¡POR NOSOTROS LOS NIÑOS, POR FAVOR, HACED LA PAZ!», firmado: «Tommy».

—En eso puedo respaldarte —le aseguré.

Tommy necesitaba cuatrocientos cincuenta y cuatro dólares para producir mil pegatinas. El Mark Victor Hansen Children's Free Enterprise Fund extendió un cheque para el impresor que se encargaría de imprimir las pegatinas.

—Si no te devuelve el préstamo —me susurró al oído el padre de Tommy—, ¿le embargarás la bicicleta?

—No, puedes apostar lo que quieras a que todos los niños nacen siendo honrados, con un sano concepto de lo que es moral y ético. Es la maldad lo que hay que enseñarles. Creo que devolverá el dinero.

Lector, si tienes un niño de más de nueve años, déjale *trabajar por dinero* para alguien que sea honrado y tenga firmes principios morales y éticos; así es como aprenderá el principio de la honradez.

Le dimos a Tommy una copia de todas mis cintas, las escuchó veinte veces cada una y asimiló debidamente sus contenidos. Una de las cosas que dicen esas cintas es: «Empieza siempre a vender desde la cumbre». Tommy convenció a su padre para que lo llevara hasta la casa de Ronald Reagan. Tommy llamó al timbre y respondió el portero. Durante dos minutos, el niño le hizo un impecable discurso de venta de sus pegatinas. El hombre se llevó la mano al bolsillo, le dio un dólar cincuenta y le dijo que esperara, que llamaría al expresidente.

—¿Por qué le pediste a él que te comprara? —le pregunté.

—En las cintas, tú dices que hay que pedirles a todos que te compren —me respondió, y tuve que reconocer que así era. Me sentí culpable.

Le envié una pegatina a Mikhail Gorbachov con un cupón para que le remitiera un dólar y medio. Gorbachov se lo envió, con una foto que decía «Sigue luchando por la paz, Tommy; Mikhail Gorbachov, Presidente».

Como yo colecciono autógrafos, le dije que le daría quinientos dólares por el autógrafo de Gorbachov.

—No, gracias, Mark —fue su respuesta.

—Tommy, yo soy dueño de varias compañías. Cuando seas mayor, me gustaría contratarte —le dije.

—¿Lo dices en broma? —me respondió—. Cuando sea mayor, te contrataré yo a ti.

En la edición dominical del periódico Orange County Register se publicó un artículo de portada sobre la historia de Tommy, el Children's Free Enterprise Bank y yo. El periodista Marty Shaw estuvo seis horas entrevistando a Tommy y publicó una entrevista sensacional. Le preguntó cuál pensaba que sería el impacto de su acción sobre la paz mundial y Tommy le respondió:

—Creo que todavía no tengo suficiente edad; en mi opinión, hay que tener ocho o nueve años para detener todas las guerras en el mundo.

Cuando Marty le preguntó quiénes eran sus héroes, la respuesta de Tommy fue:

—Mi papá, George Burns, Wally Joiner y Mark Victor Hansen.

Tommy tiene buen gusto cuando se trata de elegir a sus modelos de comportamiento.

Tres días después recibí una llamada de la Hallmark Greeting Card Company, una empresa de fabricación de tarjetas postales impresas para saludos. Una vendedora de la Hallmark les había mandado por fax una copia del artículo del Register y, como estaban preparando una convención en San Francisco, querían que Tommy hablara en ella. Después de todo, se daban cuenta de que Tommy se había marcado nueve objetivos y los había cumplido:

- Valoró los costes de su proyecto.
- Hizo imprimir la pegatina.
- Pidió un préstamo.
- Encontró una forma de comunicarle su proyecto a la gente.
- Consiguió direcciones de algunos líderes.
- Escribió una carta a todos los presidentes y líderes de otros países y les envió a todos una pegatina.
- Habló de la paz con todo el mundo.
- Habló de su negocio con los medios de comunicación.
- Tuvo una conversación con la escuela.

Hallmark quería que mi compañía, *Mira Quién Habla*, le pusiera en contacto con Tommy para hablar en su convención. Aunque el parlamento de Tommy no llegó a concretarse, porque no hubo tiempo suficiente, la negociación entre Hallmark, Tommy y yo fue entretenida, estimulante y poderosa.

Joan Rivers llamó a Tommy Tighe para que participara en su programa de televisión. Alguien también le había enviado a ella por fax la entrevista publicada en el Register.

—Tommy —le dijo—, soy Joan Rivers y quiero que vengas a mi programa de

televisión que tiene una audiencia de millones de personas.

—¡Fantástico! —dijo Tommy, que no tenía la más remota idea de quién era Joan Rivers.

—Te pagaré trescientos dólares —le ofreció ella.

—¡Perfecto! —dijo Tommy, que tras haber escuchado mis cintas *Sell yourself rich* [Véndase y hágase rico] hasta sabérselas de memoria, siguió vendiéndose a Joan diciéndole:

—Pero como no tengo más que ocho años no puedo ir solo. Seguro que tú podrás permitirte pagarle también a mi mamá, ¿verdad, Joan?

—¡Por supuesto!

—De paso, acabo de ver un programa de televisión y presentaba el Hotel Trump Plaza como una buena opción cuando vas de viaje a Nueva York. ¿Sería posible, Joan?

—Sí —respondió ella.

—El programa también decía que cuando estás en Nueva York debes visitar el Empire State Building y la Estatua de la Libertad. Nos podrás conseguir las entradas, ¿verdad?

—Sí...

—Perfecto. ¿Te dije que mi mamá no sabe conducir? ¿Podemos usar tu coche y tu chófer?

—Seguro —dijo Joan.

Tommy fue al programa de Joan Rivers y se quedó boquiabierto ante Joan, las cámaras y el público. Tommy era tan guapo, interesante, ingenioso y honesto, y les contó a todos unas historias tan cautivadoras y persuasivas que todo el público sacó dinero de sus carteras para comprar una pegatina.

Al final del programa Joan se inclinó para preguntarle si él en realidad creía que con su pegatina, iba a conseguir la paz en el mundo y Tommy, con una sonrisa radiante, le respondió con entusiasmo:

—Hace dos años que la lancé y ya he conseguido que echaran abajo el Muro de Berlín, ¿no te parece que lo estoy haciendo bastante bien?

Mark V. Hansen

*

Si no pides, no te darán; pero si pides, sí

Mi mujer, Linda, y yo vivimos en Miami. Cuando acabábamos de empezar nuestro programa de formación de autoestima, Little Acorns, para enseñar a los niños a decir que no a las drogas, a la promiscuidad sexual y a otras formas de comportamiento autodestructivo, recibimos un folleto de una conferencia pedagógica en San Diego. Al leerlo y enterarnos de que allí iban a estar todos los que son alguien, nos dimos cuenta de que teníamos que ir, pero no veíamos cómo. Estábamos empezando a arrancar, los dos trabajábamos fuera de casa y nuestros ahorros se nos habían agotado ya con las primeras etapas del proyecto. No había manera de que pudiéramos comprar los billetes de avión ni de asumir ninguno de los otros gastos; pero, como sabíamos que teníamos que estar allí, empezamos a preguntar.

Lo primero que hice fue llamar a la conferencia de coordinadores en San Diego, para explicarles por qué teníamos que estar allí y preguntarles si nos concederían dos admisiones complementarias en la conferencia. Cuando expliqué nuestra situación, lo que hacíamos y por qué teníamos que estar allí, dijeron que sí. O sea que ya habíamos conseguido la admisión.

Le dije a Linda que teníamos las plazas confirmadas y que podíamos ir a la conferencia.

—¡Perfecto! —me dijo—. Pero estamos en Miami y la conferencia es en San Diego. ¿Qué hacemos?

Llamé a una compañía aérea, la Northeast Airlines. La mujer que me atendió resultó ser la secretaria del presidente, así que le dije lo que necesitaba. Me puso en contacto directo con el presidente, Steve Quinto. Le expliqué que acababa de hablar con los organizadores de la conferencia en San Diego y que nos habían facilitado la admisión gratuita en la conferencia, pero que no sabíamos cómo llegar allí y que si podrían facilitarnos gratuitamente dos pasajes de ida y vuelta de Miami a San Diego. Me respondió afirmativamente, sin más. Fue así de rápido y lo que dijo después realmente me dejó azorado.

—Gracias por pedírmelo —me dijo.

—¿Cómo?

—No es frecuente que tenga la oportunidad de hacer algo por los demás a menos que alguien me lo pida. Lo mejor que puedo hacer es dar algo de mí mismo y eso es lo que usted me ha pedido. Me ha ofrecido una buena oportunidad y quiero agradecerse.

Estaba sorprendido, pero le agradecí su gentileza y corté la comunicación. Miré a mi mujer y le dije:

—Cariño, ¡ya tenemos los pasajes de avión!

—¡Fantástico! —me dijo, y me preguntó dónde nos hospedaríamos.

Llamé a la Holiday Inn Downtown en Miami y les pregunté dónde estaban las oficinas centrales de la compañía. Me dijeron que en Memphis, Tennessee. Los llamé y me pusieron en contacto con un ejecutivo de San Francisco que controlaba todos los hoteles Holiday Inn de California. Le expliqué que habíamos conseguido los billetes de avión y le pregunté si podía ayudarnos en el alojamiento durante los tres días de la conferencia. Me preguntó si nos parecía bien ser sus huéspedes en su nuevo hotel, en el centro de San Diego.

—Sería estupendo —le dije, y entonces continuó:

—Un momento, tengo que advertirle que el hotel está a unos cuarenta y cinco kilómetros del lugar donde se celebra la conferencia y tendrán que encontrar un medio de transporte para llegar allí.

—Ya me las arreglaré, aunque tenga que comprar un caballo —le respondí. Después le dije a mi mujer:

—Cariño, ya tenemos la inscripción, los billetes de avión y un lugar donde dormir. Lo que necesitamos ahora es un coche para ir y venir del hotel al campus dos veces al día.

Llamé a National Car Rental, les conté toda la historia y les pregunté si podrían ayudarme. Me preguntaron si un Oldsmobile del 88 me vendría bien y les dije que sería perfecto.

Habíamos solucionado todos los detalles del viaje en un solo día.

Ya en la conferencia nos las arreglamos comiendo por nuestra propia cuenta los primeros días; pero, antes de que terminara la conferencia, le conté nuestro problema a uno de los participantes:

—Cualquiera que tenga la amabilidad de invitarnos a almorzar se hará acreedor de nuestro eterno agradecimiento.

Alrededor de cincuenta personas se ofrecieron a invitarnos, de manera que terminamos teniendo resuelto el asunto de las comidas.

Lo pasamos maravillosamente, aprendimos muchísimo y contactamos con gente como Jack Canfield, que todavía sigue en nuestra junta de asesores. A nuestro regreso acabamos de organizar el programa, que tiene un índice de crecimiento de, aproximadamente, un cien por cien anual. El junio pasado graduamos a la familia número 2250 que participó en el curso de formación de Little Acorn. También hemos celebrado dos importantes conferencias para educadores sobre el tema «*Hagamos el mundo seguro para los niños*», a las cuales invitamos a gente de todo el mundo. Miles de educadores han acudido para compartir ideas sobre cómo hacer seminarios de autoestima en sus aulas mientras todavía están enseñando primeras letras.

La última vez que patrocinamos la conferencia invitamos a educadores de ochenta y un países. Diecisiete naciones enviaron representantes, entre ellos algunos ministros de educación. Gracias a todo ello hemos recibido invitaciones para llevar nuestro programa a Rusia, Ucrania, Bielorrusia, Gela Ruth, Kazajistán, Mongolia, Taiwán, las islas Cook y Nueva Zelanda.

De modo que ya veis cómo se puede conseguir cualquier cosa sin más molestia que pedírselo a bastante gente.

Rick Gelinas

*

El sueño de Rick Little

A las cinco de la mañana Rick Little se quedó dormido al volante de su coche, cayó por un terraplén de tres metros y se estrelló contra un árbol. Pasó los seis meses siguientes inmovilizado, con la columna rota. Entonces tuvo tiempo de sobra para reflexionar en profundidad sobre su vida... algo para lo que sus trece años en la escuela no le habían preparado. Una tarde, sólo dos semanas después de haber recibido el alta en el hospital, se encontró con su madre semiinconsciente y tendida en el suelo por una sobredosis de somníferos. Una vez más, Rick comprobó que sus estudios no le habían preparado para enfrentarse con los problemas de la vida.

Durante los meses que siguieron, Rick empezó a plantearse dar forma a un curso que permitiera dotar a los estudiantes de autoestima, dominio de las relaciones humanas y capacidad para resolver conflictos... para desenvolverse en situaciones críticas. Cuando se puso a investigar sobre los puntos que debería contemplar el curso, tropezó con un estudio realizado por el *National Institute of Education* de Estados Unidos, en el cual se había preguntado a mil personas de treinta años si tenían la sensación de que la enseñanza secundaria les había ofrecido las habilidades que necesitaban para enfrentarse a la vida real. Más del ochenta por ciento de ellos respondieron: «No, en absoluto».

A los mismos encuestados se les preguntó también qué desearían ahora que les hubieran enseñado. Las respuestas que mayor puntuación obtuvieron se referían a cuestiones vinculadas con las relaciones humanas: cómo llevarse mejor con las personas con las que uno convive, cómo encontrar trabajo y cómo conservarlo, cómo conducirse en situaciones de conflicto, cómo ser un buen padre o una buena madre, cómo entender la evolución normal de un niño, cómo enfrentarse a la administración de finanzas... y cómo captar el significado de la vida.

Aleccionado por su interés en crear una clase que pudiera preparar a la gente para solucionar ese tipo de carencias, Rick abandonó la universidad y se dedicó a entrevistar estudiantes de escuela secundaria a lo largo y ancho del país. En su búsqueda de información sobre los temas que debería incluir el curso, formuló las siguientes preguntas a más de dos mil estudiantes de ciento veinte escuelas secundarias:

- Si tuvieras que organizar un programa en tu escuela secundaria que te ayudara a enfrentar los problemas con los que te tropiezas ahora y con los del futuro, ¿qué temas incluirías?
- Haz una lista con los diez principales problemas de tu vida que quisieras ver mejor resueltos en casa y en la escuela.

Al margen de que los estudiantes provinieran de escuelas privadas para gente adinerada o de agrupaciones urbanas marginales, de centros rurales o de escuelas suburbanas, las respuestas presentaban una similitud sorprendente. La soledad y el rechazo eran los primeros problemas en la lista. Además, en lo referente a la lista de habilidades que querían que les enseñaran, todos coincidían con las que habían expresado los mayores de treinta años.

Rick se pasó dos meses durmiendo en su coche y viviendo con un total de sesenta dólares. Su dieta osciló entre las galletas con mantequilla de cacahuete y el ayuno. Rick tenía pocos recursos, pero estaba entusiasmado con su sueño.

El paso siguiente de Rick fue elaborar una lista con los principales educadores y consultores psicológicos de toda la nación, a quienes luego visitó uno por uno para pedirles su apoyo y el aporte de su experiencia. Por más que les impresionara su enfoque, es decir, la idea de preguntar directamente a los estudiantes qué era lo que querían aprender, no fue mucha la ayuda que le ofrecieron. Se limitaron a decirle que era demasiado joven, que retomara sus estudios y que, después de haberse graduado, podría seguir adelante con su encuesta. Ninguno de ellos lo estimuló o alentó.

Sin embargo, Rick persistió. Cumplió veinte años y ya había vendido su coche y su ropa, había pedido dinero prestado a todos sus amigos y arrastraba una deuda de treinta y dos mil dólares. Alguien le sugirió que fuera a una fundación para pedirle que financiara su proyecto.

La primera visita que realizó le supuso una decepción enorme. Al entrar en el despacho, Rick estaba literalmente temblando de miedo. El vicepresidente de la fundación era un hombre de pelo oscuro, con un rostro frío y serio. Durante media hora no dijo una palabra mientras Rick le abría su corazón hablándole de su madre, de los dos mil niños y de sus planes para un nuevo estilo de cursos en la escuela secundaria.

Cuando acabó, el vicepresidente empujó hacia él un montón de papeles, diciéndole:

—Hijo, hace casi veinte años que estoy en esta fundación. Hemos financiado todos estos programas de educación, todos han fallado y creo que el tuyo también fracasará. Las razones son obvias: tú tienes veinte años y no tienes ni experiencia, ni dinero, ni título universitario. ¡Nada!

Rick se prometió demostrarle su error a aquel hombre y comenzó a investigar cuáles eran las fundaciones que se interesaban en la financiación de proyectos para adolescentes. Después pasó muchos meses escribiendo formularios para solicitudes de becas; en ello trabajaba desde primera hora de la mañana hasta bien entrada la noche. Pasó un año entero rellenando laboriosamente impresos de solicitud, cada uno de ellos preparado cuidadosamente a la medida de los intereses y los requisitos de cada una de las fundaciones. Cada propuesta estaba repleta de esperanzas y todas fueron rechazadas.

Finalmente, después de que hubiera sido rechazada su propuesta número ciento

cincuenta y cinco, Rick sintió que todos sus apoyos se desmoronaban. Sus padres empezaban a suplicarle que reiniciara sus estudios universitarios y Ken Greene, un educador que había dejado su trabajo para ayudar a Rick, le dijo:

—Rick, ya no me queda dinero y tengo mujer e hijos que mantener. Esperaré una respuesta más, pero si es una negativa, dejaré el proyecto y volveré a la enseñanza.

A Rick le quedaba una última esperanza. Espoleado por la desesperación y la convicción, se las arregló para seducir con sus discursos a una serie de secretarias y consiguió concertar un almuerzo de trabajo con el doctor Russ Mawby, presidente de la Fundación Kellogg. Mientras se dirigían al restaurante pasaron frente a una heladería y Mawby le preguntó si le apetecía tomar un helado. Rick asintió, pero su ansiedad terminó por derrotarlo. Con el temblor de la mano, se le aplastó el cucurucho y, mientras el chocolate se le derretía entre los dedos, hizo un esfuerzo, furtivo pero frenético, para deshacerse de él antes de que el doctor Mawby pudiera darse cuenta de lo sucedido. Finalmente Mawby lo vio, estalló en una carcajada y él mismo le pidió al camarero un manojo de servilletas de papel que entregó a Rick.

Muy avergonzado, éste subió al coche. ¿Cómo podía pedir fondos para un nuevo programa educacional alguien que ni siquiera era capaz de arreglárselas con un cucurucho de helado?

Dos semanas después, Mawby le telefoneó.

—Lo siento, pero en la reunión de directorio se votó en contra de su solicitud de una subvención de cincuenta y cinco mil dólares.

Rick sintió que las lágrimas le inundaban los ojos. Llevaba dos años trabajando por un sueño que ahora, simplemente, se hundía.

—Sin embargo —continuó Mawby—, toda la junta votó, de forma unánime, la concesión de ciento treinta mil dólares para su proyecto.

Entonces, sin poder contener las lágrimas, tartamudeando, Rick a duras penas pudo dar las gracias.

Desde entonces Rick Little ha llegado a reunir más de cien millones de dólares para financiar su sueño. Sus programas se enseñan actualmente en más de treinta mil escuelas de los cincuenta estados de la Unión y en treinta y dos países. Tres millones de niños al año reciben una enseñanza de importancia vital porque un adolescente de diecinueve años se negó a aceptar un «no» por respuesta.

En 1989, debido al increíble éxito obtenido, el sueño de Rick Little se expandió de tal manera que le asignaron sesenta y cinco millones de dólares, la segunda suma concedida en la historia de los Estados Unidos, para crear la *International Youth Foundation* [Fundación Internacional para la Juventud], cuyo propósito es identificar y apoyar los programas para la juventud que obtengan éxito en el mundo.

La vida de Rick Little es un testimonio del poder que tiene un compromiso sincero con una visión elevada, cuando se da unido a la voluntad de seguir luchando hasta que el sueño llegue a hacerse realidad.

Adaptado del relato de Peggy Mann

*

La magia de la fe

Todavía no tengo edad para jugar al béisbol ni al fútbol. Mamá me dijo que cuando empiece a jugar al béisbol, no podré correr tan rápido como los demás, porque me operaron. Le dije a mamá que no necesitaré correr especialmente rápido. Cuando juegue al béisbol golpearé las bolas tan fuerte que saldrán del estadio. Entonces me bastará con caminar.

Edward J. McGrath, Jr. *An Exceptional View of Life*

*

Glenna y su lista de objetivos

En 1977 yo era una madre soltera con tres hijas pequeñas, casa y coche por pagar y la necesidad de reavivar las brasas de algunos sueños.

Una noche estuve en un seminario donde oí hablar a un hombre del principio de $I = R$ (*Imaginación por Intensidad igual a Realidad*). El conferenciante señaló que la mente piensa en imágenes y no en palabras. Afirmó que si lo imaginamos intensamente, lo que deseamos se convertirá en realidad.

Este concepto hizo resonar una chispa de esperanza en mi corazón. Ya conocía la verdad bíblica de que el Señor nos concede «los deseos de nuestro corazón» (Salmos 37, 4), y la de que «tal como piensa un hombre en su corazón, así es él» (Proverbios 23, 7).

Decidí entonces poner por escrito mi lista de plegarias y convertirla en imágenes. Empecé por recortar ilustraciones de revistas viejas que representaran los «deseos de mi corazón», las coloqué en un álbum de fotografías y, con grandes expectativas, me puse a esperar.

Mis imágenes, todas muy específicas, incluían:

- Un hombre guapo.
- Una pareja de novios.
- Ramilletes de flores (soy muy romántica).
- Hermosas piezas de joyería con brillantes (me justifiqué diciéndome que Dios amaba a David y a Salomón, y que ambos fueron hombres muy ricos).
- Una isla en el Caribe, rodeada de un mar intensamente azul.
- Una vivienda de ensueño.
- Muebles nuevos.
- Una mujer que recientemente había llegado a ser vicepresidenta de una gran corporación. (Yo estaba trabajando en una compañía que no tenía mujeres en sus cargos directivos y quería ser la primera vicepresidenta que tuviera la empresa.)

Aproximadamente ocho semanas después, a las diez y media de la mañana, cuando iba conduciendo por una autopista californiana, me adelantó un estupendo Cadillac rojo y blanco. Me quedé mirándolo, porque era un coche muy hermoso, y el conductor también me miró, me sonrió y yo le devolví la sonrisa, es lo que siempre hago; pero entonces empecé a tener problemas. ¿No les ha pasado nunca? Traté de fingir que no lo había mirado. «¿Quién, yo? ¡Si yo no lo miré!». A partir de entonces me siguió durante más de veinte kilómetros. ¡Me dio un susto de muerte! Si yo aceleraba, él aceleraba; si yo paraba, él paraba... ¡y pensar que finalmente me casé con él!

Al día siguiente de haber salido juntos por primera vez, Jim me envió una docena de rosas. Después descubrí que él tenía una afición predilecta: coleccionaba brillantes, ¡de los grandes!, y andaba en busca de alguien a quien regalárselos: ¡me ofrecí desinteresadamente! Estuvimos un par de años saliendo juntos y todos los lunes por la mañana recibía una rosa roja de tallo larguísimo con una tarjeta llena de palabras de amor.

Tres meses antes de casarnos, Jim me dijo que había encontrado el lugar perfecto para nuestra luna de miel:

—¡Iremos a la isla de San Juan, en el Caribe!

—¡Jamás se me habría ocurrido! —me admiré, riendo.

No le confesé la verdad respecto a mi libro de imágenes hasta que pasó casi un año desde nuestra boda. Lo hice cuando estábamos mudándonos a nuestro suntuoso nuevo hogar y decorándolo con los elegantes muebles que había imaginado (Jim resultó ser el distribuidor, en la Costa Oeste, de una de las principales firmas de fabricantes de muebles del este del país).

La boda se celebró en Laguna Beach, California, y yo lucía el vestido de novia que había soñado. Ocho meses después de haber creado mi libro de sueños, me convertí en la vicepresidenta de Recursos Humanos de la compañía donde trabajaba.

En cierto sentido esto suena a cuento de hadas, pero es absolutamente cierto. Jim y yo hemos creado muchos «libros de imágenes» desde que nos casamos. Dios nos ha colmado con demostraciones de que estos poderosos principios de fe realmente funcionan.

Decide qué es lo que quieres en cada ámbito de tu vida, imagínatelo intensamente y después actúa en función de tus deseos, creando tu libro de objetivos personales. Convierte tus ideas en realidades concretas valiéndote de este sencillo ejercicio. No hay sueños imposibles. Recuerda que Dios ha prometido que concederá a sus hijos los deseos que cada uno albergue en su corazón.

Glenna Salsbury

*

Otra marca en la lista

Una tarde lluviosa, un chico de quince años, John Goddard, se sentó en la mesa de su cocina en Los Ángeles y escribió cinco palabras en un bloc de notas de color amarillo: «La lista de mi vida». Debajo de este título apuntó 127 objetivos; desde entonces, ha logrado 108 de estos objetivos. Aquí tienes la lista de John. No son objetivos fáciles; incluyen escalar las principales montañas del mundo, sumergirse en mares, correr una milla en cinco minutos o leer la obra completa de Shakespeare y La Enciclopedia Británica.

Explorar

R	1	El Nilo
R	2	El Amazonas
R	3	El Congo
R	4	El Cañón del Colorado
	5	El Yangtze (China)
	6	El río Níger
	7	El río Orinoco (Venezuela)
R	8	El río Coco (Nicaragua)

Estudiar culturas primitivas en:

R	9	El Congo
R	10	Nueva Guinea
R	11	Brasil
R	12	Borneo
R	13	El Sudán (una tormenta de arena casi le entierra vivo)
R	14	Australia
R	15	Kenia
R	16	Filipinas
R	17	Tanzania
R	18	Etiopía
R	19	Nigeria

R	20	Alaska
---	----	--------

Escalar:

	21	El Everest
	22	El Aconcagua (Argentina)
	23	El McKinley
R	24	El Huascarán (Perú)
R	25	El Kilimanjaro
R	26	El Ararat (Turquía)
R	27	El Monte Kenia
R	28	El monte Cook (Nueva Zelanda)
R	29	El Monte Popocatepetl (México)
R	30	El Mattherhorn
R	31	El Monte Rainer
R	32	El Monte Fuji
R	33	El Monte Vesuvius
R	34	El Monte Bromo (Java)
R	35	El Grand Tetons
R	36	El Monte Baldy (California)

Otros:

R	37	Estudiar Medicina y tener conocimientos de exploración (John ya ha empezado a estudiar Medicina y ya trata enfermedades entre tribus primitivas)
R	38	Visitar cada país del mundo (le faltan 30)
R	39	Estudiar las tribus navaho y hopi
R	40	Aprender a pilotar un avión
R	41	Cabalgar a caballo en el Rose Parade

Fotografiar:

R	42	Iguazú (Brasil)
---	----	-----------------

R 43	Las cascadas de Victoria (Rodesia)
R 44	Las cascadas de Surherland (Nueva Zelanda)
R 45	Las cascadas de Yosemite
R 46	Las cascadas de Niágara
R 47	Hacer las rutas de Marco Polo y Alejandro el Grande

Sumergirme en:

R 48	Los arrecifes de coral de Florida
R 49	Los arrecifes de Australia (John fotografió una almeja de 120 Kilos)
R 50	El mar Rojo
R 51	Las islas Fiji
R 52	Las Bahamas
R 53	La marisma de Okefenokee y los Everglades en Florida

Visitar:

	54	El Polo Norte y el Polo Sur
R 55		La gran muralla de China
R 56		Los canales de Panamá y Suez
R 57		La isla de Pascua
R 58		Las islas Galápagos
R 59		El Vaticano (vi al papa)
R 60		El Taj Mahal
R 61		La Torre Eiffel
R 62		La Gruta Azul
R 63		La Torre de Londres
R 64		La Torre de Pisa
R 65		El pozo sagrado de Chichen-Itzá (México)
	66	Escalar el Ayers Rock
R 67		Seguir el río Jordán desde el mar de Galilea hasta el mar Muerto

Nadar en:

R	68	El lago Victoria
R	69	Lago Superior
R	70	Lago Tanganyka
R	71	Lago Titicaca (América del Sur)
R	72	Lago Nicaragua

Conseguir:

R	73	Llegar a ser un monitor de <i>boys scouts</i>
R	74	Sumergirme en un submarino
R	75	Aterrizar y despegar desde un portaviones
R	76	Volar en un globo aerostático, en un planeador
R	77	Subir encima de un elefante, un camello, un avestruz y un caballo salvaje
R	78	Bucear a 12 metros y contener la respiración dos minutos y medio debajo del agua
R	79	Pescar una langosta de 5 kilos y una oreja marina de 25 cm
R	80	Tocar la flauta y el violín
R	81	Mecanografiar cincuenta palabras al minuto
R	82	Saltar de un avión en paracaídas
R	83	Aprender a esquiar en la nieve y en el agua
R	84	Ir de misionero
R	85	Seguir el trayecto de John Muir
R	86	Estudiar las medicinas ancestrales
R	87	Fotografiar elefantes, leones, rinocerontes, leopardos, búfalos y oreas
R	88	Aprender esgrima
R	89	Aprender jujitsu
R	90	Enseñar un curso en la Universidad
R	91	Asistir a una ceremonia de cremación en Bali
	92	Explorar las profundidades del mar
	93	Trabajar en una película de Tarzán (ahora lo considera como un sueño infantil)
	94	Tener un caballo, un leopardo, un chimpancé, un ocelote y un coyote (sólo le falta el chimpancé y el leopardo)

	95	Ser un radioaficionado
R	96	Construir mi propio telescopio
R	97	Escribir un libro (sobre mi viaje por el Nilo)
R	98	Publicar un artículo en el <i>National Geographic</i>
R	99	Saltar 150 cm de altura
R	100	Hacer un salto de 5 m de largo
R	101	Hacer una milla en 5 minutos
R	102	Pesar 80 Kg (esto es lo que pesa)
R	103	Hacer 200 abdominales y 20 flexiones
R	104	Aprender francés, español y árabe
	105	Estudiar las lagartijas de la isla Komodo (no pudimos llegar porque tuvimos problemas con el barco a 20 millas)
R	106	Visitar el lugar de nacimiento de mi abuelo Sorenson, en Dinamarca
R	107	Visitar el lugar de nacimiento de mi abuelo Goddard, en Inglaterra
R	108	Trabajar de marinero en un barco
	109	Leer la <i>Enciclopedia Británica</i> (ya ha leído la mayor parte)
R	110	Leer la Biblia
R	111	Leer la obra de Shakespeare, Platón, Aristóteles, Dickens, Thoreau, Poe, Rousseau, Bacon, Hemingway, Twain, Burroughs, Conrad, Talmage, Tolstoi, Longfellow, Keats, Whittier y Emerson (una selección de cada uno)
R	112	Conocer bien las composiciones de: Bach, Beethoven, Debussy, Ibert, Mendessohn, Lalo, Rimski-Korsakov, Respighi, Liszt, Rachmaninoff, Stravinsky, Toch, Tschaikovsky, Verdi
R	113	Saber usar: un avión, una motocicleta, un tractor, una plancha de surf, un rifle, una pistola, una canoa, un microscopio, una pelota de fútbol, de básquet, un arco y flechas, el lazo y un bumerán
R	114	Componer música
R	115	Tocar <i>Clair de Lune</i> al piano
R	116	Observar la ceremonia de andar sobre el fuego en Bali y Surinam
R	117	Saber sacar el veneno de una serpiente (una serpiente le mordió durante una sesión fotográfica)
R	118	Encender una cerilla con un rifle del calibre 22
R	119	Visitar un estudio de cine

R	120	Escalar la pirámide de Keops
R	121	Ser miembro del club de los Exploradores y Aventureros
R	122	Aprender a jugar al polo
R	123	Viajar a través del Gran Cañón, de pie y en barco
R	124	Circunnavegar el globo terráqueo (4 veces)
	125	Visitar la luna (algún día, si Dios quiere)
R	126	Casarme y tener 5 hijos (tiene 5 hijos)
	127	Vivir para ver el siglo XXI (tendrá 75 años)

John Goddard

*

Atención, nena, que soy tu amor

Es mejor estar preparado para una oportunidad y no tenerla, que tener una oportunidad sin estar preparado.

Whitney Young, Jr.

Les Brown y su hermano gemelo fueron adoptados por Mamie Brown, criada y ayudante de cocina, poco después de su nacimiento en un suburbio miserable de Miami.

Debido a su hiperactividad y a su jerigonza, tan incesante como incomprendible, Les recibió clases de educación especial para discapacitados, tanto en la escuela primaria como en la secundaria. Al graduarse, empezó a trabajar en las playas de Miami como barrendero, pero su sueño era llegar a convertirse en *disc-jockey*.

Todas las noches solía acostarse con una radio pegada a la oreja para escuchar a los *disc-jockey* locales y vivía tan apasionadamente su vocación que creó una emisora de radio imaginaria en su diminuta habitación. Un cepillo para el pelo hacía las veces de micrófono mientras Les presentaba los discos a su auditorio de fantasmas.

Su madre y su hermano, que podían oírlo a través de las delgadas paredes, solían gritarle que cerrara la boca y se durmiera de una vez, pero él no les hacía caso. Estaba envuelto en su propio mundo, viviendo en un sueño.

Un día, Les decidió presentarse en la emisora local de radio aprovechando la pausa para el almuerzo. Consiguió llegar al despacho del gerente de la emisora y le contó que quería ser *disc-jockey*. El hombre recorrió con los ojos al desaliñado joven enfundado en su mono de trabajo, con su sombrero de paja en la mano, y le preguntó si tenía alguna experiencia en la radio. Les respondió que ninguna.

—Pues me temo que siendo así no podemos ofrecerte nada.

Les le dio las gracias cortésmente y se fue. El director supuso que ésa sería la primera y última vez que vería al muchacho, pero subestimó la profundidad del compromiso que había contraído Les Brown con su objetivo. El hecho es que el muchacho iba en pos de algo más que el simple deseo de ser *disc-jockey*. Lo que él quería era comprar una casa mejor para su madre adoptiva, a quien amaba profundamente, y el trabajo no era más que un paso hacia su meta.

Mamie Brown le había enseñado a ir en pos de sus sueños, de modo que Les estaba seguro de que conseguiría trabajo en la radio, a pesar de lo que le había dicho el gerente. Por eso se pasó una semana entera yendo todos los días a la emisora para preguntar si había aparecido algún trabajo. Finalmente, el director cedió y lo contrató como chico de los recados, sin sueldo alguno. Al principio, Les iba a buscar café o a traer bocadillos para el almuerzo y la cena de los *disc-jockey* que no podían salir del estudio. Finalmente, la admiración con que seguía su trabajo consiguió que los *disc-*

jockey confiaran en él y que empezaran a mandarlo en sus Cadillacs a buscar a visitantes célebres, como The Temptations, Diana Ross y The Supremes. A ninguno de ellos se le ocurrió pensar que el joven Les no tenía permiso de conducir.

Les hacía todo lo que le pedían en la emisora, incluso más. Mientras salía de juerga con los *disc-jockey* fue aprendiendo la forma de manejar los controles. Se detenía en las salas de control para aprender todo lo que podía hasta que le echaban fuera. Luego, por la noche, de nuevo en su dormitorio, practicaba, preparándose para la oportunidad que, de eso estaba seguro, no tardaría en presentársele.

Un sábado por la noche, mientras Les estaba en la emisora, uno de los *disc-jockey*, Rock, estaba bebiendo mientras transmitía su programa. Además de él, la única persona que había en el edificio era Les, quien se dio cuenta de que, al beber tanto, Rock se estaba buscando problemas. Les no lo perdía de vista; se paseaba de un lado a otro, ante el cristal de la cabina donde Rock trabajaba. Y mientras se paseaba, no dejaba de rogar:

—Bebe, Rock, ¡sigue bebiendo!

Les estaba ávido por manejar los controles. Si Rock se lo hubiera pedido, habría salido corriendo a la calle a buscarle más alcohol. Cuando sonó el teléfono, Les se precipitó sobre él. Tal como había imaginado era el gerente.

—Les, soy el señor Klein.

—Sí, lo sé —respondió el muchacho.

—Les, no creo que Rock pueda terminar su programa.

—Sí, señor, lo sé.

—¿Quieres llamar a uno de los otros *disc-jockey* para que se ocupe de la emisión?

—Sí señor, cómo no.

Pero cuando colgó el teléfono, Les se dijo para sus adentros:

—Este debe de creerse que estoy loco.

Y ciertamente marcó un número de teléfono, pero no para llamar a otro *disc-jockey*. Llamó a su madre y después a su chica.

—¡Os vais en seguida al porche del frente y ponéis bien alta la radio, porque en unos momentos estaré en el aire! —anunció.

Después esperó un cuarto de hora antes de llamar al gerente.

—Señor Klein, no puedo encontrar a nadie.

—Muchacho —le dijo Klein—, ¿sabes cómo funcionan los controles del estudio?

—Sí, señor —fue la respuesta.

Después, Les entró en la cabina, apartó suavemente a Rock y se sentó ante el tocadiscos. Estaba listo para la acción. Conectó el micrófono y anunció:

—¡Atención! Soy LB, triple P... Les Brown, vuestro Platter Playing Poppa. No hubo nadie antes que yo, ni habrá nadie después. O sea que soy excepcional, el único. Joven, soltero y dicharachero. Indudablemente preparado para daros satisfacción y abundante acción. ¡Atención, nena, que soy tu aaaaamor!

Desde ese momento todo fue sobre ruedas. Calurosos aplausos y alaridos del

público y del gerente. Ese día decisivo, Les inició una carrera de éxitos en la radio, la política, la oratoria y la televisión.

Jack Canfield.

*

Dispuesto a pagar el precio

Hace trece años, cuando Maryann, mi mujer, y yo estábamos poniendo en marcha nuestro salón de peluquería en Greenspoint Malí un vietnamita solía pasar todos los días para vendernos pastelillos. Apenas hablaba inglés, pero siempre se mostraba amistoso y, valiéndonos de sonrisas y signos, conseguíamos entendernos. Su nombre era Le Van Vu.

Durante el día, Le trabajaba en una panadería y por la noche su mujer y él escuchaban cintas para aprender inglés. Después supe que ambos dormían sobre unos sacos llenos de serrín, en el suelo de la trastienda de la panadería.

En Vietnam la familia Van Vu era una de las más ricas del sudeste asiático. Eran propietarios de casi un tercio de Vietnam del Norte, incluyendo grandes participaciones en la industria, además de tener inversiones inmobiliarias. Sin embargo, después de que su padre fuera brutalmente asesinado, Le se mudó a Vietnam del Sur con su madre y allí estudió hasta convertirse en abogado.

Como su padre, Le fue prosperando. Tuvo la oportunidad de construir edificios para alojar a la colonia, en continua expansión, de norteamericanos en Vietnam del Sur, y no tardó en ser uno de los constructores de más éxito en todo el país.

Sin embargo, durante un viaje a Vietnam del Norte fue capturado y enviado a prisión durante tres años. Consiguió escapar matando a cinco soldados y se las arregló para regresar a Vietnam del Sur, donde volvieron a arrestarlo. Para el gobierno survietnamita, había pasado a ser un infiltrado del norte.

Tras haber cumplido su condena, Le fundó una compañía pesquera y terminó por convertirse en el fabricante de conservas de pescado más importante del país.

Cuando supo que las tropas y el personal de la embajada de los Estados Unidos estaban a punto de retirarse de Vietnam Le tomó una decisión que cambió su vida.

Reunió todo el oro que secretamente había ido acumulando, lo cargó a bordo de uno de sus barcos pesqueros y navegó hasta llegar a uno de los barcos norteamericanos anclados en el puerto. Entonces, cambió todas sus riquezas por un pasaje que le llevara de Vietnam a las Filipinas, donde él y su mujer fueron alojados en un campamento de refugiados.

Tras habérselas arreglado para contactar con el presidente de las islas, le convenció de que le confiara uno de sus barcos y volvió a dedicarse al negocio de la pesca. Dos años más tarde, antes de partir de las islas con destino a los Estados Unidos (el sueño de su vida), Le había conseguido dar un gran impulso a toda la industria pesquera filipina.

Camino de los Estados Unidos, empezó a inquietarse y a deprimirse ante la idea de tener que empezar de cero una vez más. Su mujer cuenta cómo lo encontró una vez junto a la barandilla del barco, a punto de arrojar al mar.

—Le —lo increpó—, si haces eso, ¿qué será de mí? Hace tanto tiempo que estamos juntos, hemos compartido tantas cosas, que también podremos salir de esta situación.

Ese fue todo el estímulo que necesitaba Le Van Vu.

Cuando él y su mujer llegaron a Houston, en 1972, estaban sin un céntimo y no hablaban inglés. Entre los vietnamitas es norma que la familia se ocupe de la familia, de modo que Le y su mujer se encontraron cómodamente instalados en la trastienda de la panadería que tenía su primo en el Greenspoint Malí. Nosotros acabábamos de abrir nuestra peluquería a no más de sesenta metros de allí.

Y ésta es la parte que conocemos como moraleja:

El primo de Le les ofreció que trabajaran en su panadería. Deducidos los impuestos, Le llevaría a casa ciento setenta y cinco dólares semanales, y su mujer ciento veinticinco. Dicho de otra manera, que tendrían un ingreso anual de quince mil seiscientos dólares. Además, el primo se ofreció a venderles la panadería tan pronto como pudieran darle una entrada de treinta mil dólares en efectivo y él les financiaría el resto de la deuda, noventa mil dólares.

He aquí lo que hicieron Le y su mujer:

Aunque tenían un ingreso semanal de trescientos dólares, decidieron seguir viviendo en la trastienda. Durante dos años se lavaron en los baños públicos del barrio y su dieta se basó, casi exclusivamente, en los productos de la panadería. Cada año, durante esa etapa, vivieron con un total (sí, con un total) de seiscientos dólares, para poder ahorrar los treinta mil en efectivo para la entrada.

Después, Le explicó cuál había sido su razonamiento:

—Si buscábamos un apartamento, que nos hubiera costado trescientos dólares por semana, teníamos que pagar el alquiler y, además, comprar muebles. También tendríamos que pensar en el transporte para ir y volver del trabajo, lo cual significaba comprar un coche. Entonces deberíamos pensar en la gasolina y en el seguro del coche. Probablemente querríamos ir a visitar distintos lugares con el coche y para eso hay que tener ropa y otros detalles. Yo sabía que, si nos mudábamos a un apartamento, jamás llegaríamos a reunir los treinta mil dólares.

Si el lector piensa que ya sabe todo lo que se puede saber de Le, debo decirle que todavía hay más: Después de ahorrar los treinta mil dólares y comprar la panadería, Le y su mujer volvieron a hablar en serio. Todavía le debían noventa mil dólares a su primo, dijo Le, y por más difíciles que hubieran sido los dos últimos años, tenían que seguir viviendo un año más en aquella trastienda.

Estoy orgulloso de decirles que, en un solo año, mi amigo y mentor Le Van Vu y su mujer, ahorrando hasta el último céntimo de los beneficios de su negocio, saldaron los noventa mil dólares y que, exactamente en tres años, fueron propietarios de un negocio sumamente rentable y completamente libre de deudas.

Entonces, y sólo entonces, la pareja salió en busca de su primer apartamento. Hasta el día de hoy siguen ahorrando regularmente, viven con un porcentaje muy

reducido de sus ingresos y, sin duda alguna, pagan siempre todas sus compras al contado.

¿Quizá piense el lector que Le Van Vu ha terminado por hacerse millonario? Pues no; me encanta decir que es multimillonario.

John McCormack

*

Todos tenemos un sueño

Hace algunos años acepté un trabajo en un condado del sur de los Estados Unidos para trabajar con gente que estaba a cargo de Bienestar Social. Quería demostrar que todo el mundo tiene capacidad de valerse por sí mismo y que lo único que tenemos que hacer es activar esa capacidad. Pedí al ayuntamiento que seleccionara a unas cuantas personas a cargo de Bienestar Social, que pertenecieran a diferentes grupos raciales y con distintos orígenes familiares. Mi intención era trabajar con ellos como grupo, durante tres horas, todos los viernes. También solicité una pequeña cantidad de dinero en efectivo para utilizarlo a medida que fuera necesitándolo.

Lo primero que les dije, después de haber estrechado la mano a todos los presentes, fue que me gustaría conocer sus sueños. Todos me miraron como si estuviera medio chiflada.

—¿Sueños? Nosotros no tenemos sueños.

—Bueno, pero cuando erais pequeños, ¿qué anhelabais? ¿No había nada que os hubiera gustado hacer?

—Yo no sé qué podría hacer con los sueños, cuando las ratas se están comiendo a mis hijos —me respondió una mujer.

—Oh, eso es terrible —admití—. Tienes que estar muy preocupada por las ratas y tus hijos. ¿Cómo podría remediarse eso?

—Bueno, me vendría bien tener una nueva tela metálica en la puerta, porque la que tengo está agujereada.

—¿No hay nadie que pueda reparar esa tela metálica? —pregunté dirigiéndome al grupo.

—Hace mucho tiempo yo solía hacer ese tipo de cosas —dijo un hombre—, y aunque ahora tengo problemas en la espalda, lo intentaré.

Le dije que si quería ir a comprar la tela para reparar la puerta de la señora yo podía darle dinero.

—¿Se anima? —le pregunté.

—Sí, lo intentaré.

A la semana siguiente, cuando el grupo estuvo instalado, pregunté a la mujer si ya tenía arreglada la puerta.

—Oh, sí —me contestó.

—Entonces, ya podemos empezar a soñar, ¿no? —le pregunté, y esbozó una especie de sonrisa.

—Y usted —le pregunté al hombre que había hecho el trabajo—, ¿cómo se siente?

—Bueno, fíjese qué cosa más rara —me respondió—. Estoy empezando a sentirme mucho mejor.

Aquello sirvió para que el grupo empezara a soñar. Esos éxitos, que parecían tan poca cosa, permitieron que el grupo viera que sus sueños no eran disparatados, por pequeños que fueran. Esos pasos consiguieron que la gente empezara a ver y a sentir que realmente podía cambiar algo.

Yo empecé, a mi vez, a preguntar a los demás por sus sueños. Una mujer admitió que siempre había querido ser secretaria.

—Bueno, ¿y cuál es el problema?

(Esta es siempre mi segunda pregunta).

—Tengo seis niños y no tengo a nadie que los cuide mientras estoy fuera de casa.

—Vamos a ver —empecé—, ¿hay alguien en este grupo que pueda ocuparse de seis niños durante un par de días a la semana para que esta señora pueda asistir a clases de formación aquí, en la escuela de la comunidad?

Otra mujer dijo que ella también tenía niños, pero que podría ocuparse.

—Pues, adelante —aprobé, y así se fue organizando un plan que permitió a aquella mujer empezar sus estudios.

Cada uno fue encontrando algo que hacer. El hombre que arregló la puerta se convirtió en un «manitas», la mujer que se hizo cargo de los niños terminó licenciándose como «canguro»... En doce semanas había conseguido que toda esa gente dejara de depender de Bienestar Social... y no sólo lo he hecho una vez, sino muchas.

Virginia Satir

*

Sigue tu sueño

Monty Roberts es un amigo mío, dueño de un rancho dedicado a la cría de caballos en San Isidro, que en ocasiones me ha dejado utilizar su casa para organizar diversas actividades con el fin de reunir dinero para la gente joven que participa en programas de riesgo.

La última vez que estuve allí me presentó diciendo:

—Quiero contaros por qué permito que Jack use mi casa. Todo se remonta a la historia de un muchacho que era hijo de un domador ambulante que iba de una cuadra a otra, de una pista de carreras a otra, de granja en granja y de rancho en rancho, domando caballos. Como resultado de esta vida tenía que interrumpir continuamente sus estudios secundarios. Cuando estaba a punto de terminarlos, le pidieron que escribiera una redacción que tratara sobre lo que quería ser y hacer cuando fuera mayor.

»Esa noche escribió un artículo de siete páginas donde describía su objetivo: llegar a ser propietario de un rancho de caballos. Describió muy detalladamente su sueño e incluso hizo un diagrama de su proyecto, donde se veía la localización de todos los edificios, los establos y las pistas.

Después trazó un plano detallado de la planta de una casa, amplia y cómoda, que pensaba levantar en el rancho de sus sueños.

»Tras haber puesto toda su dedicación en el proyecto, al día siguiente se lo entregó a su maestro. Dos días después, cuando le devolvieron el trabajo, en la primera página había un gran “0” rojo con una nota que decía que fuera a verlo después de clase.

«Terminada la clase, el muchacho fue a ver al maestro y le preguntó por qué le había puesto una nota tan baja.

»—Ese es un sueño poco realista para un chico como tú —le dijo el maestro—. No tienes dinero, provienes de una familia nómada y sin recursos. Para tener un rancho y caballos se necesita mucho dinero. Necesitas tierra, tendrás que comprar sementales y, más adelante, tendrás que pagar los salarios al personal. No hay manera de que puedas cumplir tu sueño. Si vuelves a escribir el artículo, con un objetivo más realista, intentaré cambiar tu nota.

»El chico se fue a casa y pensó a fondo en lo que le había dicho su profesor. Le preguntó a su padre qué debía hacer.

»Mira, hijo —le respondió el padre—, en un asunto como éste tienes que decidir tú solo. Sin embargo, creo que es una decisión muy importante para ti.

»Finalmente, tras haber pasado una semana pensando en ello, el muchacho volvió a entregarle al maestro el mismo artículo, sin haber hecho cambio alguno, y le dijo:

»—Deje la nota como está y yo seguiré manteniendo mi sueño.

Monty se volvió entonces hacia el grupo, y les explicó:

—Os cuento esto porque estáis sentados en mi casa, en mi rancho, donde crío mis caballos. Todavía tengo aquella redacción enmarcada sobre la chimenea. Pero, lo mejor del cuento —añadió—, es que hace dos veranos aquel mismo profesor trajo a treinta chicos a acampar en mi propiedad durante una semana. Cuando todos se iban, el profesor reconoció que, por aquel entonces, había sido una especie de ladrón de los sueños de gran parte de sus alumnos.

—Afortunadamente —concluyó—, tú tuviste la fortaleza suficiente para no renunciar a los tuyos.

No dejéis que nadie os robe vuestros sueños. Pase lo que pase, seguid lo que os diga vuestro corazón.

Jack Canfield

*

La caja

Estaba a punto de terminar mis estudios universitarios cuando volví a casa por Navidad, con la perspectiva de pasar una grata y entretenida quincena junto a mis dos hermanos. Tan entusiasmados estábamos ante la perspectiva de estar juntos que nos ofrecimos a atender la tienda para que mi madre y mi padre pudieran tomarse, después de muchos años, su primer día libre. El día antes de que los dos se fueran a Boston, mi padre hizo un aparte conmigo en el pequeño despacho situado detrás de la tienda. La habitación era tan pequeña que en ella no cabía nada más que un piano y un diván convertible en cama. En realidad, cuando se desplegaba la cama, la habitación quedaba completamente ocupada y uno sólo podía sentarse al pie de la cama para tocar el piano. Mi padre buscó detrás del viejo piano vertical y sacó una caja de puros, la abrió y me mostró una serie de artículos de periódico. Yo había leído tantas novelas policíacas de Nancy Drew que abrí los ojos como un búho, intrigada por la caja oculta y su contenido.

—¿Qué son? —pregunté.

—Son artículos que he escrito y algunas cartas al director que me han publicado —me respondió con seriedad.

Cuando me puse a leerlos, vi que al final de cada artículo, pulcramente recortado, estaba la firma de Walter Chapman, Esq.

—¿Por qué no me dijiste que habías escrito esto? —le pregunté.

—Porque no quería que tu madre lo supiera. Ella siempre me ha dicho que como no he recibido la educación suficiente, no debía intentar escribir. Además, yo habría querido ocupar algún cargo político, pero ella me dijo que no debía intentarlo. Me imagino que tenía miedo de que me sintiera infeliz si no conseguía mis objetivos. Quería intentarlo porque me hacía gracia. Pensé que podía escribir sin que ella se enterase y lo hice. Recortaba cada artículo que aparecía impreso y lo guardaba en esta caja. Sabía que algún día le enseñaría mis artículos a alguien y ese alguien eres tú.

Se quedó mirándome mientras yo leía rápidamente algunos artículos y cuando levanté la vista sus grandes ojos azules estaban húmedos.

—Pero sospecho que la última vez me metí con algo demasiado grande —añadió.

—¿No has escrito nada más?

—Sí, envié algunas sugerencias a la revista de la parroquia sobre cómo se podría elegir con más justicia la comisión nacional. Hace tres meses que las envié y sospecho que me he metido en algo que me supera.

Era algo tan novedoso en mi padre, siempre propenso a la diversión, que yo no sabía qué decir. Salí del paso con un...

—Quizá todavía recibas una respuesta.

—Tal vez, pero no me quedaré esperando —tras una sonrisita y un guiño, volvió

a cerrar la caja de puros y a ocultarla en el espacio de detrás del piano.

A la mañana siguiente, nuestros padres se fueron en el autobús a la estación donde tenían que tomar un tren hacia Boston. Jim, Ron y yo nos encargamos de la tienda y yo seguí pensando en la caja. Nunca había pensado que a mi padre le gustara escribir. No se lo conté a mis hermanos; era un secreto entre mi padre y yo. El Misterio de la Caja Oculta.

Esa noche, muy tarde, al mirar a la calle desde el escaparate de la tienda, vi que mi madre bajaba del autobús... sola. Cruzó la plaza y entró rápidamente en la tienda.

—¿Dónde está papá? —Preguntamos al unísono.

—Vuestro padre ha muerto —respondió sin una lágrima.

Incrédulos, fuimos tras ella a la cocina, donde nos contó que habían estado caminando por la estación del metro de Park Street, en medio de una multitud de gente, cuando mi padre cayó al suelo. Una enfermera se inclinó sobre él, miró a mi madre y le dijo simplemente:

—Está muerto.

Aturdida, ella se quedó junto a él, sin saber qué hacer mientras la gente tropezaba con el cadáver en su precipitación por coger el metro. Un sacerdote dijo que llamaría a la policía y desapareció. Mi madre estuvo inmóvil, vigilando el cuerpo, durante casi una hora, hasta que, finalmente, vino una ambulancia y los llevó a ambos hasta el depósito, donde ella pudo registrarle los bolsillos y recuperar su reloj. Después volvió a casa, sola. Nos contó la tremenda historia sin derramar una lágrima. Para ella, ocultar la emoción había sido siempre cuestión de disciplina y motivo de orgullo. Tampoco nosotros lloramos y nos turnamos para atender a los clientes.

Uno de ellos nos preguntó:

—¿Dónde está el viejo?

—Ha muerto —respondí.

—Lo siento —comentó, y se fue.

Aunque yo no pensaba en él como en «el viejo» y la pregunta me puso furiosa, papá tenía setenta años y mi madre sólo cincuenta. Él siempre había sido un hombre sano y feliz, y se había ocupado siempre, sin quejarse, de su frágil mujer. Ahora se había ido. Ya no lo oiríamos silbar ni cantar himnos mientras ordenaba los estantes. El «viejo» se había ido.

La mañana del funeral me quedé sentada en la tienda, abriendo tarjetas de saludo y pegándolas en un libro de recortes, cuando descubrí que en la pila del correo estaba la revista de la iglesia. Normalmente, yo jamás hubiera abierto lo que consideraba una aburrida publicación religiosa, pero pensé que quizá su artículo estuviera allí... y allí estaba.

Me llevé la revista al pequeño despacho, cerré la puerta y comencé a llorar. Había sido valiente, pero ver las osadas recomendaciones de papá a la convención nacional, ya impresas, fue más de lo que podía soportar. Las leí y releí mientras lloraba. Retiré la caja de detrás del piano y debajo de los recortes encontré una carta de dos páginas

que el reverendo Henry Cabot Lodge había escrito a mi padre, agradeciéndole sus sugerencias para la campaña.

No le he contado a nadie una palabra sobre la caja de recortes; sigue siendo *un secreto entre mi padre y yo*.

Florence Littauer

*

El estímulo

Algunos de los episodios más importantes de la historia han tenido lugar tras una palabra de estímulo o una demostración de confianza por parte de un ser querido o de un amigo entrañable. De no haber sido por Sophia, su amante esposa, quizá no contaríamos hoy, entre los grandes nombres de la literatura, a Nathaniel Hawthorne. Cuando Nathaniel, con el corazón destrozado, volvió a casa a contarle a su mujer que era un fracasado y que acababan de despedirlo de su trabajo en la aduana, ella lo sorprendió con una exclamación de júbilo:

—¡Ahora podrás escribir tu libro!

—Sí —replicó él, con el ánimo por el suelo—, ¿y de qué viviremos mientras lo escribo?

Se quedó pasmado cuando ella abrió un cajón y le mostró una importante suma de dinero.

—¿De dónde has sacado eso? —exclamó.

—Siempre he pensado que tú eres un hombre de genio —fue la respuesta de Sophia—, y que algún día escribirías una obra maestra. Por eso todas las semanas, del dinero que me dabas para la casa, he ido ahorrando un poquito. Con lo que tenemos aquí nos bastará para vivir un año entero.

De la seguridad y la confianza de esta mujer nació una de las novelas más importantes de la literatura de los Estados Unidos, *La letra escarlata*.

Nido Qubein

*

Walt Jones

La gran cuestión es si vas a ser capaz de darle un «sí» de corazón a tu aventura.

Joseph Campbell

Nadie puede comprender mejor que el éxito es un viaje y no un destino que aquellas personas que no han permitido que su edad sea un obstáculo para conseguir lo que desean. Florence Brooks se incorporó al Cuerpo de Paz cuando tenía sesenta y cuatro años. A los ochenta y dos, Gladys Clappison vivía como cualquier otro estudiante en la Universidad de Iowa mientras trabajaba en su tesis de filosofía. También Ed Stitt, a los ochenta y siete, trabajaba para graduarse en el programa universitario de su comunidad en Nueva Jersey. Ed decía que estudiar le servía de vacuna contra la vejez y le mantenía vivo el cerebro.

Probablemente, a lo largo de los años, nadie ha estimulado tanto mi imaginación como Walt Jones, de Tacoma, Washington. Walt sobrevivió a su tercera mujer, con quien estuvo cincuenta y dos años casado. Cuando ella murió, alguien comentó con Walt lo triste que debía ser perder una relación de tantos años. Su respuesta fue:

—Sin duda, pero es probable que sea para bien.

—¿Por qué?

—No quiero ser negativo ni decir nada que desmerezca su estupendo carácter, pero en los últimos diez años era como si me atara un poco.

Cuando su interlocutor le pidió que se explicara, añadió:

—Nunca quería hacer nada, se había convertido en una especie de lastre. Hace diez años, cuando yo tenía noventa y cuatro, le dije a mi mujer que nunca habíamos visto nada más que la hermosa parte noreste del Pacífico. Ella me preguntó qué se me había metido en la cabeza y le dije que estaba pensando en comprar una casa rodante, que tal vez podríamos visitar los cuarenta y ocho estados de la Unión y le pregunté qué le parecía.

»Walt, me parece que tú estás mal de la cabeza, me dijo.

»Le pregunté por qué lo decía y me contestó que podían asaltarnos por ahí, que si nos moríamos no tendríamos ni un lugar para el velatorio... Luego me preguntó quién iba a conducir y cuando le dije: “Yo, corderita”, me contestó: “Nos matarás a los dos”».

—Entonces, Walt, ¿qué piensa hacer usted, ahora que ella no está?

—¿Qué pienso hacer? Pues, la enterraré y me compraré una casa rodante. Estamos en 1976 y me propongo recorrer todos los estados, los cuarenta y ocho, para celebrar el bicentenario de los Estados Unidos.

Ese año, Walt recorrió cuarenta y tres estados, vendiendo curiosidades y

chucherías. Cuando le preguntaron si alguna vez recogía autoestopistas, dijo:

—Qué va. Entre ellos hay demasiados que, por un dólar, te jugarían una mala pasada o te denunciarían por lesiones en caso de accidente.

Hacia apenas unos meses que Walt tenía su casa rodante y su mujer llevaba sólo seis bajo tierra, cuando lo vieron conduciendo con una mujer de sesenta y dos años, bastante atractiva, a su lado.

—¿Walt? —le preguntó alguien.

—Sí... —respondió.

—¿Quién era la mujer que iba a tu lado? ¿Quién es tu nueva amiga, Walt?

—Sí —respondió.

—¿Sí qué?

—Sí, es mi nueva amiga.

—¿Tu amiga? Walt, has estado casado tres veces y tienes ciento cuatro años. Esa mujer debe de tener cuarenta años menos que tú.

—Bueno —admitió—, descubrí muy pronto que un hombre no puede vivir solo en una casa rodante.

—Eso lo entiendo, Walt. Probablemente echas de menos tener a alguien con quien hablar después de haber vivido con tu compañera durante todos estos años.

—Eso también lo echo de menos —respondió Walt, sin vacilar.

—¿También? ¿Estás dando a entender que tienes un interés romántico?

—Pues... Podría ser.

—Walt...

—¿Qué?

—En la vida llega un momento en que vas dejando esas cosas de lado.

—¿Lo sexual? —precisó.

—Sí.

—¿Por qué?

—Bueno, porque ese tipo de actividad podría ser un riesgo para la salud.

Walt se lo pensó un momento y respondió:

—Bueno, pues si ella se muere, se muere.

En 1978, con la llegada de una creciente inflación en los Estados Unidos, Walt hizo una importante inversión en una urbanización en condominio. Cuando le preguntaron por qué sacaba su dinero de una cuenta bancada donde estaba seguro para ponerlo en una inversión inmobiliaria como ésa, contestó:

—¿No habéis oído que éstas son épocas de inflación? Hay que invertir el dinero en bienes raíces para que se valore y poder disponer de él en tus últimos años, cuando realmente lo necesites.

¿Qué os parece este ejemplo de pensamiento positivo?

En 1980 vendió parte de su propiedad en Pierce County, Washington. Mucha gente no podía entenderlo, pero él reunió a sus amigos y, sin pérdida de tiempo, dejó claro que había vendido la propiedad para obtener dinero en efectivo. Recibí un

pequeño anticipo y acordé un contrato por treinta años: me irán pagando 4000 dólares cada mes hasta que tenga 138 años.

Celebró sus ciento diez años en el programa de Johnny Carson. Estaba espléndido con su barba blanca y su sombrero negro, parecía el difunto coronel Sanders, y Johnny dijo:

—Es fantástico tenerte aquí, Walt.

—Johnny, a los ciento diez años es fantástico estar en cualquier parte.

—¿Ciento diez?

—Ciento diez.

—¿Uno, uno, cero?

—¿Qué pasa, Carson, te estás quedando sordo? Eso es lo que he dicho. Son los años que tengo. ¿De qué te asombras?

—De lo que me asombro es de que estés aquí tres días antes de tener el doble de edad que yo.

Eso le llamaría la atención a cualquiera, ¿no? Ciento diez años... y tan fresco como el que más. Walt replicó inmediatamente a Johnny.

—¿Qué edad tendrías si no supieras la fecha en que naciste y no hubiera condenados calendarios empeñados en deprimirte una vez al año? ¿Nunca has oído hablar de gente que se deprime por una fecha en el calendario? Oh, Dios, no, ya tengo treinta años. Qué deprimido estoy. Ya ha pasado lo mejor de mi vida. En el despacho todos se vistieron de negro y mandaron un coche fúnebre a recogerme. Oh, no, ahora cumplo cincuenta... ¡medio siglo! Me enviaron rosas secas con telarañas. Johnny, ¿quién te ha dicho que te vas a morir cuando tengas sesenta y cinco? Y o tengo amigos que están mejor desde que cumplieron los sesenta y cinco que antes. Y como resultado de esa pequeña inversión en condominio que hice hace algunos años, he estado ganando más billetes desde que cumplí los ciento cinco que antes. ¿Puedo darte mi definición de lo que es una depresión?

—Adelante.

—Perderse un cumpleaños.

Ojalá la historia de Walt Jones nos inspire a todos para que sepamos mantenernos jóvenes y frescos hasta el último día de la vida.

Bob Moawad

*

¿Tienes fuerza suficiente para enfrentarte a los críticos?

No es la crítica lo que importa; no es el hombre que señala cómo se derrumba el fuerte o dónde las cosas podrían haberse hecho mejor. El crédito le corresponde al hombre que trabaja, al que lleva el rostro manchado de sangre, sudor y polvo; al que lucha valientemente, al que falla y se ve acorralado una y otra vez, porque no hay esfuerzo sin error ni contratiempo. Al hombre que sabe lo que es devoción sincera, que se consume al servicio de una causa digna, al que, en el mejor de los casos, conoce finalmente el logro supremo del triunfo y, en el peor, si falla cuando mayor es su osadía, sabe que su lugar nunca estará entre esas almas tímidas y frías que jamás conocen la victoria ni la derrota.

Theodore Roosevelt

*

Arriésgate

Dos semillas estaban juntas en el suelo primaveral y fértil.

La primera semilla dijo:

—¡Yo quiero crecer! Quiero hundir mis raíces en la profundidad del suelo que me sostiene y hacer que mis brotes empujen y rompan la capa de tierra que me cubre... Quiero desplegar mis tiernos brotes como estandartes que anuncien la llegada de la primavera... ¡Quiero sentir el calor del sol sobre mi rostro y la bendición del rocío de la mañana sobre mis pétalos!

Y así creció.

La segunda semilla dijo:

—Tengo miedo. Si envío mis raíces a que se hundan en el suelo, no sé con qué puedo tropezar en la oscuridad. Si me abro paso a través del duro suelo puedo dañar mis delicados brotes... Si dejo que mis capullos se abran, quizá un caracol intente comérselos... Si abriera mis flores, tal vez algún chiquillo me arrancara del suelo. No, es mucho mejor esperar hasta un momento seguro.

Y así esperó.

Una gallina que, a comienzos de la primavera, escarbaba el suelo en busca de comida encontró la semilla que esperaba y sin pérdida de tiempo se la comió.

Moraleja: A los que se niegan a arriesgarse y a crecer los devora la vida.

Patty Hansen

*

Atiende con una sonrisa

Un hombre escribió una carta a un pequeño hotel en una ciudad del medio oeste norteamericano que planeaba visitar durante sus vacaciones:

«Me gustaría mucho llevar conmigo a mi perro. Está bien educado y sabe comportarse. ¿Me permitirían ustedes tenerlo conmigo en la habitación durante la noche?».

La respuesta del propietario del hotel fue inmediata y decía:

«Hace muchos años que trabajo en este hotel. Durante este tiempo, nunca ha venido un perro que robara las toallas, la ropa de cama o la cubertería de plata... y tampoco los cuadros de las paredes».

«Jamás he tenido que llamar la atención a un perro a altas horas de la noche por estar borracho y armar escándalo, y tampoco ha venido ninguno que se fuera sin pagar la cuenta del hotel».

«Esté tranquilo; su perro será bienvenido en el hotel. Y si él se hace responsable de usted, también a usted lo recibiremos con mucho gusto».

Karl Albrecht y Ron Zenke.
Service America.

*

6

Cómo superar los obstáculos

Los obstáculos son esas cosas aterradoras que uno ve cuando aparta los ojos de su meta.

Henry Ford

*

Los obstáculos

Los que hemos vivido en campos de concentración podemos recordar a aquellos hombres que se paseaban por los barracones consolando a los demás, regalándoles su último pedazo de pan. Tal vez hayan sido pocos en número, pero constituyen la prueba definitiva de que a un hombre se le puede arrebatar todo salvo una cosa: su última libertad, la de elegir la actitud que ha de adoptar en cualquier circunstancia, la de escoger su propio camino.

Viktor E. Frankl.
El hombre en busca de significado.

*

Fíjate en...

Fíjate en que:

Después de que *Fred Astaire* hiciera su primera prueba cinematográfica, en 1933, el informe del director de pruebas de la Metro Goldwyn Mayer dictaminaba: «¡Incapaz de actuar! ¡Ligeramente calvo! ¡Puede bailar un poco!». Astaire conservaba aquel informe sobre la chimenea de su casa en Beverly Hills.

Un experto dijo que *Vince Lombardi* no poseía un mínimo conocimiento de fútbol americano y que le faltaba motivación.

A *Sócrates* lo acusaron de inmoralidad y de corromper a la juventud.

Cuando *Peter J. Daniel* estaba en cuarto grado de primaria, su maestra, Mrs. Phillips, le decía continuamente que no servía para nada, que era un fruto podrido y que jamás llegaría a ninguna parte. Peter siguió siendo totalmente analfabeto hasta los veintiséis años. Un amigo se quedaba toda la noche con él, leyéndole un ejemplar de *Piensa y hazte rico*. Ahora es el propietario de las esquinas donde solía pelear y acaba de publicar su último libro: *Mrs. Phillips, you were wrong!* (Señora Phillips, se equivocó).

A *Louisa May Alcott*, la autora de *Mujercitas*, su familia le aconsejaba que buscara trabajo como sirvienta o como costurera.

Beethoven era muy torpe con el violín y prefería tocar sus propias composiciones en vez de mejorar su técnica. Su maestro le decía que como compositor era un desastre.

Los padres del famoso cantante de ópera *Enrico Caruso* querían que fuera ingeniero. Su maestro le dijo que no tenía voz y que era incapaz de cantar.

Charles Darwin, el padre de la *Teoría de la Evolución*, abandonó la carrera de medicina y su padre solía decirle que no se interesaba por nada más que el tiro, los perros y la caza de ratones. En su autobiografía, Darwin escribe que todos sus maestros, lo mismo que su padre, lo consideraban un niño muy limitado, por debajo del estándar de normalidad intelectual.

Un editor de periódicos despidió a *Walt Disney* por falta de ideas. Además, Disney se vio varias veces en la bancarrota antes de fundar Disneylandia.

Los maestros de *Thomas Edison* decían que era demasiado estúpido para aprender nada.

Albert Einstein no habló hasta los cuatro años y no aprendió a leer hasta los siete. Su maestro lo describía como «mentalmente lento, asocial, está siempre navegando a la deriva por sus estúpidos sueños». Lo expulsaron del colegio y le negaron el ingreso en la Escuela Politécnica de Zurich.

Durante sus estudios, antes de graduarse, *Louis Pasteur* apenas fue un alumno mediocre y, de entre un grupo de veintidós alumnos, ocupó el decimoquinto lugar en

química.

Los resultados de *Isaac Newton* en la escuela elemental fueron lamentables.

«Mi hijo es un idiota», decía el padre del escultor *Rodin*. Considerado el peor alumno de la escuela, *Rodin* fracasó en tres ocasiones antes de poder ingresar en la escuela de arte. Un tío suyo lo consideraba incapaz de recibir cualquier educación.

León Tolstoi, el autor de *Guerra y paz*, abandonó la universidad. De él se decía que no sólo no tenía capacidad, sino que no estaba dispuesto a aprender.

El dramaturgo *Tennessee Williams* se enfureció cuando, en un premio literario que tuvo lugar en la Universidad de Washington, donde él se había inscrito en los cursos superiores de inglés, le rechazaron una pieza de teatro, *Me, Vasha*. El maestro recordaba que *Williams* había repudiado no sólo la decisión de los jueces, sino también su inteligencia.

Los empleados del departamento de frutos secos en las grandes tiendas de *F. W. Woolworth* decían que el propietario no tenía la sensibilidad necesaria para atender a su clientela.

Henry Ford fracasó y fue a la quiebra en cinco ocasiones antes de conseguir, finalmente, el éxito.

Babe Ruth, considerado por los historiadores del deporte como el mayor atleta de la historia, se hizo famoso por batir el récord de carreras en un mismo partido de béisbol, y el de tiros fuera del campo.

Winston Churchill no aprobó el sexto grado. No llegó a ser primer ministro de Inglaterra hasta los sesenta y dos años, después de toda una vida de derrotas y reveses. Sus mayores logros los consiguió cuando ya había cumplido los sesenta y cinco años.

Hasta su publicación, en 1970, dieciocho editoriales rechazaron el manuscrito de *Juan Salvador Gaviota*, un relato de *Richard Bach* sobre una osada gaviota. En 1975 ya se habían vendido, sólo en los Estados Unidos, más de siete millones de ejemplares.

Richard Hooker trabajó durante siete años en *M. A. S. H.*, una novela sobre la guerra en clave de humor, sólo para conseguir que la rechazaran veintiuna editoriales antes de su publicación. Inmediatamente se convirtió en un *best seller* que fue llevado al cine y convertido en serie de televisión con un gran éxito.

Jack Canfield y Mark V. Hansen

*

John Corcoran, el hombre que no sabía leer

Hasta donde John Corcoran recordaba, las palabras se habían burlado de él. En las oraciones, las palabras cambiaban de lugar, las vocales se perdían en su cabeza en el momento de oírlas. En la escuela solía quedarse sentado en su asiento, perplejo y silencioso como una piedra, sabiendo que estaba condenado a ser para siempre diferente de los demás. Si por lo menos alguien se hubiera sentado junto a aquel niño para decirle, poniéndole un brazo alrededor de los hombros:

—No tengas miedo, yo te ayudaré.

Pero, en aquella época, nadie había oído hablar todavía de dislexia y John no podía decirles que a él el lado izquierdo del cerebro, el lóbulo que los seres humanos usamos para disponer lógicamente los símbolos en una secuencia, le había funcionado siempre mal.

En segundo grado lo pusieron con los niños retrasados. En tercero, una monja les dio una vara a cada uno de los demás niños y, cuando John se negaba a leer o a escribir, dejaba que cada uno le diera un golpe de vara en las piernas.

En cuarto grado, la maestra lo llamó para que leyera y dejó pasar los minutos en silencio, uno tras otro, hasta que el niño creyó que terminaría sofocándose. Después lo pasaron al grado siguiente y así sucesivamente. John Corcoran jamás repitió curso.

En el último año, a John lo eligieron rey de la fiesta de fin de curso, se graduó junto a todos los demás y fue la estrella del equipo de baloncesto. Su madre lo besó en el momento de su graduación... y no dejaba de hablar de la universidad. La universidad... sólo pensarlo, qué disparate. Finalmente se decidió por la Universidad de Texas, en El Paso, donde podría incorporarse al equipo de baloncesto. Cerró los ojos, respiró hondo... y volvió a luchar.

En la universidad, John preguntaba a cada uno de sus nuevos amigos qué profesores eran más rigurosos en los exámenes y cuáles hacían pruebas tipo test. Tan pronto como salía de una clase arrancaba las páginas garabateadas de su cuaderno, por si alguien le pedía ver sus apuntes. Cada noche se quedaba mirando los gruesos libros de texto para que su compañero de habitación no sospechara nada. Se quedaba tendido en la cama, agotado pero sin poder dormir, incapaz de frenar su chirriante mecanismo mental. Se prometió que, durante un mes, iría a la primera misa del día si Dios permitía que llegara a graduarse.

Y se graduó. Cumplió la promesa que le había hecho a Dios... y ahora, ¿qué? Quizá fuera adicto a la incertidumbre. Tal vez lo que más inseguridad le inspiraba, su mente, fuera lo que más debería de haber admirado. Tal vez por eso, en 1961, John llegó a ser maestro.

Enseñaba en California, y cada día hacía que uno de los alumnos leyera el texto a la clase. Les daba tests estandarizados que él pudiera corregir poniendo sobre cada

prueba una plantilla perforada que le permitiera ver las respuestas incorrectas y pasaba los fines de semana en la cama, completamente deprimido.

Después conoció a Kathy, una estudiante de enfermería que obtenía notas excelentes. Kathy no era una hoja al viento, como él, sino una roca.

—Tengo algo que decirte, Kathy —le dijo una noche de 1965, antes de que se casaran—. Yo... no sé leer.

Si es maestro, pensó ella para sus adentros, debe de querer decir que no lee bien. No lo entendió hasta años después, cuando vio que John no podía leer un libro de cuentos a su hija de año y medio. Kathy le llenaba formularios, le leía y escribía las cartas. ¿Por qué no le pedía a ella, simplemente, que le enseñara a leer y escribir? Pero él no podía creer que nadie fuera capaz de enseñarle.

A los veintiocho años, John pidió un préstamo de dos mil quinientos dólares, se compró una segunda casa, la arregló y la alquiló. Después compró y alquiló otra, y otra. Su negocio fue creciendo hasta que John necesitó una secretaria, un abogado y un socio.

Un día, el contable le dijo que era millonario. Perfecto. ¿Quién se iba a fijar en que un millonario tiraba siempre de las puertas que decían «Empuje» o se detenía ante los lavabos públicos para fijarse de cuál salían los hombres?

En 1982 todo empezó a desmoronarse. Sus propiedades empezaron a vaciarse y los inversores a retirarse. Las únicas cartas que John recibía eran amenazas de denuncias y vencimientos de hipotecas. Parecía como si tuviera que dedicar todo su tiempo a persuadir a los banqueros de que le ampliaran los créditos, a engatusar a los constructores para que no interrumpieran el trabajo y a tratar de encontrar algún sentido en aquella pirámide de papeles. Se dio cuenta de que pronto lo tendrían sentado en el banquillo de los acusados y que el hombre de la toga negra le preguntaría:

—Diga la verdad, John Corcoran, ¿sabe usted leer?

Finalmente, en el otoño de 1986, a los cuarenta y ocho años, John hizo dos cosas que había jurado no hacer jamás. Puso su casa como garantía para obtener un último préstamo y se fue a la biblioteca de Carlsbad City a confesarle a la encargada del programa de educación que él no sabía leer.

Y se echó a llorar.

Una abuela de sesenta y cinco años, Eleanor Condit, fue su maestra. Esforzadamente, letra por letra, fonéticamente, ella se propuso enseñarle. En menos de catorce meses, su compañía inmobiliaria comenzó a recuperarse. John Corcoran estaba aprendiendo a leer.

El paso siguiente fue una confesión: un discurso en presencia de doscientos hombres de negocios azorados, atónitos, en San Diego. Para conseguir estar completamente curado debía implicarse al máximo. Se incorporó a la junta de directores del Programa de Alfabetización de San Diego y empezó a viajar por todo el país pronunciando discursos.

—¡El analfabetismo es una forma de esclavitud! —Clamaba—. No podemos perder el tiempo culpando a nadie. ¡Es necesario que nos concentremos en la idea de enseñar a leer a la gente!

Leía todas las revistas o libros que caían en sus manos, todas las señales de tráfico que encontraba, en voz alta, mientras Kathy lo observaba con paciencia. Era tan fantástico como cantar. Ahora, además, podía dormir tranquilo.

Un día se le ocurrió una cosa más que podía hacer, por fin. En una caja polvorienta que tenía en su despacho estaba aquel fajo de papeles atado con una cinta... un cuarto de siglo después, John Corcoran pudo leer las cartas de amor de su mujer.

Pamela Truax

*

Abraham Lincoln no se rendía

El sentimiento del deber está presente en todos nosotros. El deber de luchar es el deber de todos nosotros. Y yo me siento obligado por ese deber.

Abraham Lincoln

Probablemente el mayor ejemplo de perseverancia es el que nos ofreció Abraham Lincoln. Si queréis saber algo sobre alguien que no se rendía, no busquéis más lejos.

Nacido en la pobreza, Lincoln tuvo que enfrentarse a la derrota a lo largo de toda su vida. Perdió ocho elecciones, sus negocios quebraron en dos ocasiones y sufrió un colapso nervioso.

Podría haberse rendido muchas veces, pero no lo hizo, y gracias a esa persistencia llegó a ser uno de los presidentes más grandes de la historia de los Estados Unidos.

Lincoln fue un campeón y jamás se dio por vencido. He aquí un esbozo del camino que lo condujo a la Casa Blanca.

1816	Su familia se vio obligada a dejar su casa y él tuvo que trabajar para mantenerla.
1818	Su madre murió.
1831	Fracasó en sus negocios.
1832	Se presentó a elecciones para la legislatura y perdió.
1832	Perdió también su trabajo; quería ingresar en la facultad de derecho, pero no pudo.
1833	Pidió dinero prestado a un amigo para empezar un negocio y antes de fin de año estaba en la bancarrota. Durante los diecisiete años siguientes estuvo pagando aquella deuda.
1834	Volvió a presentarse a elecciones legislativas y ganó.
1835	Cuando estaba a punto de casarse, su novia murió y él quedó con el corazón destrozado.
1836	Tuvo un colapso nervioso y permaneció seis meses en cama.
1838	Intentó llegar al cargo de representante del estado y fue derrotado.
1840	Intentó llegar a elector y fue derrotado.
1843	Candidato al Congreso; derrotado.
1846	Nuevamente candidato al Congreso; esta vez ganó, fue a Washington y realizó un buen trabajo.

1848	Intentó ser funcionario en su estado natal; rechazado.
1854	Candidato al Senado de los Estados Unidos; perdió.
1856	Buscó la nominación vicepresidencial en la convención nacional de su partido, obteniendo menos de cien votos.
1858	Volvió a ser candidato al Senado; volvió a perder.
1860	Fue elegido presidente de los Estados Unidos.

El camino era difícil y resbaladizo. Resbalé, pero me recuperé, diciéndome que aquello era un resbalón y no una caída.

Abraham Lincoln,
después de no haber podido conseguir
un cargo de senador.

*

La lección de un hijo

La pasión de mi hijo Daniel por el *surfing* empezó cuando tenía doce años. Todos los días, antes y después de la escuela, se ponía el traje de buceo, se iba remando más allá de la línea de rompientes y competía con sus amigos. Por causa del amor de Daniel por su deporte sufrí una dura prueba aquella tarde fatídica.

—Tu hijo ha tenido un accidente —informó telefónicamente el salvavidas a mi marido, Mike.

—¿Es grave?

—Lo es. Cuando volvió a salir a la superficie la tabla le dio en el ojo.

Mike lo llevó a la sala de urgencias y de allí lo enviaron al quirófano de cirugía plástica. Le dieron veintiséis puntos de sutura, desde el ángulo del ojo al puente de la nariz.

Regresaba a casa tras cumplir un compromiso mientras a Dan le estaban operando el ojo. Mike fue directamente al aeropuerto cuando salieron de la consulta médica.

Cuando nos encontramos me dijo que Dan estaba esperando en el coche.

—¿Daniel? —pregunté. Recuerdo haber pensado que ese día las olas debían haber sido infames.

La peor de las pesadillas de una madre que viaja por razones laborales se había convertido en realidad. Corrí con tal rapidez hacia el coche que se rompió el tacón de un zapato. Abrí violentamente la puerta y ahí estaba mi hijo menor, con el ojo vendado, gritando:

—Oh, mamá, ¡cuánto me alegro de que hayas vuelto!

Y o me puse a llorar en sus brazos, diciéndole cuánto sentía no haber estado en casa cuando llamó el salvavidas.

—No tiene importancia, mamá —me consoló él—. De todas maneras, tú no sabes hacer *surf*.

—¿Cómo? —le pregunté, confundida por su lógica.

—Quedaré perfectamente. El doctor dice que en ocho días ya podré volver al agua.

¿Se había vuelto loco? Y o quería decirle que no iba a dejarle volver al agua hasta que cumpliera treinta y cinco años, pero me mordí la lengua y recé para que se olvidara del *surfing* para siempre.

Durante los siete días siguientes continuó insistiendo para que le permitiera volver al mar. Un día, después de haberle dicho enfáticamente que no por centésima vez, me ganó con mi propio juego.

—Mamá, tú nos enseñaste a no renunciar nunca a lo que amamos.

Me sobornó dándome un poema de Langston Hughes, enmarcado, que había comprado porque «le hacía pensar en mí».

LA MADRE AL HIJO

Bueno, hijo, te diré:
Para mí la vida no ha sido una escalera de cristal.
Ha tenido sus bemoles.
Y astillas
Y ramas con espinas
cuartos sin alfombrar, con el suelo
Desnudo.
Pero continuamente
Yo he seguido trepando
llegando a descansos
superando ángulos
andando a veces por la oscuridad
Donde no hay nada de luz.
Entonces, chico, no te des la vuelta,
No empieces a bajar los escalones
Porque te parezcan medio difíciles.
No te caigas ahora
Porque yo sigo andando, cariño,
Yo sigo trepando,
Y para mí la vida no ha sido
Una escalera de cristal.

Di mi brazo a torcer.

Entonces, Daniel no era más que un chico apasionado por el *surfing*. Ahora es un hombre responsable, que se encuentra entre los veinticinco mejores surfistas del mundo.

Fui puesta a prueba en mi propio terreno, en relación con un principio importante que enseñó a diferentes audiencias en ciudades lejanas: «Las gentes apasionadas abrazan aquello que aman y jamás renuncian a ello».

Danielle Kennedy

*

¿Fracaso? ¡Qué va! Sólo son contratiempos pasajeros

Ver las cosas en la semilla, eso es el genio.

Lao Tse

Si pudieras, lector, venir a visitarme a mi despacho en California, verías que, apoyada en una pared de la habitación, hay una hermosa fuente de soda antigua, de caoba y cerámica española, con nueve banquetas altas tapizadas en piel del estilo de las que solían tener las antiguas farmacias. ¿Te parece raro? Sí, pero es que si esas banquetas supieran hablar, te contarían la historia del día que estuve a punto de perder la esperanza y abandonar.

Fue durante un período de recesión, después de la segunda guerra mundial el trabajo escaseaba. Mí marido, el *cowboy* Bob, se había comprado una pequeña tintorería con dinero prestado. Teníamos dos bebés preciosos, una casa rodante, un coche y un montón de letras que pagar. Entonces se hundió todo. No había dinero para los pagos de la casa, ni para nada más.

Sentía que no tenía ningún talento especial, ninguna formación ni estudios universitarios. Tampoco tenía muy buena opinión de mí misma. Pero recordaba a alguien que me consideraba dotada de una cierta habilidad, mi maestra de inglés en el instituto, en la *Alhambra High School*. Fue ella quien me animó a que estudiara periodismo y me nombró directora de publicidad, además de redactora de los artículos de fondo en el periódico escolar. Ese recuerdo me hizo pensar: «Si pudiera escribir los anuncios por palabras del pequeño periódico semanal de nuestro pueblo, tal vez pudiera ganar lo suficiente para los pagos de la casa».

Como no tenía coche ni canguro, tenía que llevar a mis dos hijos en un destartalado cochecito de bebé. Continuamente perdía una rueda, pero yo la volvía a colocar golpeándola con el tacón del zapato y seguíamos andando. Estaba decidida a que mis hijos no se quedaran sin hogar con tanta frecuencia como me había sucedido a mí de niña.

Pero en las oficinas del periódico no había trabajo; por culpa de la recesión, claro. Entonces se me ocurrió una idea. Pregunté si podía comprar espacio publicitario al por mayor y venderlo en forma de anuncios por palabras. Estaban de acuerdo y más adelante me dijeron que sólo había creído que andaría una semana empujando aquel destartalado cochecito, pesadamente cargado, por aquellos campos y caminos de Dios antes de abandonar el intento, pero se equivocaron.

La idea de la columna en el periódico funcionó. Así conseguí ganar lo suficiente para seguir pagando la casa y, además, para comprar un viejo coche usado que había encontrado para mí *Cowboy* Bob. Entonces contraté a una estudiante para que me hiciera de canguro todas las tardes, de tres a cinco. Cuando el reloj daba las tres, salía

volando en busca de trabajo.

Una tarde oscura y lluviosa todos los posibles compradores de anuncios con que contaba me fallaron.

—¿Por qué? —pregunté, y me respondieron que se habían fijado en que Ruben Ahlman, el presidente de la Cámara de Comercio y propietario de la farmacia del pueblo, no me compraba anuncios. Su tienda era la más popular del pueblo y ellos respetaban su juicio.

—Tus anuncios no funcionan —me dijeron.

El alma me cayó a los pies. Con esos cuatro anuncios habría tenido resuelta la mensualidad de la casa. Entonces pensé que intentaría hablar una vez más con el señor Ahlman. Todo el mundo lo quería y lo respetaba. Seguro que me escucharía. Cada vez que había intentado hablar con él, me había rechazado; o «había salido» o no tenía tiempo. Sabía que si él empezaba a comprarme anuncios, los demás comerciantes del pueblo seguirían su ejemplo.

Esa vez, al entrar en la farmacia, Ahlman estaba allí, detrás del mostrador de preparación de recetas. Armada con mi mejor sonrisa, puse ante sus ojos mi preciosa «*Columna de compradores*», cuidadosamente destacada con el rotulador verde de mis hijos.

—En todo el pueblo respetan mucho su opinión, señor Ahlman —dije—. ¿Le importaría prestar atención a mi trabajo por un momento para que yo pueda decirles a los demás comerciantes lo que usted piensa?

Su boca se puso perpendicular, formando una U patas arriba. Sin decir palabra, sacudió enfáticamente la cabeza en ese gélido movimiento que significa «¡NO!». Mi corazón, destrozado, se me fue al suelo con un ruido sordo que, me pareció, todos los presentes debían de haber oído.

De pronto, todo el entusiasmo me abandonó. Conseguí llegar hasta la hermosa fuente de soda instalada a la entrada de la farmacia, con la sensación de que ya no me quedaban fuerzas para coger el coche y volver a casa. Como no quería sentarme sin tomar nada, eché mano de mis últimos diez centavos y, mientras pensaba desesperadamente qué podía hacer, pedí un refresco. ¿Acaso mis bebés se quedarían sin hogar, como tantas veces me había sucedido a mí de niña? ¿Se equivocaba mi maestra del instituto? ¿Quizá ese talento del que ella había hablado no era más que una fantasía? Los ojos se me llenaron de lágrimas.

A mi lado, una voz cordial me preguntó:

—¿Qué es lo que pasa, muchacha?

Al levantar los ojos me encontré con el rostro bondadoso de una señora de hermoso pelo gris. Le conté mi historia, que concluí diciendo:

—Pero el señor Ahlman, a quien todos respetan tanto, no quiere prestarle atención a mi trabajo.

—Déjame ver esa «*Columna de compradores*»... —me dijo; tomó la hoja del periódico que yo tenía toda marcada y la leyó cuidadosamente. Después giró sobre sí

misma, todavía sentada en el taburete, se puso de pie, miró hacia el mostrador de recetas y, con una voz autoritaria que se podía haber oído en toda la manzana, dijo:

—Ruben Ahlman, ¡ven aquí!

¡Era la señora Animan!

Le dijo que me comprara el anuncio y a él la boca se le transformó en una gran sonrisa. Luego ella me preguntó quiénes eran los cuatro comerciantes que me habían rechazado, se encaminó al teléfono y los fue llamando uno por uno. Me dio un gran abrazo y me dijo que estaban esperando que yo fuera a buscar sus anuncios.

Ruben y Vivian Ahlman se convirtieron en nuestros amigos, y también en firmes clientes de mis anuncios. Me enteré de que Rubén era un hombre encantador, cliente de todo el mundo. Había prometido a Vivian que no seguiría comprando anuncios y estaba tratando de mantener su palabra. Si yo hubiera preguntado a otras gentes del pueblo, podría haberme enterado de que debería haber hablado desde el principio con la señora Ahlman. Aquella conversación en los taburetes de la fuente de soda fue decisiva. Mi negocio publicitario prosperó y creció hasta ocupar cuatro despachos, con doscientos ochenta y cinco empleados que estaban continuamente atendiendo cuatro mil cuentas de publicidad.

Más adelante, cuando el señor Ahlman modernizó la vieja farmacia y retiró la fuente de soda, mi querido esposo Bob la compró para instalarla en mi despacho. Si estuvierais aquí, en California, nos sentaríamos juntos en los taburetes, yo os serviría un refresco y os recordaría que nunca hay que abandonar, que hay que pensar que la ayuda está siempre más próxima de lo que pensamos.

Además, os diría que, si no podéis comunicaros con una persona importante, busquéis más información. Intentad otra vía de acceso. Buscad a alguien que pueda comunicarse en vuestro nombre con el respaldo de una tercera persona. Finalmente, os ofrecería unas palabras, chispeantes y animosas, de Bill Marriott, propietario de una cadena de hoteles:

¿Fracaso? Jamás he tropezado con él.

Lo único que he encontrado fueron problemas pasajeros.

Dottie Walters

*

Lo que estoy esperando para ser más creativo es...

- inspiración
- permiso
- seguridad
- que el café esté preparado
- que me toque a mí
- alguien para quitar los obstáculos
- conocer todas las reglas
- que cambie alguien
- *fairways* más anchos
- venganza
- que los riesgos sean menores
- más tiempo
- tener una amistad que me ayude a:
- mejorar,
- terminar y
- suceder
- la persona adecuada
- un desastre
- que el tiempo casi se acabe
- un claro cabeza de turco
- que los niños se marchen de casa
- un índice Dow Jones de 1500
- que el león se acueste con el cordero
- consenso mutuo
- un tiempo mejor
- un horóscopo más favorable
- que me devuelvan la juventud
- el aviso de dos minutos
- cambios en la abogacía
- edad para tener derecho a ser excéntrico
- mañana
- de jota para arriba
- mi chequeo anual
- un mejor círculo de amigos
- mayores riesgos
- que empiece el trimestre

- que mi camino no tenga obstáculos
- que el gato pare de arañar el sofá
- ausencia de riesgo
- que el perro del vecino se marche de la ciudad
- que mi tío vuelva del servicio militar
- que alguien me descubra
- protecciones más seguras
- pagar menos impuestos
- que no hayan más leyes de las limitaciones
- que se mueran mis padres (es un chiste)
- una vacuna para el Sida y los herpes
- que no existan las cosas que no entiendo o no apruebo
- que no haya más guerras
- reavivar mi amor
- que alguien esté pendiente de mí
- instrucciones escritas con claridad
- mejores métodos anticonceptivos
- que termine esta época
- que se acabe la pobreza, la injusticia, la crueldad, la traición, la incompetencia, la sordidez, el crimen y las actitudes ofensivas
- que caduquen las patentes de los competidores
- que vuelva *Chicken Little*^[1]
- que mis subordinados maduren
- mejorar mi ego
- esperar a que salga el sol
- esperar que llegue mi nueva tarjeta de crédito
- esperar que venga el afinador de pianos
- que se termine esta reunión
- aclarar mis cuentas
- que se termine mi subsidio del paro
- que llegue la primavera
- que me devuelvan el traje de la tintorería
- volver a tener autoestima
- una señal del Cielo
- no tener que pasarle más pensión a mi mujer
- que las joyas de brillantez que enterré en mis primeros esfuerzos por ser reconocido sean aplaudidas y sustancialmente recompensadas para que pueda escribir tranquilamente un segundo borrador
- una nueva versión de *Robert's Rules of Order*^[2]

- dejar de tener dolores físicos
- que la cola del banco sea más corta
- que el viento sea más fresco
- que mis hijos piensen más en los demás, que sean ordenados, obedientes e independientes
- que llegue la próxima estación
- que alguien más meta la pata
- que mi vida sólo sea un ensayo, con algunos cambios en el guión antes de la noche del estreno
- que prevalezca la lógica
- una segunda vida
- que nadie me chupe cámara
- que llegue mi oportunidad
- un mejor desodorante
- terminar mi tesis
- un lápiz con punta
- esperar que el banco me dé la conformidad de mis cheques
- que vuelva mi mujer, mi película o mi bumerán
- que el médico me vea sano, que mi padre me dé permiso, que mi confesor me dé su bendición y que mi abogado diga que sí
- la mañana
- que California se hunda en el océano
- una época menos turbulenta
- que venga el hombre de las nieves
- poder llamar a cobro revertido
- un siniestro total en mejores condiciones
- que disminuyan mis deseos de fumar
- que suba el impuesto municipal
- que baje el impuesto municipal
- que los impuestos municipales se estabilicen
- que quede claro el testamento de mi abuelo
- que bajen los precios de los hoteles durante los fines de semana
- una chuleta
- ir tú primero

David B. Campbell

*

Todo el mundo puede hacer algo

La diferencia básica entre un hombre corriente y un guerrero es que un guerrero se enfrenta a todo como un reto, en tanto que un hombre corriente se lo toma todo como una bendición o como una maldición.

Don Juan

Roger Crawford tenía todo lo que necesitaba para jugar al tenis; sólo le faltaban dos manos y una pierna.

Cuando los padres de Roger vieron por primera vez a su hijo, vieron un bebé con algo parecido a un pulgar que salía directamente de su antebrazo derecho, y un pulgar y otro dedo de su antebrazo izquierdo. Los brazos y las piernas del bebé estaban atrofiados, no tenía más que tres dedos en el deformado pie derecho y una pierna izquierda que más adelante hubo que amputar.

El médico dijo que Roger padecía ectrodactilismo, un raro defecto de nacimiento que sólo afectaba a uno de cada noventa mil niños nacidos en los Estados Unidos. Dijo que probablemente Roger jamás podría caminar ni valerse por sí mismo.

Afortunadamente, los padres de Roger no le creyeron.

—Mis padres siempre me enseñaron que uno es solamente tan disminuido como acepta serlo —cuenta Roger—. Jamás me permitieron que me compadeciera de mí mismo ni que, debido a mi desventaja, me aprovechara de la gente. Una vez me vi en dificultades porque en la escuela siempre acababa tarde mis trabajos —explicaba Roger, que tenía que sujetar el lápiz con ambas «manos» para escribir—. Le pedí a papá que escribiera una nota a mis maestros pidiéndoles que me ampliaran en dos días el tiempo para hacer los deberes. ¡En cambio, él me obligo a empezarlos dos días antes!

El padre de Roger siempre lo estimuló para que participara en los deportes; le enseñó a atrapar y devolver una pelota de voleibol, a jugar al fútbol en el patio después de clase. A los doce años, Roger se las arregló para que le asignaran un puesto en el equipo de fútbol de la escuela.

Antes de cada partido, Roger acostumbraba a visualizar su sueño de anotar un tanto y un día llegó su oportunidad. La pelota le cayó en las manos y, con su pierna artificial, echó a correr tan rápido como pudo hacia la línea de gol, mientras el entrenador y sus compañeros lo vitoreaban con todas sus fuerzas. Pero, al llegar a la línea de las diez yardas, un grandullón del equipo contrario lo alcanzó y lo cogió por el tobillo izquierdo. Roger intentó zafar la pierna postiza de las manos del otro, pero lo que consiguió fue que éste se la arrancara.

—Todavía seguía en pie —recuerda Roger— y, como no sabía qué hacer, empecé a saltar con una pierna, hacia la línea de gol. El arbitro vino corriendo y levantando

las manos. «¡Ensayo!», gritó. Me gustó más ver la expresión del chico que se había quedado con mi prótesis en la mano, que marcar aquellos seis puntos.

El entusiasmo deportivo de Roger fue en aumento, al igual que su confianza en sí mismo, pero su decisión no le alcanzaba para vencer todos los obstáculos. Almorzar en el comedor colectivo mientras los demás chicos veían su torpeza le resultaba sumamente doloroso, lo mismo que sus repetidos fracasos en la clase de mecanografía.

—En aquella clase aprendí una lección muy valiosa —decía Roger—, es decir, que como no puedes hacerlo todo, lo mejor es que te concentres en lo que sí puedes hacer.

Lo que él sí podía hacer era manejar una raqueta de tenis. La pena era que, cuando asestaba un golpe fuerte, la raqueta se le escapaba y salía volando. Por casualidad, en una tienda de deportes, encontró una raqueta de aspecto raro y al probarla descubrió que su dedo encajaba en una hendidura que tenía el mango, con lo cual ya podía ejecutar el revés y la volea como un jugador normal. Empezó a practicar todos los días y no tardó en estar jugando (y perdiendo) partidos.

Pero Roger persistió. Practicaba sin pausa, y también sin pausa jugaba. Una operación en los dos dedos de la mano izquierda le permitió sujetar mejor su raqueta, con lo cual mejoró mucho su juego. Y, aunque no tenía ningún modelo que le sirviera de guía, estaba tan obsesionado con el tenis que con el tiempo empezó a ganar.

En la universidad siguió practicando y consiguió terminar su carrera con veintidós partidos ganados y once perdidos. Más adelante, llegó a ser el primer jugador físicamente disminuido que consiguió el certificado de profesional de la enseñanza otorgado por la Asociación de Profesionales del Tenis de los Estados Unidos. En la actualidad, Roger recorre todo el país dando charlas y conferencias sobre lo que se necesita para ser un triunfador, no importa quién seas.

—La única diferencia entre vosotros y yo es que vosotros podéis ver mi desventaja, pero yo no puedo ver las vuestras. Estoy seguro de que todos las tenemos. Cuando la gente me pregunta cómo he podido superar mi problema físico, les digo que no he superado nada. Simplemente he aprendido qué es lo que no puedo hacer... como tocar el piano o comer con palillos, y también, algo mucho más importante, lo que sí puedo hacer y eso, lo que puedo, lo hago con todo mi corazón.

Jack Canfield

*

Sí que puedes

La experiencia no es lo que le sucede a alguien, sino lo que esa persona aprende de lo que le ha sucedido.

Aldous Huxley

¿Qué harías si, a los cuarenta y seis años, te quedaras desfigurado hasta lo irreconocible por un terrible accidente de moto y, cuatro años después, como consecuencia de un accidente de aviación, te vieras paralítico de cintura para abajo? ¿Puedes imaginarte, entonces, siendo millonario, un orador público reconocido, un feliz recién casado que, además, triunfa en el mundo de los negocios? ¿Cómo verías la probabilidad de convertirte en un practicante de deportes de riesgo o en un candidato a un cargo político?

W. Mitchell ha hecho todas esas cosas, y muchas más, después de que dos accidentes horribles le dejaran la cara como una colcha de injertos de piel, las manos sin dedos y las piernas descarnadas e inmóviles en una silla de ruedas.

Las dieciséis operaciones a que se sometió después de quemarse más del sesenta y cinco por ciento del cuerpo en el accidente de moto, lo dejaron sin poder utilizar un tenedor, marcar un número de teléfono o ir al lavabo sin ayuda. Pero Mitchell, antes infante de marina, no se dio jamás por vencido.

—El que está a cargo de mi nave espacial soy yo —decía—. Soy el que llevo los mandos. El que sube y baja soy yo. Yo puedo decidir si veo mi situación como una desventaja o como un punto de partida.

Seis meses después estaba nuevamente pilotando un avión.

Se compró una casa de estilo *Victoriano* en Colorado, un poco de tierra, un avión y un bar. Más tarde, junto con dos amigos, fundó un equipo para crear una empresa que fabricaba estufas de leña y que llegó a ser la segunda empresa privada del estado de Vermont y a dar empleo a gran cantidad de personas.

Cuatro años después del accidente de moto, el avión que pilotaba Mitchell se estrelló contra la pista durante el despegue, aplastándole las doce vértebras dorsales y dejándole como secuela una parálisis permanente de cintura para abajo.

—Aquello me dejó pensando qué demonios me pasaba. ¿Qué había hecho yo para merecer todo eso?

Impertérrito, Mitchell trabajó día y noche para recuperar toda la independencia posible. Lo eligieron alcalde de Crestsed Butte, Colorado, para salvar al pueblo de la explotación minera que terminaría por arruinarlo desde el punto de vista estético y ecológico. Posteriormente, se presentó como candidato al Congreso, para lo cual sacó partido de sus desventajas proclamando, por ejemplo, que no era uno de los muchos políticos con buen aspecto.

A pesar de la impresión inicial que producía su aspecto y sus problemas físicos, Mitchell empezó a practicar vela, se enamoró y se casó, estudió hasta conseguir un título de administrador público y continuó volando sin dejar tampoco de mantener su actividad en relación con el medio ambiente ni de hablar en público.

Su fuerte actitud mental positiva le ha dado ocasión de aparecer en diversas programas de radio y televisión en los Estados Unidos, y de publicar editoriales y artículos de fondo en publicaciones como *Parade*, *Time*, *The New York Times* y otras.

—Antes de quedarme paralítico, había diez mil cosas que no podía hacer —dice Mitchell—, y ahora hay nueve mil. Puedo elegir entre quedarme pensando en las mil que perdí o concentrarme en las nueve mil que me quedan. Siempre le digo a la gente que he recibido dos grandes golpes en la vida y que si opto por no usarlos como excusas para abandonar, entonces tal vez pueda mirar desde otro ángulo las cosas que están queriendo desanimarme. Siempre se puede dar un paso atrás, tener una visión más amplia y terminar diciéndose que tal vez las cosas no sean tan graves.

Recuerda: lo que importa no es lo que te sucede, sino la forma en que tú reacciones.

Jack Canfield y Mark V. Hansen

*

¡Corre, Patti, corre!

Patti Wilson era todavía muy pequeña cuando su médico le dijo que era epiléptica. A su padre, Jim Wilson, le encantaba salir a correr cada mañana. Un día, en su adolescencia, ella le sonrió y, a pesar de su dispositivo ortopédico, le dijo:

—Papá, me encantaría salir a correr contigo todos los días, pero me temo que me darían calambres.

—En ese caso, sé lo que podemos hacer, de modo que ¡adelante!

Y eso era lo que hacían todos los días. Para ellos era una experiencia gratísima de compartir y ella no sentía absolutamente ningún calambre mientras corría.

—Papá —confió a su padre después de algunas semanas—, lo que en realidad me gustaría es superar el récord mundial de fondo en categoría femenina.

Él se fijó en el Libro Guinness de los récords y comprobó que la mayor distancia que había corrido una mujer eran unos 128 kilómetros. Nada más comenzar el curso en la escuela secundaria, Patti anunció que iba a correr desde el condado de Orange hasta San Francisco, una distancia de 644 kilómetros.

—El próximo año —continuó—, pienso correr hasta Portland, Oregon, 2400 kilómetros. Cuando comience mis clases en la universidad correré hasta San Luis, unos 3200 kilómetros; y cuando termine mis estudios correré hasta la Casa Blanca, más de 4800 kilómetros.

A pesar de sus problemas físicos, Patti era tan ambiciosa como entusiasta; decía que, para ella, su epilepsia no era más que un simple «inconveniente». No se concentraba en lo que había perdido, sino en lo que le quedaba.

Ese año terminó su carrera a San Francisco con una camiseta que proclamaba «Adoro a los epilépticos». Su padre corrió junto a ella desde el primero al último kilómetro, y su madre, enfermera, los siguió en una caravana por si a alguno de los dos les pasaba algo.

En su segundo año los compañeros de clase de Patti fueron tras ella. Habían preparado un gigantesco cartel que decía: «¡Corre, Patti, corre!». Desde entonces, esta frase es su lema y además el título de un libro que ha escrito. En su segunda carrera, mientras iba corriendo hacia Portland, se fracturó un hueso del pie y un médico le dijo que debía abandonar porque, de no inmovilizar la fractura, el daño sería permanente.

—Doctor, usted no me entiende —fue su respuesta—. Esta carrera no es un simple capricho, ¡es una obsesión magnífica! No lo hago simplemente por mí, sino para romper las cadenas cerebrales que limitan a tantas personas. ¿No hay manera de que pueda seguir corriendo?

Entonces le dio una opción. Le dijo que en vez de un vendaje de escayola podía hacérselo con venda adhesiva, pero le advirtió que sería increíblemente doloroso.

Patti le dijo que lo hiciera.

Terminó la carrera a Portland corriendo los últimos 1500 metros con el gobernador del estado de Oregon. Tal vez hayáis visto los titulares: «*La súper corredora Patti Wilson termina el maratón para epilépticos el día que cumple diecisiete años*».

Tras haber pasado cuatro meses corriendo casi continuamente de la Costa Oeste a la Costa Este de los Estados Unidos, Patti llegó a Washington para estrechar la mano del presidente de los Estados Unidos, a quien dijo: «*quería que la gente supiera que los epilépticos somos seres humanos normales que llevamos una vida normal*».

No hace mucho, conté este episodio en uno de mis seminarios y después un hombrón se me acercó, con los ojos llenos de lágrimas y tendiéndome su recia manaza, para decirme:

—Mark, soy Jim Wilson, y acabas de hablar de mi hija.

Me contó que, con sus nobles esfuerzos, Patti había conseguido reunir el dinero suficiente para abrir diecinueve centros para epilépticos repartidos por todo el país.

Si Patti Wilson es capaz de hacer tanto con tan poco, ¿qué no podréis hacer vosotros, los que estáis perfectamente bien, para superaros continuamente como ella?

Mark V. Hansen

*

El poder de la determinación

La calefacción de la pequeña escuela rural estaba a cargo de una antigua y barrigona estufa de carbón. Uno de los niños era el encargado de llegar temprano todos los días para encender el fuego y tener caldeada el aula antes de que llegaran su maestro y sus compañeros.

Una mañana, al llegar, se encontraron con la escuela ardiendo. A rastras, sacaron al pequeño, inconsciente y más muerto que vivo, del pequeño edificio en llamas. Tenía importantes quemaduras en la parte inferior del cuerpo, y lo llevaron inmediatamente al hospital.

Desde su cama, medio inconsciente, el niño apenas alcanzó a oír cómo el médico explicaba a su madre que, con seguridad, su hijo moriría, y que en realidad eso sería lo mejor, ya que el fuego le había afectado terriblemente la mitad inferior del cuerpo.

Pero el valiente chiquillo no quería morir y mentalmente tomó la decisión de que sobreviviría. Sin que el asombrado médico entendiera cómo, sobrevivió. Una vez pasado el peligro de muerte, volvió a oír que el médico hablaba en voz baja con su madre, diciéndole que como el fuego le había destruido tanto la musculatura de la parte inferior del cuerpo, casi habría sido mejor que muriera, ya que la imposibilidad de valerse de las piernas lo condenaba a ser un inválido toda su vida.

Una vez más, el valiente muchacho decidió que él no sería un tullido. Volvería a caminar. Pero, lamentablemente, de cintura para abajo no conservaba ninguna capacidad motriz. Las delgadas piernas solamente le colgaban del cuerpo, sin rastro alguno de vida. Finalmente, le dieron el alta en el hospital. Todos los días, su madre le masajeaba las piernas, pero él no sentía nada. Mas su determinación de volver a caminar era tan fuerte como siempre.

Cuando no estaba en cama, estaba atado a una silla de ruedas. Un día soleado, su madre lo sacó al jardín para que respirara un poco de aire fresco y ese día, en vez de quedarse sentado, se tiró al suelo y poco a poco fue desplazándose, aferrándose al césped, con sus piernas a rastras.

Consiguió llegar hasta la cerca de madera blanca que bordeaba el jardín y se levantó con gran esfuerzo, sosteniéndose con los barrotes. Una vez logrado esto, empezó a recorrerla, apoyándose en las estacas blancas, una tras otra, con la firme determinación de volver a caminar. Siguió haciendo lo mismo todos los días hasta que, en su ir y venir, despejó junto a la empalizada un estrecho sendero que rodeaba todo el jardín. No había en el mundo nada que él deseara más que devolver la vida a aquellas piernas.

Finalmente, gracias a los masajes de su madre, a su propia y férrea persistencia y a su tenaz determinación, consiguió mantenerse en pie, después caminó con un andar vacilante, luego lo hizo sin apoyo y finalmente, consiguió correr.

Empezó a ir a la escuela andando y después corriendo... corriendo por el puro placer de correr. Más tarde, ya en la universidad, se integró en el equipo de corredores.

Finalmente, en el *Madison Square Garden*, aquel joven de quien no se había esperado que sobreviviera, que seguramente jamás podría volver a andar, que jamás podría tener esperanzas de correr... aquel muchacho de férrea decisión corrió... ¡y ganó!, el campeonato mundial de 1500 metros lisos.

Burt Dubin

*

La fe

Los minusválidos somos gente con mucho aguante. Si no lo fuéramos, no andaríamos por el mundo. Sí, somos gente de aguante. En muchos sentidos, contamos con la bendición de un espíritu y un tesón que no a todos les es dado.

Debo decir que esta negativa a aceptar total o plenamente nuestra propia incapacidad se conecta con una sola cosa... con la fe, con una fe casi divina.

En la sala de recepción del Instituto de Medicina y Rehabilitación Física, sobre el East River, en el 400 Este de la calle Treinta y Cuatro, en la Ciudad de Nueva York, hay una placa de bronce que está fijada a la pared. Durante los meses que pasé acudiendo al Instituto para el tratamiento, dos o tres veces por semana, atravesé muchas veces la recepción con mi silla de ruedas, al entrar y al salir. Pero nunca me paré para acercarme a leer las palabras escritas sobre esa placa que, según se dice, fueron escritas por un desconocido soldado de la Confederación. Hasta que, finalmente, una tarde lo hice. Las leí y las volví a leer. Cuando terminé la lectura por segunda vez, me sentía a punto de estallar... no de desesperación, sino por un resplandor interior que me obligaba a aferrarme a los brazos de mi silla de ruedas. Me gustaría compartir esta experiencia con vosotros.

Un credo para los que habéis sufrido

Le pedí fuerzas a Dios, para poder concretar mis logros. Y Él me debilitó, para que aprendiera humildemente a obedecer...

Le pedí salud para poder hacer grandes cosas. Y me dio enfermedad y dolor para que pudiera hacerlas mejores...

Le pedí riquezas para llegar a ser feliz. Y me otorgó la pobreza para que aprendiera a ser sabio...

Le pedí el poder, para así obtener el elogio de los hombres.

Me concedió la debilidad, para que llegara a necesitarlo...

Le pedí todas las cosas, para poder disfrutar de la vida. Me dio la vida, para que pudiera disfrutar de todas las cosas...

No conseguí nada de lo que pedía... pero obtuve todo lo que había esperado.

Casi a pesar de mí mismo, mis inexpresables plegarias fueron escuchadas.

¡Soy, entre los hombres, el más ricamente bendecido!

Roy Campanella

*

Salvó 219 vidas

Betty Tisdale es una heroína mundial. Cuando, en abril de 1975, volvió a encenderse la guerra en Vietnam, Betty supo que tenía que salvar a cuatrocientos huérfanos que estaban a punto de ser arrojados a la calle. Antes, con su exmarido, el coronel y pediatra Patrick Tisdale, un viudo que ya tenía cinco hijos, habían adoptado a cinco huérfanas vietnamitas.

Como médico naval de los Estados Unidos en Vietnam, en 1954, Torn Dooley ya había ayudado a que los refugiados huyeran de los soldados comunistas. «Realmente tengo la sensación de que Tom Dooley era un santo. Su influencia cambió mi vida para siempre», dice Betty. Tras haber leído el libro de Dooley, Betty tomó sus ahorros de toda la vida e hizo catorce viajes a Vietnam durante sus vacaciones, para visitar y trabajar en los hospitales y orfanatos que él había fundado. Mientras estaba en Saigón se enamoró de los huérfanos de *An Lac* (Lugar Feliz), dirigido por *Madame Vu Thi Ngai*, que después fueron evacuados por Betty el día de la caída de Vietnam y regresaron con ella a Georgia para vivir con ella y sus diez hijos.

Cuando Betty, una de esas personas que lo hacen todo con decisión y van inventando las soluciones a medida que se plantean los problemas, se dio cuenta de la difícil situación de los cuatrocientos niños, se puso en marcha con la velocidad de un cohete. Llamó a *Madame Ngai* y le dijo sin titubear que iría a buscar a los niños, se los llevaría a los Estados Unidos y conseguiría que todos fueran adoptados. No sabía cómo lo haría; sólo sabía que lo haría. Más adelante, en *Los niños de An Lac*, un documental sobre la evacuación, Shirley Jones presentó un retrato de Betty.

En un abrir y cerrar de ojos, Betty se puso a mover montañas. Reunió el dinero necesario, de mil maneras diferentes. Simplemente, decidió hacerlo y lo hizo. Dice que el solo hecho de imaginarse a todos esos bebés creciendo en buenos hogares cristianos en Norteamérica y no bajo el comunismo, fue una motivación suficiente.

El domingo partió hacia Vietnam desde *Fort Benning*, en Georgia, llegó el martes a Saigón y, milagrosamente (sin haber dormido), superó todos los obstáculos que podrían haber impedido que los cuatrocientos niños salieran del aeropuerto de Saigón el sábado por la mañana. Sin embargo, a su llegada, el doctor Dan, director de Bienestar Social de Vietnam, anunció sin previo aviso que sólo aprobaría la salida de los niños menores de diez años y que todos debían tener sus certificados de nacimiento. Betty no tardó en descubrir que los huérfanos de guerra ya tienen bastante suerte con estar vivos: no tienen certificado de nacimiento.

Se dirigió al departamento de pediatría del hospital, obtuvo doscientos veinticinco certificados de nacimiento y, sin pérdida de tiempo, inventó fecha, hora y lugar de nacimiento para los doscientos diecinueve niños menores de diez años que podría llevar con ella.

—No tengo idea de cuándo y dónde nacieron, ni de quiénes eran sus padres. No hice más que inventar sus certificados de nacimiento.

Los certificados eran la única esperanza que tenían de poder partir sanos y salvos, de tener un futuro en libertad. Debía resolverlo entonces o nunca.

Después necesitaba un lugar donde albergar a los huérfanos una vez evacuados... Los militares de Fuerte *Benning* se resistieron, pero Betty se impuso brillante y tenazmente. Ante la imposibilidad, pese a su persistencia, de contactar telefónicamente con el Comandante en Jefe, llamó al despacho del Secretario del Ejército, Bo Callaway, cuya obligación como militar también consistía en no responder a las llamadas de Betty, por más urgentes que fueran y por más vidas que estuvieran en juego. Sin embargo, Betty no se dio por vencida. Ya había llegado demasiado lejos y había hecho demasiado para dejarse detener. Entonces, como Callaway era de California, llamó a su madre para defender su causa. El fervor con que Betty le pintó la situación y le pidió ayuda, consiguió que, prácticamente a la mañana siguiente, su hijo, el Secretario del Ejército, respondiera, comunicándole que los huérfanos de *An Lac* podían usar como hogar provisional el edificio de la escuela en Fort Benning.

Pero todavía estaba por cumplirse la hazaña de conseguir que los niños salieran de Vietnam. Cuando llegó a Saigón, Betty fue inmediatamente a ver al Embajador, Graham Martin, y le rogó que consiguiera algún transporte para los niños. Ya había intentado contratar un vuelo chárter, pero la compañía de seguros le había exigido una cantidad tan elevada que le había sido imposible negociarlo. El embajador se mostró dispuesto a ayudarlo si se gestionaban todos los papeles a través del gobierno de Vietnam. El doctor Dan firmó los últimos papeles, literalmente, cuando los niños ya estaban subiendo a bordo de los dos aviones de la fuerza aérea.

Los huérfanos estaban desnutridos y enfermos. La mayoría jamás habían salido del orfanato y estaban asustados. Betty había pedido a un grupo de soldados y a la tripulación del avión que le ayudaran a entretenerlos durante el vuelo, a transportarlos y alimentarlos. Es increíble la profundidad y la fuerza con que la situación llegó al corazón de los voluntarios, para que, aquel hermoso sábado, doscientos diecinueve niños pudieran ser transportados hasta la libertad. Todos ellos lloraron de júbilo y de agradecimiento por haber contribuido de forma tangible al logro de aquella hazaña.

Tratar con las líneas de vuelos chárter desde Filipinas fue una nueva heroicidad. Un vuelo de *United Airlines* costaba 21 000 dólares. El doctor Tisdale, que tanto quería a los huérfanos, salió como garante del pago. Si Betty hubiera tenido más tiempo, quizá lo habría conseguido gratis, pero el tiempo era un factor tan importante que debió transigir.

Un mes antes de haber llegado a los Estados Unidos, todos los niños estaban adoptados. La *Tressler Lutheran Agency* de York, en Pennsylvania, que se especializa en conseguir la adopción de niños minusválidos, encontró un hogar para cada huérfano.

Betty ha demostrado en repetidas ocasiones que se puede hacer cualquier cosa si uno está, simplemente, dispuesto a pedir, a no aceptar un «no» por respuesta, a hacer todo lo que sea necesario y a perseverar.

Como dijo una vez el doctor Tom Dooley: *«Se necesita gente común para hacer cosas fuera de lo común»*.

Jack Canfield y Mark V. Hansen

*

¿Es que no vas a ayudarme?

En 1989 un terremoto de magnitud 8,2 grados en la escala de Richter arrasó Armenia, matando a más de 30 000 personas en menos de cuatro minutos.

En medio de la total devastación y el caos, un padre dejó a su mujer segura en casa para correr hasta la escuela, donde esperaba encontrar a su hijo. Al llegar allí descubrió que el edificio estaba destruido hasta los cimientos.

Pasado el traumático impacto inicial, recordó la promesa que había hecho a su hijo: «Pase lo que pase, ¡yo siempre estaré contigo para ayudarte!» y las lágrimas empezaron a asomar en sus ojos.

Al mirar el montón de escombros que antes había sido la escuela, la situación parecía desesperada, pero él seguía recordando lo que había prometido a su hijo.

Empezó a concentrarse en el recorrido que hacía cada mañana al llevar a su hijo a la escuela. Al recordar que el aula del pequeño estaba en la esquina de la derecha, al fondo del edificio, fue allí corriendo y se puso a escarbar entre los escombros. Mientras lo hacía llegaron, desolados, otros padres y madres que, con las manos sobre el corazón, clamaban por sus hijos. Otros más, con ánimo bienintencionado, intentaron apartarlo de lo que quedaba de la escuela, diciéndole:

—¡Es demasiado tarde!

—¡Ya están muertos!

—¡No podemos ayudarles!

—¡Volvamos a casa!

—Debemos enfrentarnos a la realidad, ¡no se puede hacer nada!

—¡Así no hará más que empeorar las cosas!

A cada uno, él le respondía con un...

—Pero ¿va usted a ayudarme o no? —Y seguía excavando, piedra tras piedra, para rescatar a su hijo.

Apareció el jefe de bomberos e intentó arrancarlo de las ruinas de la escuela, diciéndole que empezaban a producirse incendios y que por todas partes se oían explosiones.

—Está usted en peligro —le dijeron—. De esto nos ocuparemos nosotros. Váyase a casa.

A lo cual el preocupado padre no respondía más que:

—¿Va usted a ayudarme o no?

Llegó la policía y le dijo:

—Usted está colérico y angustiado, y esto se acabó. Está poniendo en peligro a los demás. ¡Váyase a casa, nosotros nos ocuparemos!

Y él les replicó:

—¿Vais a ayudarme o no?

Nadie le ayudó.

Valientemente, el hombre siguió luchando solo, porque necesitaba saber si su hijo estaba vivo o muerto.

Estuvo ocho horas cavando... después doce... veinticuatro... treinta y seis... y cuando ya llevaba treinta y ocho horas, al retirar un gran trozo de piedra, oyó la voz de su hijo y lo llamó con todas sus fuerzas:

—¡ARMAND!

Después oyó su respuesta:

—¿Papá? ¡Soy yo, papá! Ya les dije a los otros chicos que no se preocuparan. Les dije que si tú todavía estabas vivo me salvarías y que cuando tú me salvaras, ellos también estarían a salvo. Tú me prometiste que pasara lo que pasara, tú siempre estarías conmigo. ¡Y estás aquí, papá!

—¿Cómo están? —preguntó el padre.

—Aquí estamos catorce de los treinta y tres alumnos de la clase, papá. Tenemos miedo, hambre y sed, pero gracias a Dios estás aquí. Cuando se derrumbó el edificio formó una cuña, una cámara de aire que nos salvó la vida.

—Ven, muchacho, ¡sal fuera!

—¡No, papá! Que salgan primero los demás chicos, ¡yo sé que tú me sacarás! ¡Sé que pase lo que pase, tú me rescatarás!

Mark V. Hansen

*

Sólo una vez más

Hay una novela inglesa del siglo XIX que transcurre en un pueblecito gales donde todos los años, desde hace más de quinientos, el pueblo entero se reúne en la iglesia a rezar en Nochebuena. Poco antes de medianoche encienden faroles y, entonando himnos y canciones navideñas, recorren varios kilómetros por un sendero en medio del campo hasta llegar a una vieja choza de piedra abandonada. Allí colocan las figuras del nacimiento, con pesebre y todo. Y con su sencilla piedad, se arrodillan a rezar. Con sus himnos entibian el aire gélido de diciembre. Todos los habitantes del pueblo que pueden andar están allí.

Hay un mito en ese pueblo, la creencia de que si todos los habitantes están presentes la víspera de Navidad y todos rezan con auténtica fe, entonces y sólo entonces, al dar las campanadas de medianoche, se producirá el Segundo Advenimiento. Durante quinientos años han acudido, año tras año, a rezar a esas ruinas de piedra; pero el Segundo Advenimiento nunca se ha producido.

A uno de los personajes principales de la novela le preguntan:

—¿Crees que Él volverá a nacer, en Nochebuena, aquí en nuestro pueblo?

—No —responde el interpelado, meneando tristemente la cabeza—. No, no lo creo.

—Entonces, ¿por qué acudes todos los años? —Pregunta el curioso.

—Ah, ¿y si fuera yo el iónico que no está allí cuando suceda? —Es la sonriente respuesta.

Pues sí que es poca la fe que tiene, ¿verdad? Pero alguna tiene. Como dice el Nuevo Testamento, con que sólo tengamos una fe de tamaño de un grano de mostaza, será suficiente para entrar en el Reino de los Cielos. A veces, cuando trabajamos con niños con problemas, con jóvenes en situaciones de riesgo, adolescentes perturbados, adultos alcohólicos o agresivos o con parejas, amigos o clientes deprimidos o con tendencias suicidas... en esos momentos es cuando necesitamos esa pequeña brizna de fe que conservaba aquel hombre que cada Nochebuena regresaba a la ruinosa cabaña de piedra. Sólo una vez y nada más. Sólo la próxima vez, quizá entonces se produzca el gran acontecimiento.

A veces, algo nos llama a trabajar con personas que otros han considerado sin solución. Quizá incluso hayamos llegado a la conclusión de que no hay posibilidad de que crezcan ni de que cambien. Es en ese momento cuando, si somos capaces de encontrar la más leve brizna de esperanza, quizá podamos dar la vuelta a la esquina, alcanzar un logro apreciable, salvar a alguien que es digno de que lo salven. Por favor, vuelve atrás, amigo mío, sólo esta vez.

Hanoch McCarty

*

Estáis todos rodeados de grandeza... ¡Usadla!

En Norteamérica hay muchas personas que podrían ser campeones olímpicos, pero que jamás lo han intentado. Yo diría que hay unos cinco millones de personas que podían haberme ganado saltando con pértiga durante los años en que yo ganaba, por lo menos cinco millones. Hombres que eran más fuertes, más grandes y más rápidos que yo, pero que jamás cogieron una pértiga ni hicieron el mínimo esfuerzo para saltar por encima del listón.

Todos estamos rodeados de grandeza. Es fácil ser grande, porque los que son grandes te ayudarán. Lo más fantástico de todas las convenciones a las que acudo es encontrarme con los más grandes de la actividad que sea, compartir sus ideas, sus métodos y sus técnicas. He visto cómo los grandes especialistas ofrecen sus conocimientos para enseñar a los jóvenes cómo ellos consiguieron triunfar. No se esconden nada y he comprobado que lo mismo sucede en el mundo de los deportes.

Jamás olvidaré la vez que yo intentaba superar la marca establecida por Dutch Warmer Dam Como yo estaba casi treinta centímetros por debajo de su marca, lo llamé por teléfono.

—Dutch, ¿puedes ayudarme? —le pregunté—. Tengo la impresión de no poder saltar más alto.

—Claro, Bob, ven a verme y te explicaré todo lo que sé.

Pasé tres días con el maestro, el campeón mundial de salto con pértiga, y durante ese tiempo Dutch me ofreció todo lo que él sabía. Yo estaba haciendo mal algunas cosas y él intentó corregirlas. Para abreviar, que salí ganando veinte centímetros. Aquel deportista modelo me regaló lo mejor que tenía. He comprobado que los campeones y héroes deportivos están bien dispuestos a ayudarte para que tú también llegues a ser grande.

John Wooden, el gran entrenador de baloncesto de la Universidad de California en Los Ángeles, piensa que lo que se espera de él es que día a día ayude a alguien que jamás puede devolverle el favor, y que hacerlo es su obligación.

Cuando preparaba su tesis universitaria sobre la defensa en el fútbol americano, George Allen presentó un trabajo de treinta páginas que envió a los principales entrenadores de los Estados Unidos. El ochenta y cinco por ciento de ellos le contestaron.

La disposición a compartir, característica de los grandes, es lo que hizo de George Allen uno de los mayores entrenadores de fútbol del mundo. Los verdaderamente grandes comparten sus secretos. Búscalos, llámalos por teléfono o lee sus libros. Ve adonde ellos estén, ponte en contacto, habla con ellos. Cuando te acercas a los grandes, es fácil ser grande.

Bob Richards.

Atleta olímpico.

*

7

La sabiduría ecléctica

Esta vida es una prueba y nada más que una prueba. ¡Si hubiera sido una vida de verdad habrías recibido más instrucciones sobre a dónde ir y qué hacer!

Leído en un tablón de anuncios

*

Trato hecho

Cuando Marita tenía trece años era la época en que las camisetas se teñían con batik y se usaban los téjanos desteñidos. Aunque yo había crecido durante la Depresión, los años treinta, y no tenía dinero para ropa, jamás me había vestido de una forma tan miserable. Un día la vi en la carretera, frotando los dobladillos de sus téjanos nuevos con tierra y gastándolos con piedras. Me quedé aterrada al ver cómo destrozaba aquellos pantalones, que yo acababa de comprarle, y me apresuré a decírselo. Ella siguió con su empeño mientras yo insistía en contarle el culebrón de mis privaciones infantiles. Cuando terminé, sin haber conseguido arrancarle una lágrima de arrepentimiento, le pregunté por qué estaba estropeando sus téjanos nuevos.

—No se pueden usar nuevos —me contestó, sin levantar los ojos.

—¿Por qué no?

—Porque no, y los estoy estropeando para que parezcan viejos.

¡Qué falta de lógica! ¿Cómo era posible que estuviera de moda estropear la ropa nueva?

Cada mañana, cuando ella se iba a la escuela, yo me la quedaba mirando y suspiraba: «Vaya aspecto tiene mi hija». Pero ahí estaba, con una camiseta vieja del padre, teñida con grandes rayas y manchas azules. Un trapo para sacudir el polvo, pensaba yo. Y esos vaqueros, tan bajos en las caderas que temía que sí suspiraba se le cayeran, aunque eso era imposible, los llevaba tan ajustados que a duras penas podía. En el trasero, gastado a fuerza de piedras, le colgaban hilos que se iban sacudiendo cuando caminaba.

Un día, después de que se fuera a la escuela, fue como si el Señor me llamara la atención, diciéndome:

—¿No te das cuenta de que cada mañana le dices lo mismo a tu hija? «Vaya facha que tienes». Cuando llega a la escuela y sus compañeras hablan de lo anticuadas que son esas madres que se quejan todo el tiempo, a ella nunca le faltan comentarios que hacer. ¿Te has fijado alguna vez en el aspecto de las demás niñas de su clase? ¿Por qué no les echas un vistazo?

Ese día fui con el coche a buscarla y me di cuenta de que el aspecto de muchas de las otras chicas todavía era peor. Camino de casa, le comenté lo exagerada que había sido mi reacción cuando me la encontré estropeando sus vaqueros y le ofrecí un pacto:

—En lo sucesivo, puedes ponerte lo que quieras para ir a la escuela y estar con tus amigas, yo no te molestaré por eso.

—Será un alivio.

—Pero cuando vengas conmigo a la iglesia o salgamos de compras o vayamos a casa de una amiga mía, me gustaría que, sin tener que decírtelo, te pusieras algo de lo

que tú ya sabes que a mí me gusta.

Como vi que se quedaba pensando, añadí:

—Eso significa que el noventa y cinco por ciento de las veces haces lo que a ti te gusta, y el cinco por ciento, lo que me gusta a mí. ¿Qué te parece?

Le brillaron los ojos mientras me tendía la mano:

—Mamá, ¡trato hecho!

Desde entonces, me despido alegremente de ella cada mañana, sin comentarios fastidiosos sobre su ropa. Y cuando salgo y la llevo conmigo, se viste como a mí me gusta sin ninguna queja. ¡Ya tenemos cerrado el trato!

Florence Littauer

*

Dedica un momento a ver realmente

Todos hemos oído el consejo: hay que saber detenerse a oler las rosas, pero ¿con cuánta frecuencia nos tomamos, en realidad, el tiempo necesario para salir del ritmo frenético de la vida actual para contemplar el mundo que nos rodea? Son demasiadas las veces que nos dejamos atrapar por nuestra agenda repleta o por el recuerdo de lo que tenemos que decir en nuestra próxima conferencia, o que nos distraemos con el tránsito urbano o con la vida en general, hasta el punto de que ni siquiera nos damos cuenta de que hay otras personas a nuestro alrededor.

Yo soy tan culpable como cualquier otro de desconectarme del mundo, especialmente cuando conduzco por las atestadas calles de California. Hace poco, sin embargo, fui testigo de algo que me hizo ver hasta qué punto el hecho de andar siempre refugiándome en mí mismo me ha impedido tomar plena conciencia de la imagen de todo lo que me rodea.

Acudía en mi coche a una reunión de negocios y, como es habitual, iba planeando mentalmente lo que quería decir, cuando llegué a un cruce muy atestado con el semáforo en rojo. «Vale —pensé—, si me adelanto a todos, podré pasar el próximo semáforo».

Tenía la mente y el coche con el piloto automático puesto, a punto para arrancar, cuando repentinamente una visión inolvidable me arrancó de mi trance. Una joven pareja, ciegos los dos, estaban cruzando, tomados del brazo, mientras los coches zumbaban en ambas direcciones. El hombre llevaba de la mano a un niño pequeño, mientras que la mujer apretaba contra el pecho una mochila portabebés, evidentemente ocupada. Cada uno llevaba un delgado bastón blanco, con el que buscaba a tientas las pistas para salir indemne de la aventura de aquel cruce.

Al principio me sentí conmovido. Aquel matrimonio estaba superando algo que, a mi parecer, es una de las peores desventajas... la ceguera. Pensé en lo terrible que debía de ser aquello, pero el horror me paralizó al ver que la pareja no seguía caminando por el paso de peatones, sino que se estaba desviando en diagonal, directamente hacia el centro del cruce. Sin darse cuenta del peligro que corrían, se encaminaban directamente hacia los coches que se acercaban. Me asusté, porque no sabía si los demás conductores entendían lo que estaba sucediendo.

Mientras contemplaba la escena desde la primera línea de tráfico (tenía el mejor asiento del teatro), pude ver cómo ante mis ojos se producía un milagro. *Todos* los coches en *todas* las direcciones se detuvieron simultáneamente. Ni siquiera se oyó un grito de «¡Salid del paso!». Todo quedó inmóvil. En aquel momento pareció como si el tiempo se hubiera detenido para esa familia.

Atónito, recorrí con la mirada los coches que me rodeaban, para asegurarme de que todos veíamos lo mismo. La atención de todos estaba igualmente fija en la pareja.

De pronto, el conductor que estaba a mi derecha reaccionó y sacó la cabeza por la ventanilla para gritar:

—¡A vuestra derecha, a vuestra derecha!

Otros se le unieron, gritando al unísono:

—¡A vuestra derecha!

Sin perder ni un instante su ritmo de paso, la pareja rectificó su dirección siguiendo las instrucciones de los conductores. Confiados en su bastón blanco y en las voces de los preocupados ciudadanos, llegaron al otro lado de la calle. Cuando subieron al bordillo, me sorprendió que aún siguieran cogidos del brazo.

Me dejé desconcertado que sus rostros no expresaran emoción alguna y pensé que no tenían la menor idea de lo que en realidad estaba sucediendo a su alrededor, pero inmediatamente sentí los suspiros de alivio exhalados por todos los conductores que estaban detenidos en aquel cruce.

Mientras recorría con la vista los coches que me rodeaban, el conductor que tenía a mi derecha articuló:

—Pero... ¿ha visto usted eso? —Al mismo tiempo que el de mi izquierda decía:

—¡No puedo creérmelo!

Creo que todos estábamos hondamente conmovidos por la escena que acabábamos de presenciar. A nuestro alrededor había seres humanos que durante un momento habían ido más allá de sí mismos para ayudar a cuatro personas que lo necesitaban.

Desde que sucedió aquello he reflexionado muchas veces sobre esa situación y he aprendido varias lecciones importantes. La primera es: «Ve más despacio y podrás oler las rosas»... algo que raras veces había hecho yo hasta entonces. Tómate tiempo para mirar a tu alrededor y para ver realmente lo que está sucediendo ante ti en ese preciso instante. Hazlo, te darás cuenta de que cada momento es crucial y, lo que es más importante, que este momento es todo lo que tienes para marcar una diferencia en tu vida.

La segunda lección que aprendí es que lo que nos permite alcanzar los objetivos que nos fijamos es la fe en nosotros mismos y la confianza en los demás, a pesar de obstáculos aparentemente insuperables. El objetivo de la pareja de ciegos era, simplemente, llegar sanos y salvos al otro lado de la calle. Su obstáculo eran ocho filas de coches que se dirigían directamente hacia ellos. Y, sin embargo, sin titubeos, sin pánico, siguieron avanzando hasta alcanzar su meta.

También nosotros podemos seguir adelante en pos de nuestros objetivos, poniéndonos orejeras para evitar ver los obstáculos que se interponen en nuestro camino. Sólo necesitamos confiar en nuestra intuición y dejarnos guiar por otros que quizá los vean con mayor claridad.

Por último, aprendí a apreciar verdaderamente el don de la vista, algo que con demasiada frecuencia había dado por sentado. ¿Podéis imaginaros lo diferente que sería la vida sin vuestros ojos? Procurad por un momento imaginar cómo sería tener

que atravesar una calle atestada de tráfico sin poder ver. Pensad con cuánta frecuencia nos olvidamos de los dones, tan simples como increíbles, que nos brinda la vida.

Me alejaba de aquel cruce y lo hacía con más conciencia de la vida y con más compasión hacia los demás de la que tenía al llegar allí. Desde entonces, he tomado la decisión de estar realmente atento a lo que sucede mientras me ocupo de mis actividades cotidianas y uso los talentos que Dios me ha concedido para ayudar a otros menos afortunados.

Mientras sigues tu camino por la vida, hazte un favor: demora el paso y tómate tiempo para ver, para ver de verdad. Párate y contempla lo que está sucediendo a tu alrededor en ese momento, ahí mismo, donde estás. Puede ser que te estés perdiendo algo maravilloso.

Jeffrey Thomas

*

Si tuviera que vivir otra vez mi vida

En las entrevistas con ancianos y con enfermos terminales no se refleja que esas personas lamenten las cosas que hicieron, sino que siempre están presentes las cosas que lamentan no haber hecho.

La próxima vez me atrevería a equivocarme más.

Me relajaría más y haría más ejercicio.

Me permitiría ser más tonto de lo que he sido en esta ocasión.

Me tomaría en serio muchas menos cosas.

Correría más riesgos.

Viajaría más.

Escalaría más montañas y nadaría en más ríos.

Comería más helados y menos judías.

Tal vez tendría más problemas reales, pero menos imaginarios.

Fíjate que yo soy una de esas personas que llevan una vida sensata y cuerda, hora tras hora y día tras día.

Oh, yo he tenido mis momentos, y si tuviera que volver a empezar, procuraría tener más. En realidad, trataría de no tener nada más que momentos.

Viviría tantos años adelantándome a cada día.

He sido una de esas personas que nunca van a ninguna parte sin llevar el termómetro, la bolsa de agua caliente, el impermeable y el paracaídas.

Si tuviera que empezar de nuevo, iría más ligero de equipaje.

Si tuviera que volver a vivir, empezaría a andar descalza a comienzos de la primavera y así me quedaría hasta finales del otoño.

Iría a más bailes.

Daría más vueltas en carrusel.

Cortaría más margaritas.

Nadine Stair (85 años).

*

Los dos monjes

En una peregrinación dos monjes llegaron al vado de un río. Allí, vestida con sus mejores galas, se encontraron con una muchacha que evidentemente no sabía qué hacer, porque el río estaba crecido y ella no quería mojarse la ropa. Sin pensárselo dos veces, uno de los monjes se la cargó a la espalda, la llevó al otro lado del río y allí la dejó sobre terreno seco.

Luego, ambos monjes siguieron su camino, pero, pasada una hora, el otro monje empezó a quejarse:

—Indudablemente, no está bien tocar a una mujer; va contra las reglas tener contacto con mujeres. ¿Cómo has podido ir contra las reglas de la vida monástica?

El que había cargado con la muchacha siguió andando en silencio, hasta que finalmente dijo:

—Hace una hora que la dejé en la orilla del río; ¿por qué sigues todavía cargando con ella?

Irmgard Schloegl.
The Wisdom of Zen Masters.

*

Sachi

Poco después del nacimiento de su hermano, la pequeña Sachi empezó a pedir a sus padres que la dejaran sola con el nuevo bebé. Como ellos temían que, al igual que la mayoría de niños de cuatro años, la pequeña estuviera celosa y quisiera golpear o sacudir a su hermano, le dijeron que no. Pero Sachi no daba señales de celos. Era bondadosa con el bebé y pedía cada vez con más urgencia que la dejaran a solas con él. Finalmente, los padres decidieron permitirselo.

Jubilosa, la niña entró en la habitación del bebé y cerró la puerta, que sin embargo se abrió apenas, dejando una rendija, suficiente para que los curiosos padres pudieran observarla y escucharla. Entonces pudieron ver cómo la pequeña Sachi se acercaba silenciosamente a su nuevo hermano y, acercando su rostro al de él, le decía en voz baja:

—Bebé, cuéntame cómo es Dios, que yo ya estoy empezando a olvidarme.

Dan Millman

*

El regalo del delfín

Estaba sola, buceando en un lugar con una profundidad de unos doce metros, pero me sentía tan segura de mí misma que estaba decidida a correr el riesgo. Había muy poca corriente y el agua estaba tibia, transparente—, una invitación. De repente tuve un calambre y descubrí inmediatamente lo imprudente que había sido. Aunque procuraba mantenerme serena, tenía unos calambres en el estómago que me doblaban en dos. Intenté quitarme el cinturón de lastre, pero no podía alcanzar el cierre. Como me estaba hundiendo, empecé a sentirme cada vez más asustada e incapaz de moverme. Al mirar mi reloj me di cuenta de que en muy poco tiempo me quedaría sin aire. Intenté masajearme el abdomen. Aunque no llevaba traje de buceo, no podía enderezarme ni llevar las manos hasta los músculos acalambrados.

«No puede ser que me pase esto —pensé—. Tengo cosas que hacer». No podía ser que muriera de esa forma, sin que nadie se enterase siquiera de lo que me había pasado. Mentalmente, emití una llamada pidiendo que algo o alguien me ayudara.

Pero no estaba preparada para lo que sucedió. De pronto sentí que me empujaban desde atrás, por la axila. «Oh, no, ¡tiburones!», pensé, y sentí un terror y una desesperación auténticos. Pero me di cuenta de que algo me levantaba con fuerza el brazo y en mi campo visual apareció un ojo... el ojo más maravilloso que se pueda imaginar... por cierto, un ojo sonriente. Era el ojo de un gran delfín, y al mirarme en él, supe que estaba a salvo.

El animal se me adelantó un poco, hundiéndose luego hasta que pudo colocar su aleta dorsal en mi axila, sosteniéndome el brazo sobre el lomo. Inundada de alivio, me relajé, abrazándome a él. Tuve la sensación de que el delfín me tranquilizaba, me daba seguridad, y de que, al ir llevándome hacia la superficie, me sanaba. Los calambres desaparecieron mientras ascendíamos y sentí que, gracias a la seguridad que me ofrecía el delfín, me relajaba; pero lo más importante era la sensación de curación.

Ya en la superficie, mi salvador me llevó hacia la costa, hasta una zona tan poco profunda que empezó a preocuparme la idea de que el delfín se quedara varado. Lo empujé un poco para que volviera a buscar más profundidad y allí se quedó, esperando, observándome... para ver si todo estaba bien, me imagino.

Sentí que estaba en otra vida. Cuando me despojé del cinturón de lastre y del tanque de oxígeno, terminé por quitarme todo y, desnuda, volví al océano y nadé otra vez hasta el delfín. Me sentía tan ligera, tan libre, tan viva, que sólo quería jugar más con el agua y el sol, con total libertad. El delfín volvió a adentrarme en el mar y se puso a jugar conmigo en el agua. Advertí que mar adentro había un grupo de delfines.

Pasado un rato, mi nuevo amigo volvió a llevarme a la playa. En aquel momento me sentía muy cansada, a punto de desplomarme, y él se aseguró de que estaba sana y

salva, de nuevo en la playa. El delfín se puso de costado, mirándome a los ojos. Así nos quedamos durante un rato que me pareció muy largo, un momento sin tiempo; yo estaba casi en trance y por mi cabeza desfilaban recuerdos de mi pasado personal. Después, él emitió un último sonido y fue a reunirse con los demás y, todos juntos, se alejaron.

Elizabeth Gawain

*

El toque de la mano del maestro

*Estaba maltratado y marcado de cicatrices,
y aunque pensó que no valdría la pena malgastar tanto tiempo con el viejo
violín,
el subastador lo sostuvo en alto, sonriendo.
«¿Qué me ofrecéis, amigos?» —preguntó—.
«¿Quién quiere empezar las ofertas?».
«Un dólar, un dólar...»y después, ¡dos! ¿Sólo dos?
«Dos dólares, ¿quién me da tres?».
«Tres dólares, a la una; tres dólares, a las dos;
a las...». Pero no,
desde el fondo del salón, un hombre de pelo gris
Se adelantó a coger el arco y, después
de sacudir el polvo del viejo instrumento
Y volver a tensarle las cuerdas,
Tocó una melodía tan dulce y tan pura
Como las canciones que cantan los ángeles.*

*Terminada la melodía, el subastador,
En voz baja y grave, volvió a preguntar,
«¿Cuánto me ofrecéis por el viejo violín?.
levantó el violín y el arco.
Mil dólares, ¿quién ofrece dos?
¡Dos mil, a la una! ¿Quién ofrece tres?
Tres mil, a la una; tres mil, a las dos, y tres mil;
a las tres, ¡adjudicado!», concluyó.*

*La gente aplaudía, aunque algunos lloraban:
«No entendemos bien qué fue
lo que cambió su valor», preguntaban,
y la respuesta fue rápida:
“El toque de una mano maestra”.*

*De ese modo más de un hombre de vida desafinada,
Marcado por los golpes y cicatrices del pecado,
Como al viejo violín,
Se lo ofertan barato a los indiferentes,
Por un plato de sopa, por un vaso de vino;
Y hecha la jugada, sigue su camino.*

*“Adjudicado” una vez, y “adjudicado” la segunda,
«Adjudicado», y casi «está vendido».
Pero llega el Maestro, y la multitud estúpida
Jamás alcanza a entender del todo
Cuál es el valor de un alma, ni el cambio que opera
El toque de la mano del Maestro.*

Myra B. Welch

*

¿Más sopa de pollo?

Comparta sus sentimientos con el resto del mundo. Si tiene usted una historia, un poema o un artículo (suyo o de otra persona) que crea que puede encajar en una futura obra de *Sopa de pollo para el alma*, por favor, envíenoslo.

Jack Canfield y Mark Victor Hansen

Self-Esteem Seminare

6035 Bristol Parkway

Culver City, California 90230

FAX: 310-337-7465

Les aseguramos que daremos el crédito adecuado a su contribución y a la del autor. ¡Muchas gracias!

CONFERENCIAS, SEMINARIOS Y TALLERES

También pueden contactar con nosotros en la dirección indicada para contratar conferencias o para obtener información sobre nuestros folletos, libros, cintas, talleres y programas de formación.

¡Les deseamos mucho amor!

Jack y Mark

*

Colaboradores

Muchas de las historias de este libro las tomamos de otros libros que habíamos leído. Agradecemos estas fuentes en la sección de Agradecimientos. Algunas historias y poemas nos los proporcionaron amigos nuestros que, como nosotros, son conferenciantes profesionales. Si desean ustedes contactar con ellos para obtener información sobre sus libros, cintas y cursos, pueden dirigirse a las direcciones y números de teléfono que proporcionamos a continuación.

Wally “Famoso” Amos es el fundador de Famous Amos Cookies y el autor del libro y álbum de cassettes *The power... in you*. Wally reside en Maui, Hawai, y pueden escribirle a 215 Lanito Drive, Kailua, Hawai 96734 o telefonar a (808) 261-6075.

Joe Batten, C. P. A. E. es conferenciante profesional y un prestigioso hombre de negocios, experto en inspirar confianza en las empresas en los buenos y malos tiempos económicos. Sus 35 años de autor, consultor y conferenciante le han ganado el título de Mentor Corporativo. Joe escribió el famoso libro *Tough Minded Management*. Es un hombre que ama la vida y la risa, y transmite su calidez y su entusiasmo a todas sus audiencias. Pueden escribir a Joe a 2413 Grand Avenue, Des Moines, Iowa o telefonarlo a (515) 244-3176.

Gene Bedley es director de la Escuela Elemental El Rancho, ganador del premio anual PTA's 1985 *National Educator* y autor de numerosos libros sobre cómo crear un ambiente positivo en las clases. Pueden dirigirse a él en 14252 East Mall, Irvine, California 92714 o telefonar a (714) 551-3090.

Michele Borba es autora de multitud de libros sobre el tema de la construcción de la autoestima en las clases de primaria. Es miembro del consejo de administradores del *National Council for Self-Steem*. Su mejor libro es *Esteem Builders*, una recopilación de 379 actividades escolares. Pueden escribirla a 840 Prescott Drive, Palm Springs, California 92262 o telefonar a (619) 323-5387.

Helice Bridges es una reconocida y activa conferenciante y formadora que viaja internacionalmente organizando talleres y cursos de adiestramiento en autoestima en colegios, organizaciones y empresas. Es presidenta del *Board for Difference Makers, Inc.*, y pueden contactar con ella en P. O. Box 2115, Del Mar, California 92014 o telefonar a (619) 481-6019.

Les Brown es un aclamado conferenciante que da charlas sobre el éxito a 500 empresas y dirige seminarios personales y profesionales por todo el país. Es muy

conocido en las audiencias de televisión por sus especiales PBS, todas las cuales están a la venta en audiocassette o vídeo. Pueden escribirle a Les Brown Unlimited, 2180 Penobscot Building, Detroit, Michigan 48226 o telefonarlo a (800) 733-4226.

Dan Clark es un conferenciante profesional que ha dirigido miles de charlas para estudiantes universitarios, padres y asociaciones. Pueden escribirle a P. O. Box 8689, Salt Lake City, Utah 84108 o telefonar a (801) 532-5755.

Alan Cohen es un prolífico y activo conferenciante y autor. Nuestro libro favorito es *The Dragon Doesn't Live Here Anymore*. Pueden escribirle a P. O. Box 450, Kula, Hawai 96790 o telefonar a (808) 572-4500 o a (808) 878-2803.

Roger Crawford es un activo y entusiasta conferenciante. Es autor de un libro, *Playing from the Heart*. Pueden escribirle a 1050 St. Andrews Drive, Byron, California 94514 o telefonarlo a (510) 634-8519.

Stan Dale, antiguamente la voz de «*The Shadow*» y presentador de los programas de radio «*The Lone Ranger*», «*Sgt. Preston*» y «*The Green Hornet*», es el director fundador del *Human Awareness Institute* de San Mateo, California, organización dedicada a —crear un mundo donde todos ganen—. Dirige «*Talleres de sexo, amor e intimidad*» por todo el mundo. Stan es autor de los siguientes libros *Fantasies Can Set You Free* y *My Child, My Self: How To Raise The Child You Always Wanted To Be*, que pueden encontrarse también en cassette en el *Human Awareness Institute*, 1720 S. Amphlett Blvd., Suite 128, San Mateo, California 94402 o telefonar a (800) 800-4117 o (415) 571-5524.

Burt Dubin es el promotor del *Speaking Success System*, una herramienta útil para ayudar a los aspirantes a conferenciantes a desenvolverse en el escenario y en un atrayente marketing. Especialista en marketing y colocación, Burt transmite su habilidad desde la tribuna cuando se dirige a las asociaciones y organizaciones de comercio y venta al mayor. Pueden contactar con él en Management Achievement Institute, Box 6543, Kingman, Arizona 86402-6543 o telefonarlo a (800) 321-1225.

Patricia Fripp, C. S. P., C. P. A. E. es conferenciante «*por todos los motivos*». Fue presidente de la *National Speakers Association* y es una de las conferenciantes más activas que conozco. Su dirección es 527 Hugo Street, San Francisco, California, 94122 y su teléfono (415) 753-6556.

Rick Gellnas es el presidente de la *Lucky Acorns Delphi Foundation* de Miami, Florida. Es un experto educador que ha dedicado su vida a la mejora de los niños. Su dirección es 5888 S. W. 77 Terrace, Miami, Florida 33143 y su teléfono (305) 667-7756.

John Goddard es explorador, aventurero y motivador conferenciante a escala mundial. Pueden encontrarlo en 4224 Beulah Drive, La Canadá, California 91101 o en el teléfono (818) 790-7094.

Patty Hansen es la esposa de Mark y la directora administrativa del *Look Who's Talking*. Su dirección es P. O. Box 7665, Newport Beach, California 92658 y su teléfono (714) 759-9304.

Danielle Kennedy, M. A., es una celebrada autora, formadora mundial de personal de ventas, y vendedora inspiradora, ganadora de varios premios. Tiene el Título Honorario en Humanidades por el Clarke College y el Master de Professional Writing por la Universidad de Carolina del Sur. Da charlas en 100 ciudades al año sobre ventas, marketing y dirección de empresas. Sus obras más conocidas son: *How To List And Sell Real Estate In The '90s* (Prentice Hall) y *Kennedy On Doubling Your Income In Real Estate Sales* (John Wiley). Está casada y es madre de ocho hijos. Pueden contactar con ella en 219 S. El Camino Real, San Clemente, California 92672 o en el (714) 498-8033.

Florence Littauer, C. S. P., C. P. A. E., es una de las personas más maravillosas que conozco. Es una inspirada profesora y escritora de cuyos libros destacamos *Little Silver Boxes*. Su dirección es 1645 Rancho Fe Rd., San Marcos, California 92069 y su teléfono (619) 744-9202.

Rick Little ha participado en los últimos 16 años en una acción amplia y continuada de esfuerzos por mejorar las condiciones sociales y económicas de los niños y los jóvenes. En 1975 fundó Quest International, del que fue presidente 15 años. Es coautor de varios libros con destacadas autoridades sobre el mundo de la juventud, como Bill Cosby y el Dr. Charlie W. Shedd. En 1990, fundó la International Youth Foundation, cuya finalidad es definir y establecer programas sobre juventud reproducibles, que hayan demostrado éxito. La fundación centra habitualmente sus programas en África del Sur, Polonia, Ecuador, México, Bangladesh, Tailandia y Filipinas.

Hanoch McCarty, Ed. D., es conferenciante profesional, formador y consultor especializado en intensificación de la motivación, productividad y autoestima. Es uno de los más solicitados conferenciantes del país, por su combinación de humor y anécdotas con habilidades prácticas, que puede poner en marcha inmediatamente. Sus libros y vídeos incluyen *Stress and Energy* y *Self-Esteem: The Bottom Line*. Pueden contactar con él en P. O. Box 66, Galt, California 95632 o en el (800) 231-7353.

Dan Millman es autor de numerosos libros sobre cómo ser un ganador espiritual. Fue

campeón mundial de gimnasia, entrenador en la universidad y profesor de colegio. Su desilusión por la —vida cotidiana— le llevó por todo el mundo y le condujo a profundizar en su pensamiento y sus sentimientos. Estas experiencias generaron una aproximación a la vida que él llama “el sendero del guerrero pacífico”. Entre sus libros citamos: *Way of the Peaceful Warrior*, *The Warrior Athlete* y *No Ordinary Moments*. Pueden dirigirse a él en Peaceful Warrior Services, P. O. Box 6148, San Rafael, California 94903 o al (415) 491-0301.

W. Mitchell, C. P. A. E., es uno de los conferenciantes más inspiradores que he conocido nunca. Tiene un programa en cinta magnetofónica titulado *It's Not What Happens To You, it's What You Do About it*. Su dirección es: 12014 W. 54th Drive, 100, Arvada, Colorado 80002 y su teléfono (303) 425-1800.

Robert A. Moawad es presidente y jefe ejecutivo del Edge Learning Institute, que posee delegaciones en Tacoma, Washington, y Tempe, Arizona. Edge es una firma de asesoramiento profesional dedicada a ayudar a las organizaciones a alcanzar niveles mayores de productividad, calidad y satisfacción del público consumidor. Posee una impresionante habilidad para impresionar e impactar a su audiencia por el método de combinar ilustraciones coloreadas con principios básicos. Ello ha hecho de Bob uno de los más solicitados conferenciantes de apertura de todo el país. Desde 1973 ha asesorado a más de dos millones de personas, entre ellas algunos de los más respetados directivos de empresa, gobierno y educación. Pueden contactar con él en Edge Learning Institute, 2217 N. 30th, #200, Tacoma, Washington 98403 o en el teléfono (206) 272-3103.

Chick Moannan es el director del Institute for Personal Power, una firma consultora dedicada a organizar actividades de desarrollo de alta calidad profesional a educadores y padres. Cada año atraviesa el país para dirigir alrededor de 100 cursos o seminarios sobre los temas de la enseñanza en equipo, el incremento de la autoestima y el desenvolvimiento de las actitudes positivas. Su tarea es ayudar a la gente a experimentar más el sentido de su poder personal en sus vidas, para que estas personas puedan, a su vez, hacerlo con otros. Su último libro, escrito junto con su esposa Nancy, es *Teacher Talle What it Really Means. Teacher Talk* explora el modo en que los profesores hablan a los niños y analiza los «mensajes silentes» que están en la base y que acompañan al lenguaje hablado. Pueden encontrarlo en \$11.95 de The Institute for Personal Power, P. O. Box 1130, Bay City, Michigan 48706 o en el teléfono (517) 686-3251.

Michael Murphy, Ed. D, es director del Family Consultation Team en Northern Berkshire Counseling Center, 85 Main Street, Suite 500, North Adams, Massachusetts 01247.

Victor H. Nelson, S. T. M., es terapeuta y consejero pastoral en consulta privada. Su dirección es 505 Evergreen Street West, Lafayette, Indiana 47906.

Bobble Probsteln es escritora y fotógrafa, y su nuevo libro, *Healing Now*, ha sido ampliamente alabado. Es muy interesante para las personas afectadas por alguna enfermedad o que se preparan para una operación. Su primer libro, una autobiografía, *Return to Center*, está en su tercera edición. Pueden contactar con ella en P. O. Box 1433 Santa Monica, California, 90401.

Bob Proctor es el presidente de Bob Proctor Seminars y el fundador de Million Dollar Forum en Ontario, Canadá. Es autor de la obra *You Were Born Rich* y dirige los Born Rich Seminars por todo el mundo. Sus seminarios impulsan al público a crear el tipo de vida que siempre han soñado. Pueden encontrarlo en Million Dollar International, 211 Consumere Road, Suite 201, Willowdale, Ontario, Canadá M2J 4G8 o en el teléfono (416) 498-6700.

Nido Qubein, C. S. P., C. P. A. E., fue presidente de la National Speakers Association y es un reconocido sobre temas de ventas, dirección y marketing. Sus muchos libros incluyen *Get The Best From Yourself*, *Communicate Like A Pro* y *Professional Selling Techniques*. Su dirección es Creative Services, Inc, P. O. Box 6008, High Point, North Carolina 27262-6008 y su teléfono (919) 889-3010.

Pamela Rogers obtuvo su Master en Educación en la Universidad de Pennsylvania en 1990 y es profesora de segundo grado en la Reynolds Elementary School de Filadelfia. Cuando no enseña, estudia interpretación teatral.

Glenna Salsbury, C. S. P., C. P. A. E., se licenció en la Universidad Northwestern de Evanston, Illinois, obtuvo un Master en UCLA y, 16 años más tarde, cursó un Master en Teología en el Fuller Seminary. En 1980, fundó su propia empresa, que organiza magistrales presentaciones y seminarios de crecimiento personal. Glenna está casada con Jim Salsbury, un antiguo Detroit Lion y Green Bay Packer, y tiene tres hijas. Pueden telefonar o llamar para obtener su interesante álbum de seis grabaciones, titulado *Passion, Power and Purpose*. Su dirección es 9228 North 64th Place, Paradise Valley, Arizona 85253 o telefonar al (602) 483-7732.

Jack Schlatter fue profesor y es actualmente un interesante y motivador conferenciante. Pueden dirigirse a él en P. O. Box 577, Cypress, California 90630 o telefonarlo a (714) 772-1974.

Lee Shapiro fue abogado y juez, y dejó la práctica del derecho ¡porque nunca recibía una ovación del jurado! Ahora es conferenciante y profesor especializado en ética y dirección de empresas, especiales habilidades y aptitudes personales. Pueden

encontrarle en 5700-12 Baltimore Drive, La Mesa, California 91942 o (619) 668-9036.

Frank Siccone, Ed. D., es el director del Siccone Institute de San Francisco. Es asesor de muchos colegios y empresas. De sus libros destacan *Responsibility: The Most Basic R* y *101 Ways To Develop Student Self-Esteem And Responsibility* con Jack Canfield (Allyn & Bacon). Su dirección es Siccone Institute, 2551 Union Street, San Francisco, California 94123 y el teléfono (415) 922-2244.

Cindy Spitzer es una escritora *free-lance*, que nos ayuda en la escritura de varias de nuestras más difíciles e importantes historias. Pueden dirigirse a ella en 5027 Berwin Road, College Park, Maryland 20740.

Jeffrey Michael Thomas es vicepresidente regional de Van Kampen Merritt, una empresa de administración económica profesional. Es miembro de la National Speakers Association y da conferencias sobre clasificación de temas en la dirección financiera para la fundación de sociedades benéficas a través de su empresa J. Michael Thomas & Associates. Vive y trabaja en Austin, California, y en la actualidad aspira a un puesto en el Tustin City Council. Puede encontrarse en el (714) 544-1352.

Pamela Truax es la autora de *Small Business Pitfalls And Bridges*. Su dirección es 2073 Columbia Way, Vista, California 92083 y el teléfono (619) 598-6008.

Francis Xavier Trujillo, Ed. D., es el fundador y presidente de *Pro Teach Publications*, una empresa especializada en la creación y producción de posters, cartas y material similar, relacionado con la inspiración y construcción de la autoestima. Sus escritos, principalmente en forma de póster, se encuentran decorando las paredes de prácticamente todos los colegios del país. Sus títulos incluyen *Who Builds the Builders?*, *The Power to Teach*, *A Letter to My Students* y *Giver of A Lifelong Gift*. Da conferencias sobre gran variedad de temas relacionados con la autoestima, capacitación de profesorado y reforma educacional. Se puede contactar con él en Pro Teach Publications, P. O. Box 19262, Sacramento, CA 95819 (800) 233-3541. Pueden escribir o telefonar para solicitar su catálogo en color representando *Bilding Me A Fezvchr* y docenas de otros posters y material relacionado con el tema. *Bilding Me A Fezvchr* fue la base de *Build Me A Future Project*, una campaña independiente, a escala nacional, de escritura de cartas, en la que niños de todas las edades envían cartas al presidente Clinton sugiriéndole modos para trabajar juntos en la construcción de un futuro mejor.

Dottie Walters es la presidenta del Walters International Speakers Bureau de California. Se dedica a enviar conferenciantes por todo el mundo y está muy

involucrada en la formación de presentadores. Es la autora, junto a su hermana Lilly, del nuevo libro de Simón & Schuster, *Speak And Grow Rich*, y es la fundadora y administradora del International Group of Agents and Bureaus. Dottie publica *Sharing Ideas*, la revista de conferenciantes profesionales de más difusión mundial. Pueden dirigirse a ella a P. O. Box 1120, Glendora, California 91740 o telefonarla al (818) 335-8069, fax (818) 335-6127.

Bettie Youngs es presidenta del Instruction & Professional Development, Inc., una empresa consultora y asesora en recursos, dedicada a proporcionar servicios a las escuelas de distritos. Bettie fue Teacher of the Year de Iowa y actualmente es profesora de la Universidad de San Diego y directora ejecutiva de la Phoenix Foundation. Es autora de 14 libros entre los cuales destacan: *The Educators Self-Esteem: It's criteria ttl*, *The 6 Vital ingredients Of Self-Esteem And How to Develop Them In Students* y *Safeguarding Your Teenager From The Dragons Of Life*. Su dirección es P. O. Box 22588, Del Mar, California 92014 y el teléfono (619) 481-6360.

*

Más agradecimientos

Desearíamos agradecer a los siguientes editores y autores su autorización para la reproducción de los textos que se citan. (Nota: los relatos de redacción anónima, los de dominio público y los escritos por Jack Canfield y Mark Víctor Hansen no se incluyen en esta lista).

On Courage y Sachi de Sacred Journey of the Peaceful Warrior, de Dan Millman. © 1991 Dan Millman. Reproducido con el permiso del autor y de HJ. Kramer, Inc, P. O. Box 1082, Tiburón, CA 94920. Todos los derechos reservados.

The Gentlest Need. Reproducido con permiso de Fred T. Wilhelms y de Educational Leadership, 48, T. 51. © ASCD.

My Declaration of Self-Esteem y Everybody Tías a Dream, reproducido con la expresa autorización escrita de AVANTA Network, fundada por Virginia Satir y que posee todos los derechos de su propiedad intelectual. Para información de los derechos de autor del material de Virginia Satir y/o de AVANTA Network, pueden dirigirse a: Avanta Network, 310 Third Avenue N. E., Ste. 126, Issaquah, WA 98027 o telefonar a (206) 391-7310.

Why I Chose My Father To Be My Dad, de *The Six Ingredients of Self-Esteem and How They Are Developed in Your Children* por Bettie B. Youngs. © 1992 Rawson Assoc.

Bildtng Me A Fewchr. © 1990, Pro Teach Publications. Autorizado por Frank Trujillo. Todos los derechos reservados. (800) 233-3541.

Willing To Pay The Price, de *Self Made in America*, de John McCormack. Presentado con el permiso de Addison-Wesley Publishing Co. Inc., y el autor. © 1990 de The Visible Changes Educational Foundation y David R. Legge.

Two Monks, de *Wisdom of the Zen Masters*, de Irmgard Schloegl. Reproducido con autorización de New Directions Publishing Corporation. © 1975 Irmgard Schloegl.

Love: The One Creative Force. Reproducido con autorización de Eric Butterworth. © 1992 Eric Butterworth.

All I Remember y The Bag Lady. Reproducido con autorización de Bobbie Probststein. © 1992 Bobbie Probststein.

Heart Songs. Reproducido con permiso de Patricia Jean Hansen. © 1992 Patricia Jean Hansen.

True Love. Reproducido con la autorización de Barry Visell. © 1992 Barry Visell.

Lt Can't Happen Here. Reproducido con permiso de Pamela Rogers. © 1992 Pamela Rogers.

Who You Are Makes a Difference. Reproducido con autorización de Helice Bridges. © 1992 Hélice Bridges.

A Brother Lillie That. Reproducido con autorización de Dan Clark. © 1992 Dan Clark.

Big Ed. Reproducido con permiso de Joe Batten. © 1989 AMACOM Books.

Love And The Cabbie. Reproducido con autorización de Art Buchwald. © 1992 Art Buchwald.

A Simple Gesture y I Am a Teacher. Reproducido con consentimiento de John Wayne Schlatter. © 1992 John Schlatter.

The Smile, Did The Earth Move For You y Just One More Time. Reproducido con el permiso del Dr. Hanoch McCarty. © 1991 Hanoch McCarty and Associates.

A Story For Valentine's Day. Reproducido bajo la autorización de Jo Ann Larsen. © 1992 Jo Ann Larsen.

Carpe Diem!, de *Dare to Be Yourself* Alan Cohen. Utilizado con autorización de Alan Cohen. © 1991 Alan Cohen Publications. Para el catálogo gratuito de los libros, cintas y programa de talleres de Alan Cohen, pueden escribir a P. O. Box 98509, Des Moines, WA 98198, o telefonar a (800) 462-3013.

I Know You, You're Just Like Me. Reproducido con el consentimiento de Human Awareness Institute. © 1992 Stan V. Dale.

Puppies for Sale. Reproducido con permiso de Dan Clark. © 1989 Dan Clark.

Nothing but the Truth. Reproducido con el permiso de David Casstevens.

Children Learn What They Live. Reproducido con la autorización de Dorothy Law Nolte.

Touched. Usado con permiso de Victor H. Nelson. © 1990 Víctor H. Nelson. Este artículo apareció por primera vez en mayo-junio de 1990 como consecuencia de *Family Therapy Networker*.

I Love You, Son!, por Victor Brook Miller. Utilizado con permiso del Institute for Humanistic and Transpersonal Education. © 1977IHTE.

What You Are Is As Important As What You Do. Reproducido con consentimiento de Patricia Fripp. © 1992 Patricia Fripp.

The Perfect American Family. Reproducido bajo la autorización de Michael Murphy, Ed. D. © 1992 Michael Murphy Ed. D.

Just Say It! Reproducido con permiso de Gene Bedley. © 1992 Gene Bedley.

I Like Myself Now, de Man, The Manipulator por Everett Shostrom © 1967 Abingdon Press.

All The Good Things. Utilizado con el consentimiento de Helen P. Mroska. OSF, y Shippensburg University. © 1991 Shippensburg University. Este artículo apareció por primera vez en *Proteus: A Journal of Ideas*, Spring 1991. Reproducido con la autorización del *Readers Digest*, octubre 1991.

The Little Boy por Helen E. Buckley. Utilizado con autorización de «Glad To Be Me-Building Self-Esteem in Yourself and Others». © 1989 Dov Peretz Elkins. (Princeton, NJ: Growth Associates).

I Think I Can! Reproducido por cortesía de Michele Borba. © 1992 Michele

Borba.

Rest In Peace: The «I Can't Funeral». Reproducido con autorización de Chick Moorman. © 1992 Chick Moorman.

The 333 Story. Utilizado con la autorización de Robert C. Proctor. © 1992 Robert Proctor.

If You Don't Ask, You Don't Get-But If You Do, You Do. Reproducido con el permiso de Rick Celinas. © 1992 Rick Gelinás.

Tire Magic Of Believing. Reproducido con consentimiento de Dale Mariden, presidente de Island Heritage Publishing, sección de The Madden Corporation. © 1992 Dale Madden.

Glenna's Goal Book. Usado con permiso de Glenna Salsbury. © 1991 Salsbury Enterprises.

Another Check Mark On The List. Presentado con la autorización de John Goddard. © 1992 John Goddard.

Look Out, Baby, I'm Your Love Man. Reproducido con consentimiento de Les Brown y Look Who's Talking.

The Box y You've Got Yourself A Deal. Reproducido con autorización de Florence Littauer. © 1992 Florence Littauer, presidente, CLASS Speakers, Inc. Autora de 20 libros que incluyen *Silver Boxes, Dare to Dream y Personality Plus.*

Encouragement. Reproducido bajo la autorización de Nido R. Qubein. © 1992 Nido R. Qubein.

Walt Jones. Presentado por cortesía de The Edge Learning Institute, Inc. © 1992 Bob Moawad, Chairman/CEO.

Service With A Smile de Service America, pág. 128. Reproducido con autorización de Down Jones/Irving. © 1985 Karl Albrecht & Ron Zenke.

Obstacles. Reproducido con autorización de Beacon Press. © 1992 Viktor E. Frank.

John Corcoran —The Man Who Couldn't Read. Reproducido con consentimiento de John Corcoran. © 1992 John Corcoran.

Failure? No! Just Temporary Setbacks. Reproducido con autorización de Dorothy Walters. © 1992 Dorothy Walters.

For Me To Be More Creative, I Am Waiting For... Reproducido con el permiso del Cerner for Creative Leadership, Greensboro, NC. © 1992, Issues and Observations. El centro es un instituto educativo sin ánimo de lucro que trabaja en la adaptación de las teorías e ideas de las ciencias de la conducta a los aspectos prácticos de la dirección y la organización. Para recibir información sobre las actividades del centro o suscribirse gratuitamente a *Issues and Observations* pueden escribir a: Center for Creative Leadership, P. O. Box 26300, Greensboro, NC 27438-6300 o telefonar al (919) 288-7210.

The Power of Determination. Reproducido por cortesía de Burt Dubin. © 1992 Burt Dubin.

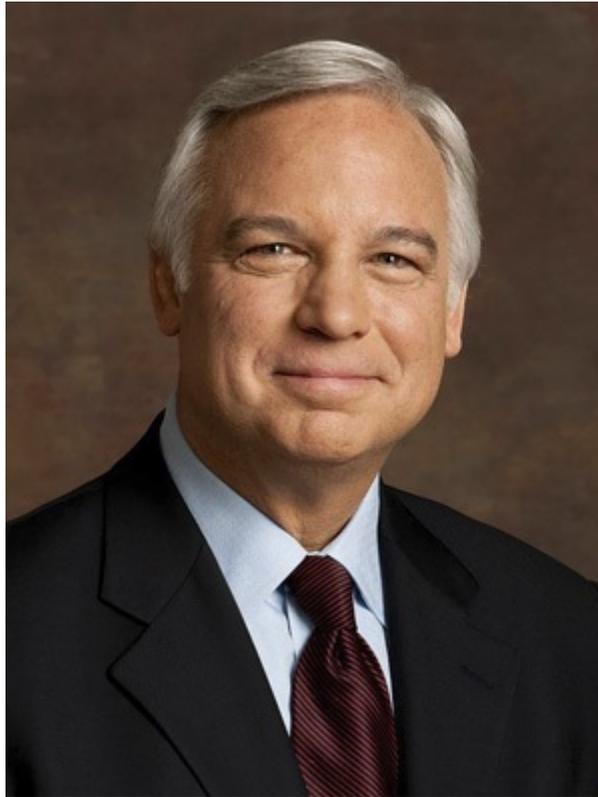
She Saved 219 Lives. Utilizado por autorización de Betty Tisdale. © 1992 Betty Tisdale.

There is Greatness All Around You-Use It! Presentado con el permiso de Bob Richards. © 1992 Bob Richards.

Take A Moment To Really See! Reproducido con el consentimiento de Jeffrey M. Thomas. © 1992 Jeffrey M. Thomas.

If I Had To live My Life Over por Nadine Stair. Este poema, que ha recorrido el mundo y se ha editado durante años se atribuye a Nadine Stair y se supone que lo escribió a la edad de 85 años. Se supone que en la época en que escribió el poema vivía en el estado de Kentucky, pero no hemos podido contactar con ningún familiar suyo para verificar esta hipótesis.

The Dolphin's Gift. Extracto de The Dolphin's Gift © 1980. Reproducido con autorización de New World Library, San Rafael, CA 94903.



JACK CANFIELD (Fort Worth, Texas, EE. UU., Agosto 19, 1944). Autor americano y orador motivacional, coautor de la serie de libros «Chicken Soup for the Soul» (Sopa de pollo para el alma), que contiene más de 250 títulos y 500 millones de copias impresas en más de 40 lenguajes.

Es presidente de Self-Esteem (Fundación para la autoestima), en Culver City, California. Ha dirigido seminarios intensivos sobre desarrollo personal y profesional, para más de quinientas mil personas en los Estados Unidos, Canadá, Europa, Australia y Asia. Es también autor de varios libros sobre el desarrollo de la autoestima en la educación, y ha asesorado a centenares de empresas y asociaciones profesionales.



MARK VICTOR HANSEN (Waukegan, Illinois, EE. UU., Enero 8, 1948). Orador motivacional e inspirador americano, entrenador, fundador y coautor de la serie de libros «Chicken Soup for the Soul» (Sopa de pollo para el alma), que contiene más de 250 títulos y 500 millones de copias impresas en más de 40 lenguajes.

Es conocido como motivador, y es especialista en el mercadeo para profesionales que desean estar entre el 10% de quienes se encuentran en la cima de sus profesiones y triplicar sus ingresos en tres años. Viaja más de cuatrocientos mil kilómetros anualmente para presentar su poderoso mensaje de inspiración, es una figura popular de radio y televisión, y recientemente salió en la portada de la revista Success Magazine.

Notas

[1] *Personaje infantil de cómics muy conocido en los años cuarenta y cincuenta. (N. del T.) <<*

[2] *Título de un conocido libro de estilo y gramática del inglés. (N. del T.) <<*